CUADERNO ROJO

DE LA GUERRA DE ESPAÑA

MARY LOW
Y JUAN BREA

Prólogo
Núria Pujol y
Xavier Theros

VIRUS

CUADERNO ROJO
DE LA GUERRA DE ESPAÑA

Mary Low y Juan Breá

Traducción de Núria Pujol
Prólogo de Núria Pujol y Xavier Theros

VIRUS

Creative Commons
LICENCIA CREATIVE COMMONS
autoría - no derivados - no comercial 1.0

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrán de constar la autoría de la obra y la traducción.

No comercial: no puede utilizarse este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto. Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones solo podrán alterarse con el permiso expreso del autor o autora.

Para consultar las condiciones de esta licencia puede visitarse: http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

© del texto, herederos de Mary Low y Juan Breá
© 2019 de la presente edición, Virus Editorial

Título original: *Red Spanish Notebook. The First Six Months of the Revolution and the Civil War*

Diseño de colección: Pilar Sánchez Molina y Silvio García-Aguirre
Diseño de cubierta: Silvio García-Aguirre (cartonviejo.net)
Imagen de cubierta: Milicianos y miliciana en las Ramblas de Barcelona (Arxiu Nacional de Catalunya)

Traducción del inglés: Núria Pujol
Edición y maquetación: Virus Editorial
Corrección ortotipográfica y de estilo: Paula Monteiro

Primera edición del Cuaderno Rojo de Barcelona *(Mary Low): Alikornio, 2001*
Primera edición íntegra en castellano: marzo de 2019

Se ha intentado localizar, sin éxito, a los herederos y propietarios de los derechos de este texto

ISBN: 978-84-92559-93-0
Depósito legal: B-4841-2019

Virus Editorial i Distribuïdora, SCCL
C/ Junta de Comerç, 18 baixos
08001 Barcelona
Tel. / Fax: 934 413 814
editorial@viruseditorial.net
www.viruseditorial.net

ÍNDICE

PRÓLOGO, Núria Pujol y Xavier Theros 9

I. El viaje de ida 31

II. Paseando por la ciudad 41

III. Vida comunitaria 53

IV. Un mitin en el Teatro Gran Price 65

V. Un día completo 75

VI. El frente de Aragón 89

VII. La línea de fuego 99

VIII. Tierz 109

IX. El hospital clínico 123

X. Marea invasora 135

XI. Madrid antes de los bombardeos 147

XII. Última vista de Toledo 157

XIII. Otro frente: Sigüenza 165

XIV. Mujeres 179

XV. El Consejo de la Generalitat de Cataluña 203

XVI. El cambio de aspecto 215

XVII. El regreso 231

XVIII. Conclusión 241

La autoría de los capítulos se reparte de la siguiente manera: Mary Low escribió del capítulo I al V, el IX, el X y del XIV al XVII. Juan Breá redactó del VI al VIII, del XI al XIII y el XVIII. La traducción al inglés de los textos en castellano de Breá son de Mary Low. Salvo en uno de los casos, todas las notas a esta edición son de la editorial.

PRÓLOGO
LA METRÓPOLIS EN ARMAS

Este fue un libro de urgencia, como un aviso de algo que estaba a punto de suceder. Reflejaba la revolución y la guerra que en aquel momento de la historia europea se desarrollaban en España. En él podemos encontrar ya la inminencia del desastre, y asistir al testimonio de primera mano —como posteriormente haría Orwell— de la desarticulación del movimiento revolucionario por parte del estalinismo.

La primera edición de *Red Spanish Notebook*, de Mary Low y Juan Breá, fue publicada por la editorial londinense Martin Secker & Warburg en 1937. El prólogo original era de Ciryl L. R. James, el historiador que escribió *The black jacobins* sobre la independencia de Haití. En aquel texto introductorio, James resumía el trabajo de la pareja:

> *Lo que han hecho es establecer sus experiencias día a día, las cosas que ayudaron a hacer, las personas que conocieron, la multitud en reuniones y manifestaciones, las conversaciones que se escucharon en las calles, los días en las trincheras. Cada línea que han escrito es un registro de la experiencia vivida por el bien de la revolución y escrita después, porque es necesario comunicar una experiencia tan rara y vital.*

Efectivamente, este texto describe, con una notable calidad literaria, los primeros seis meses de revolución y guerra, en la retaguardia barcelonesa y en los frentes

de Aragón y Madrid. Una descripción apasionada sobre un proceso de transformación social, vivido a la vez en las calles y en las trincheras, y visto simultáneamente por dos personas de diferentes temperamento, sensibilidad y género. Cómo una narración así pudo estar tantos años sin contar con una traducción al español solo puede explicarse por la filiación trotskista de sus autores, y especialmente por la condición femenina y feminista de Mary Low, cuyas descripciones se posan en motivos aparentemente triviales de la realidad que se muestra ante sus ojos, y de los que es capaz de extraer conclusiones muy reveladoras de una sociedad que, a pesar de impulsar una revolución tan radical, todavía mantenía comportamientos y puntos de vista muy tradicionales.

Testigos de la revolución

Mary Stanley Low nació el 14 de mayo de 1912 en Londres, en el seno de una familia australiana. Su padre, Vernon Foster-Low, era ingeniero de minas y su madre era la hija de Francis Augustus Wright, un político australiano que llegó a ser ministro. Mary se educó en una escuela de Lausana (Suiza) para hijos de la aristocracia. Posteriormente vivió en Francia y en España, siguiendo los cambios de residencia a que les obligaba el trabajo de su padre. Su relación con la poesía fue muy temprana; leía a los románticos británicos como Byron o Keats, y a los malditos como Baudelaire y Rimbaud. A los 18 años abandonó su hogar y se instaló en París, gracias a una modesta renta que le concedieron sus progenitores. La pequeña cuantía de esta asignación la obligó a ejercer diversas profesiones, como vendedora de libros o costurera. En aquellos años descubrió la historia clásica, y su fascinación por Julio César la

llevó a aprender latín, un idioma del que posteriormente sería profesora, así como a dirigir durante veinticinco años la revista de estudios históricos *Classics Chronicle*.

En París toma contacto con los movimientos vanguardistas, entabla buena amistad con el poeta Benjamin Péret y frecuenta a la cúpula del surrealismo, desde André Breton y Paul Éluard, a Yves Tanguy. Asimismo, se acerca a los círculos de izquierda más críticos con la Unión Soviética, y a la comunidad de exiliados latinoamericanos que residen en Francia huyendo de las dictaduras en sus respectivos países. Así, en octubre de 1933 conoce al surrealista cubano y militante trotskista Juan Breá, en el restaurante La Coupole del bulevar de Montparnasse.

Juan Ramón Breá Landestoy había nacido en Santiago de Cuba, el 5 de noviembre de 1905, en el seno de una familia acomodada de ascendencia francesa. Pese a su formación autodidacta, se interesó desde muy joven por la poesía y participó en la creación del Grupo H, la primera hornada surrealista de la literatura cubana. En 1928, se mudó a La Habana, donde se integró en la AIE (Ala Izquierda Estudiantil), un grupo universitario de opositores a la dictadura del general Gerardo Machado, que fue duramente reprimido. Breá fue detenido y encarcelado en la isla de Pinos. Tras su excarcelación, se exilió en México y entabló amistad con Julio Antonio Mella, fundador del Partido Comunista cubano, asesinado en 1929 por su acercamiento al trotskismo.

En 1930, Breá se instaló en Barcelona, donde fue encerrado en la cárcel Modelo. Allí conoció a Andreu Nin, que le atrajo hacia el futuro POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). En 1932, fue expulsado de España y regresó a Cuba, donde participó en la creación del grupo Oposición Cubana, de orientación trotskista. Pero una vez más, la lucha contra el Gobierno de Machado le llevó al exilio, esta vez a París, donde en septiembre de 1933 le

llegó la noticia de la caída del régimen de Machado, víctima de un golpe de Estado dirigido por el general Fulgencio Batista. Un mes más tarde conocía a Mary Low. Convertidos en pareja, mientras residieron en París ambos realizaron una serie de viajes a distintas capitales europeas, como Belgrado, Bucarest, Londres, Praga y Viena. En 1936 llegaron a Bruselas, donde entraron en contacto con los surrealistas locales, en especial con el escritor Edouard Léon Théodore Mesens y el pintor René Magritte. Mientras estaban allí, en España estalló la sublevación militar y empezó la revolución proletaria, y decidieron conocerla de primera mano.

La Guerra Civil atrajo a escritores y periodistas de todo el mundo. Para las naciones extranjeras, España seguía envuelta en una aureola de exotismo oriental y atraso secular que garantizaba bizarras descripciones. La gran guerra romántica del siglo XX estimuló a muchos autores, como a los norteamericanos Ernest Hemingway, John Dos Passos y Langston Hughes, o a los franceses André Malraux y Antoine de Saint-Exupéry. Uno de los primeros en llegar fue el canadiense Pierre van Paassen, que aterrizó en Barcelona el 22 de julio de 1936, tres días después del estallido del conflicto. Paassen describió sus primeros compases junto a la Columna Durruti, en su libro de memorias *Days of Our Years*. Y fue el autor de la famosa entrevista a Buenaventura Durruti, en la que el líder libertario pronunció su célebre frase: «Llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones».

En la nómina de autores británicos, destaca George Orwell, alias de Eric Arthur Blair, cuyo *Homage to Catalonia* es de alguna manera el complemento natural de *Red Spanish Notebook*, pues el primero empieza donde termina el segundo, resultando ambos un fresco de la revolución y de su posterior fracaso. La lista de autores anglosajones que fueron testigos de aquellos días incluye a escritores

como John Cornford, John Langdon-Davies, Ralph Fox o el húngaro nacionalizado inglés Arthur Koestler. Así como también a corresponsales de la talla de Louis Fischer, Cecil Day-Lewis, Vincent Sheean, Edward Knoblaugh, Wyndham Lewis, George L. Steer o Herbert L. Matthews. Los redactores Jay Allen y Geoffrey Cox cubrirían la batalla de Madrid. Mientras que el periodista Frank Pitcairn, pseudónimo literario de Claud Cockburn, escribiría *Reported in Spain*. Pitcairn se haría tristemente popular en el período anterior a los hechos de Mayo de 1937, como uno de los principales propagandistas de la tesis conspiratoria que acusaba al POUM de connivencia con el fascismo.

La intervención de poetas y escritores latinoamericanos, procedentes de los movimientos vanguardistas, también fue numerosa, con personajes tan populares como los chilenos Pablo Neruda y Vicente Huidobro, el peruano César Vallejo, los argentinos Raúl González Tuñón y Cayetano Córdova Iturburu, o el cubano Pablo de la Torriente Brau. Antes que todos ellos, el 9 de agosto de 1936 llegaba a Barcelona Juan Breá, y una semana más tarde se le uniría Mary Low.[1] En la capital catalana, ambos se relacionaron con los líderes del POUM Julián Gorkin y Andreu Nin, con el dirigente del Independent Labour Party (ILP) John McNair, o con Jean Rous que era el representante en París de la IV Internacional trotskista. Asimismo, también se reencontraron con el poeta Benjamin Péret, quien en aquellos momentos trabajaba haciendo la locución en portugués en la emisora de radio del POUM.

En Barcelona, Mary Low comenzó a editar el boletín en inglés *Spanish Revolution*, en el que también se encargaba de traducir artículos publicados en el diario *La Batalla*, órgano de expresión del POUM. Por su parte, Juan

[1] Agustín Guillamón, *Balance*, cuaderno de historia n.º 34, noviembre de 2009.

Breá se alistó en la Columna Internacional Lenin, organizada por el trotskista italiano Nicola di Bartolomeo. Al mismo tiempo, escribía artículos para la prensa del partido que después formaron parte de *Red Spanish Notebook*. La ciudad que ambos describen se circunscribe a la Rambla y sus alrededores, donde estaban los principales locales del POUM. Así, hablan del hotel Falcón, en la plaza del Teatro, que era la sede del comité central del partido y ofrecía alojamiento a aquellos miembros que no disponían de domicilio en Barcelona. En el Teatro Principal, estaban situados la sede del comité local y unos comedores populares, mientras que el cabaret Mónaco, bajo la cúpula del mismo edificio, era un hospital de sangre. También se abrió como comedor popular el restaurante Au Lion d'Or, en la Rambla. Y en un edificio ubicado junto a los almacenes Sepu, conocido como la «Casa Lenin», se encontraba la sede de la Juventud Comunista Ibérica, las juventudes del POUM. En el palacio de la Virreina, se habilitó el Instituto Maurín de Estudios Marxistas, en el que Low y Breá colaboraron. Allí ofrecieron conferencias como «La mujer y el amor a través de la propiedad privada», «Las razones económicas del surrealismo» o «Las causas económicas del humor».

La metrópolis en armas

La madrugada del 19 de julio de 1936 comenzó la Guerra Civil en Barcelona. Hubo combates en distintos lugares de la ciudad hasta que, al día siguiente, pudo ser neutralizado el golpe militar, tras la caída del cuartel de artillería de Atarazanas. Al llegar a la capital catalana, Juan Breá la describía así:

> *Barcelona era una ciudad donde todos sus habitantes iban de uniforme militar y en mangas de camisa y Cataluña era una masa sindical que, desde las Ramblas hasta los cerros de Montearagón, no hablaba ni pensaba más que en la revolución socialista, y cuando se referían a la «época burguesa» era como si les quedara tan lejana como la era romana.*

Una semana más tarde, Mary Low daba sus primeras impresiones:

> *Las calles estaban sucias, llenas de polvo y papeles viejos, y el aire era caliente, denso y esperanzador. La excitación, la sensación de vivir de nuevo, de haber renacido, era lo más sorprendente.*

Él tenía 31 años y ella 24, una joven pareja que había venido a experimentar la revolución de primera mano. Según sus descripciones, la ciudad vivía una mezcla de excitación verbenera y sobria resignación hacia el sacrificio. Los hombres iban armados por la calle, con monos de trabajo y camisas desabrochadas, no se veían corbatas ni sombreros, y los organillos callejeros interpretaban los himnos proletarios *A las barricadas* y *La Internacional*. Las calles efectivamente estaban sucias, con restos de barricadas y agujeros de bala en muchas paredes. Muchas casas religiosas y domicilios de empresarios habían sido asaltados y requisados. La Generalitat había incautado el Teatro del Liceo, el Círculo Ecuestre o el Círculo Artístico, a fin de destinarlos al fomento de la cultura. Circulaban las rondas volantes encargadas de reprimir el pillaje y el saqueo contra domicilios privados, practicado muchas veces por delincuentes comunes.

Ese mes de agosto se habían empezado a colectivizar muchos negocios y comercios, las instrucciones eran constituir un consejo obrero en cada lugar de trabajo, encargado de dirigir democráticamente la actividad económica. El asalto al cuartel de Atarazanas aceleró la destrucción de aquellas instalaciones, que llevaba un año realizándose. Y el 21 de agosto comenzó oficialmente la demolición de la odiada cárcel de mujeres, en la Ronda de Sant Pau. El 23 de julio había sido restaurado el servicio telefónico, y al día siguiente volvieron a funcionar el Metro Transversal y algunas líneas de autobuses. También fue el día en que se restableció el aprovisionamiento de tiendas y panaderías, después de haberse agotado las existencias. Mientras tanto, milicianos y civiles volvían a colocar en su sitio los adoquines utilizados para levantar barricadas, facilitándose así la circulación de vehículos por la ciudad.

Aparte de camiones y automóviles requisados, había muy poco tráfico. En la plaza de toros de Las Arenas se habilitó un almacén de coches incautados. Mary Low explica que: «No había taxis, porque los habían abolido»; hasta diciembre de 1936 no volvieron a funcionar. Los vehículos dedicados a este servicio fueron trasladados al palacio n.º 2 de la Exposición, en Montjuïc, donde fueron repintados de color rojo y negro. Ahora tenían fijada una tarifa única de 60 céntimos por kilómetro. La escritora norteamericana Martha Gellhorn estuvo unos meses más tarde y recordaba:

> *Barcelona brillaba bajo el sol, adornada con banderas rojas, y el taxista rechazó el dinero. En apariencia todo era gratis.*

También se demoró el restablecimiento de las líneas de tranvía, que comenzaron a circular pintados con los colores del sindicato CNT. Mary Low los describía así:

> *Los tranvías se pisaban los talones en las Ramblas, como una ristra de habichuelas amarillas. Algunos llevaban el último piso descubierto, y esperé a que llegara uno de esos para montarme. Los tranvías estaban pintados de amarillo pálido, con la inscripción de las iniciales del sindicato en rojo y negro.*

Otro aspecto de las calles en aquel período lo reseña el poeta John Langdon-Davies:

> *Barcelona había suprimido todos los semáforos y policía de tráfico, y por lo visto todo el mundo había robado un automóvil en alguna parte, aprendía a conducir y a batir récords al mismo tiempo.*

Al escritor Antoine de Saint-Exupéry le llamó la atención el mismo detalle, que reflejó en los reportajes que publico en el diario francés *L'Intransigeant* el 12 de agosto de 1936:

> *Los anarquistas son los amos de la ciudad. Situados en grupos de cinco o seis en las esquinas, hacen guardia frente a los hoteles o se lanzan a cien por hora por el interior de la ciudad, a bordo de Hispanos requisados.*

Mary Low describía el ambiente de los establecimientos públicos:

> *La vida en los cafés era igual de floreciente que siempre en Barcelona, solo que ahora se veían algunas mujeres, en lugar de las eternas cabezas masculinas, apiñadas alrededor de una manzanilla.*

Y citaba alguno de los que entonces abrían en la Rambla, como el Oriente: «Por las noches, el bar estaba atestado de gente que se apretujaba como si estuvieran viajando en metro, riendo y brindando a la salud de los demás». El Automatic: «Con sus escaleras mecánicas que daban a una especie de salón de fumadores de un club, con su luz matizada y las mesas repartidas en distintos reservados». El Canaletas y sus rebanadas de pan tostado con mayonesa, el American Bar o el Café de las Ramblas: «Anticuado e incómodo, con sus sillas duras y sus mesas de mármol. Ahí solían reunirse los jóvenes maestros de la revolución, con los rostros ansiosos inclinados sobre planes de estudio y programas educativos». Habla del café Euzkadi del Paseo de Gracia y del bar Moka, que tenía mala reputación: «Se decía que estaba lleno de fascistas camuflados». Desde que el 24 de julio se habían restablecido los locales públicos, bares y cafés aparecían diariamente abarrotados de clientes. Distinta suerte corrieron restaurantes y hoteles como el Ritz, transformados en comedores populares.

El 9 de agosto, el mismo día que llegaba Juan Breá, volvieron a funcionar los cines. Algunos, como el Coliseo Pompeya, el Urquinaona, el Coliseum, el Fémina, el Cataluña, el Fantasio, el Capitol o el Arnau, estrenaron programación con películas como *Morena Clara*, *El guerrillero rojo*, *Sucedió una noche*, *Nobleza baturra* o *Tres lanceros bengalíes*. El resto de salas proyectaron los filmes que estaban en cartel el 19 de julio. El 15 de agosto se reinició la temporada teatral, aunque con nuevas normas. Se suprimía la claque, la reventa y las entradas gratuitas. En la prensa informaban que:

> *Desde el divo más cotizado, como Hipólito Lázaro, Marcos Redondo y Enrique Borrás, hasta e1 obrero que presta su trabajo en el más humilde menester, se le asigna una dieta a repartir*

> *del fondo común formado por la recaudación de todos los teatros […]. El pueblo es el único empresario.*

Los primeros en abrir fueron los teatros Novedades, Barcelona, Poliorama, Romea, Español, Apolo, Victoria, Cómico, el Tívoli, dedicado a la ópera, y el Teatro Circo Barcelonés. Más que su descripción de la ciudad física, los escritos de Mary Low atienden a las transformaciones sociales, de hábitos y costumbres, las pequeñas revoluciones cotidianas que se estaban produciendo conforme iban pasando los días. Así observa:

> *Los pedigüeños, que antes se apostaban en tropel junto a la entrada gimoteando y mostrando un amplio surtido de úlceras, se habían marchado. En aquella época, únicamente vi a un mendigo en Barcelona, aparte de los gitanos. Era un hombre muy mayor, borracho, que solo tenía una pierna y pedía limosna en la boca de una de las estaciones del metro.*

Low se fijó en la dignidad de los trabajadores: «Los cafés habían sido colectivizados. En los bares se colgaban orgullosos carteles como el que sigue: "No se aceptan propinas"». Esto mismo continuaba funcionando cuando llegó George Orwell:

> *En cada tienda y café, se veían inscripciones que proclamaban su nueva condición de servicios socializados; hasta los limpiabotas se habían colectivizado, y sus cajas estaban pintadas de rojo y negro. Mozos y vendedores miraban al cliente cara a cara y lo trataban como igual. Las formas serviles y ceremoniosas del*

> *lenguaje habían desaparecido. La ley prohibía dar propinas.*

Se habían abolido los tratamientos de don, usted o señor, sustituidos por el tuteo, por el trato de camarada y por la expresión «¡Salud!», como forma de saludo al llegar y al marcharse de un sitio.

Como ocurre con todos los observadores extranjeros de la ciudad, la Rambla atrae la mayor parte de sus descripciones, y Low no es ninguna excepción:

> *Todo parecía haberse concentrado allí. En las fachadas de las casas ondeaban banderas que formaban una larga avenida de un rojo deslumbrante […]. En el aire flotaba el atronador estruendo de los altavoces y la gente se agrupaba bajo los árboles aquí y allá, con las caras levantadas hacia el disco redondo del que salían las consignas.*

La escritora británica Sylvia Townsend Warner describía el control sobre el paseo:

> *Un nutrido cuerpo de soldados se instaló en el hotel Colón, un edificio que ocupaba una esquina y daba a la plaza de Cataluña, y se desplegó por el largo y recto paseo poblado de árboles de la Rambla.*

Y Antoine de Saint-Exupéry apuntaba:

> *He visto multitudes paseando muy tranquilas por la Rambla, y si en alguna ocasión me he encontrado con alguna barricada de milicianos armados, ha bastado una sonrisa para poder cruzarla.*

Aquella Rambla revolucionaria también llamó la atención del austríaco Franz Borkenau:

> *La primera impresión: unos trabajadores armados con un fusil al hombro, vestidos de paisano. Quizás el treinta por ciento de los hombres que se encuentran en la Rambla llevan un fusil, a pesar de que no hay policías ni militares de uniforme.*

En el texto de Mary Low existe la pulsión de la aventura, recorrer una geografía que no se conoce, y hacerlo al azar. Así, el lector barcelonés reconoce paisajes como la calle Escudellers y el famoso asador de pollos de Los Caracoles:

> *En la intersección entre dos callejones estrechos vi tres pollos ensartados en un espeto de hierro que se asaban lentamente junto al fuego. La grasa caliente se desprendía de ellos en gruesos goterones que caían de forma metódica.*

O personajes de la época, como las loteras:

> *La lotería, la eterna lotería que, como una velada ilusión, mantenía su atractivo a ojos de los catalanes. Prácticamente en cada esquina había un ciego o una anciana sentados en un taburete plegable [...].*

En su minuciosa descripción taxonómica, Low retrata una humanidad que intenta cambiar su forma de relacionarse con el mundo, una humanidad que actúa según un criterio nuevo, que se desea de otra manera.

La revolución en femenino

En un poema suyo, Mary Low se definía como:

> *Estándar de aventurera internacional, pelirroja, mirada fatal […] acento de onomatopeya y sorprendentes ambigüedades armónicas.*

¿Dónde comienza el carácter y termina la ideología? Cuando Low y Breá conocen la noticia del levantamiento militar no dudan, instinto y razón les dicen que han de hacer las maletas. Vienen por su cuenta a Barcelona, les manda su oficio de periodistas y su compromiso político. Él llega antes y ella, al cabo de unas semanas. En el trayecto hasta la capital catalana, el papeleo y los horarios de tren la retienen en Montecarlo, en cuyo casino gana una pequeña fortuna que posteriormente invertirá en la causa: que el mundo sepa lo que está ocurriendo en España. Él conocía el exilio, ella no. Llegarán a la par, pero su itinerario no será el mismo. Breá llega y pasa a la acción, una acción ciertamente épica. Pero comparten poco de esa épica, y cuando lo hacen, él apenas menciona la presencia de ella en los escenarios que describe cerca del frente, a pesar de que, en la primera incursión en el frente aragonés, Mary Low también está allí. No importa, porque pronto escucharemos las noticias del frente desde el mundo civil de la mano de ella, y esas noticias no son sobre las torpes hazañas bélicas de un ejército sin formación ni munición, son sobre la vida cotidiana, sobre la excepcionalidad de la revolución.

La primera cosa que llama la atención del texto de Mary Low es su empatía; no mira Barcelona con condescendencia, ni ofrece un retrato exótico. Habla de un país donde existen leyes sobre el divorcio, sobre el aborto y la escolarización de las niñas, un lugar donde las mujeres comienzan a ser reconocidas, y en el que el poder omnímodo

de la Iglesia católica está en retroceso. Describe una nueva autoridad femenina, conquistada por el derecho al voto y la participación activa en la política. Algunas ya han ocupado puestos de importancia como Victoria Kent, otras son líderes de la revolución como Dolores Ibárruri o Federica Montseny. En muy poco tiempo, Montseny se convertirá en una de las primeras ministras de la historia.

Emma Goldman, en una carta a Jeanne Levey, decía: «Nuestras camaradas de Barcelona [...] están editando una revista magnífica titulada *Mujeres Libres*». Pero Mary Low no llega al frente —durante años sospechará que Breá ha intercedido para que así sea—, porque los mismos dirigentes de las «mujeres libres» se lo impedirán con la bienintencionada recomendación de que contribuyan al esfuerzo bélico como enfermeras, cocineras, costureras; esa ayuda silenciosa que también realizan en tiempos de paz y sin novedad en ningún frente.

¿Dónde se requiere la acción de las mujeres en tiempo de guerra? ¿Es en la retaguardia anónima, donde están los bombardeos, las carestías y las viudedades sin papeles? ¿Arrojando a sus hijos a esa máquina grandiosa y legendaria de la que quizá no regresen? ¿Callando la forma en que, en su cuerpo o en el de sus hijas, otros hombres mancillan el honor de los suyos? ¿Dónde está la acción? Como tantos lectores de *Guerra y paz*, unos ven una historia de guerra y otros la narración de amores imposibles. O en *El Gatopardo*, en que ellos esperan la famosa frase del príncipe de Salina, y ellas ven seres infelices. Frente a la famosa escena inicial de *El Padrino*, ellos piden: «¡Acción, más acción!».

La historia halla la acción en los recuentos, en cada victoria o derrota. La encuentra incluso en los análisis, tan concluyentes, del relato oficial. En agosto de 1936, había acción en Barcelona y Mary Low la vio. La observó desde los despachos y en la calle, la describió, y priorizó sus actos, tan fútiles, en su relato. Hemos dado en llamarla «vida

cotidiana», como si fuera una miscelánea, pero no lo es. Si alguna vez, en algún lugar, olió a revolución, debió de ser en la Barcelona del largo verano de 1936. Mucha tinta, mucha afirmación y congoja se vertieron sobre aquella guerra y sus consecuencias. Mary vivió la revolución, que es, en el fondo, lo que tenía que ocurrir para que hubiera acción.

Mirada radical, posibilista y compasiva. Todo el mundo, en sus cien metros de fértil espacio para la revolución, hacía algo. Con sus contradicciones, su fiereza, su ternura, su codicia culpable; ese arrojo y escalofrío de los momentos históricos. Había quien, en ese escenario irregular y tentativo, se planteó cambiar su forma de vivir. ¿Quién da más? Algunos sabían que la República Capitalista no. Y no por república, sino por capitalista. Lo sabían las mujeres, que ni entonces ni ahora utilizan el concepto. Es un secreto a voces que llevan años gritando: el capitalismo no sobrevive si esa mirada y esa revolución ocurren. Tantos salarios sin paga que, gracias a la tradición, la Iglesia y la mala educación de los afectos, siguen contribuyendo a la rentabilidad y el buen funcionamiento del sistema.

Mary Low y otros sabían que las mujeres no ganan ninguna guerra si no es de verdad, de las que incluyen un cambio de sistema. Se quedó hasta que los dirigentes de su causa libre dejaron de ofrecerle protección. Luego se fue con Breá, antes que Orwell, pero habiendo visto más. No era posible la revolución anhelada, más allá de los informes de partido, y quedaba la lúcida tristeza del intento. Al llegar a Barcelona, Mary Low se entusiasmó ante la desaparición de los sombreros, ese objeto a la vez de clase y de patriarcado, y se marchó cuando reaparecieron. Perdida la revolución, ya solo se arriesgaba a perder también la vida. Y todo sin necesidad de visitar el frente.

Una guerra cercana

En el texto de Mary Low, la guerra se intuye en su descripción del entierro multitudinario de Buenaventura Durruti, muerto en extrañas circunstancias en el frente de Madrid. En cambio, en las crónicas de Juan Breá adquiere un papel protagonista, ya desde la salida de la Columna Internacional Lenin de Barcelona:

> *El camino hasta la estación fue duro, pese a que la gente salía a saludarnos. Llevábamos mochilas cuyas cintas se hundían en nuestros hombros y, mientras bajábamos por las Ramblas en la suave penumbra del anochecer, las mujeres que nos salían al paso ponían flores en los cañones de nuestros fusiles*

.

El poeta cubano observa las carencias de la revolución en el frente de Aragón:

> *Había escasez de armamento. La* FAI *tenía restos —viejos máuseres de principios de la Gran Guerra, y munición— y mostraba una reticencia comprensible a separarse de ellos.*

Y también se fija en aquella masa de milicianos, recién apartados de sus fábricas y sin experiencia militar alguna que, pese a las dificultades, intentan aplicar en las trincheras una lógica propia de la vida civil, con un escaso espíritu militarista y una jerarquía laxa, y siempre cuestionada. Los soldados de la revolución, con sus cantos y sus juegos, le parecen un ejército de paisanos que salen de excursión:

> *Pensé en cuán poco nos parecíamos a las vandálicas hordas rojas marxistas de las que*

> *Franco hablaba en Radio Sevilla. En realidad, parecíamos niños.*

Curiosamente, sus mejores descripciones de la capital catalana corresponden a la visita que Breá hace a Madrid:

> *... recordando las brillantes luces de Barcelona, me sorprendió. Luego pensé lo cerca que quedaba el frente. Estaba en una ciudad en guerra, y la oscuridad era general excepto unos cuantos faroles de luz azul. Como en Barcelona, no había taxis, y me pregunté cómo iba a dar con el local del POUM.*

Y sigue:

> *El aspecto de Madrid, durante esos días previos a la gran ofensiva, era considerablemente menos revolucionario que el de Barcelona, como pude comprobar en lo sucesivo. La gente iba mejor vestida y parecía que quienes dominaban la escena de la acción eran los pequeñoburgueses, no los trabajadores. Sin embargo, la austera y admirable defensa que planteó después la ciudad da fe de la fortaleza de su espíritu, y no sería cortés, vistas sus hazañas, criticarles con dureza.*

Incluso apunta a la diferencia ideológica entre ambas ciudades, fijándose en el enorme apoyo con que cuenta el anarquismo en Cataluña, una hegemonía que se va diluyendo conforme se aleja de ella:

> *Me sorprendió que hubiera menos edificios donde ondeaba la bandera roja, y que la fuerza de masas que era la FAI hubiera ido perdiendo*

> *intensidad a lo largo del viaje entre Cataluña y Madrid […]. Entre Barcelona y Madrid hay unos 600 kilómetros y una revolución. No voy a ahondar en los dialécticos porqués y consecuencias de dicha distancia. Solo lo señalo, con cierta tristeza.*

Si, en el caso de Mary Low, la revolución significa una ruptura con las formas de entender la vida del pasado, para Breá acercarse al centro del poder republicano significa constatar que la revolución no era un hecho general:

> *Tal vez nos hubieran dado a entender que Madrid era el mismo perro con distinto collar, pero la verdad era justo lo contrario. Era el mismo collar en un perro distinto. El collar antifascista era el mismo en toda España, pero, en ese caso, con un perro cambiado.*

En Madrid se defendía una república burguesa, en la que los revolucionarios eran la carne de cañón:

> *... la única perspectiva ofrecida a España por el estalinismo es ganar la guerra y perder la revolución. Creemos que, si se ha perdido la revolución, la guerra todavía puede ganarse, pero con mucha dificultad. Aunque, a fin de cuentas, ¿para qué? La gente no tendrá nada, ni tan siquiera el aliento de la democracia.*

En el otoño de 1936, Juan Breá fue uno de los opositores a la creación del Ejército Popular, defendiendo las milicias. Su ideología trotskista justificó que fuese detenido dos veces por la policía republicana y que sufriese un intento de asesinato en diciembre de 1936, orquestado por

los comunistas estalinistas. Ante lo peligroso de la situación, pocos días más tarde, Breá y Low cruzaron la frontera francesa. En esas mismas fechas llegaba a Barcelona George Orwell. Y la Columna Internacional Lenin decidía disolverse como protesta ante la militarización de las milicias.

Coda

En Francia, Mary Low y Juan Breá tuvieron serios apuros económicos, él había perdido su trabajo como agregado cultural y ella decidió redactar el texto de *Red Spanish Notebook*, para lo que ordenó sus crónicas y tradujo las de Breá al inglés. Instalados provisionalmente en Londres, se casaron el 24 de septiembre de 1937. Y de allí viajaron a Cuba y nuevamente a París, donde volvieron a frecuentar los círculos literarios surrealistas. Entre el invierno de 1938 y el verano de 1939, recalaron en Praga, donde pudieron ver de cerca a los ocupantes nazis. Perseguidos nuevamente, pudieron huir gracias a la intervención de un diplomático alemán. Después de diversas peripecias, llegaron a La Habana, pero el 17 de abril de 1941 Juan Breá moría por el tétanos. Ante la noticia, Mary Low intentó suicidarse.

La segunda edición de *Red Spanish Notebook* se publicó en Cuba, en 1943, traducida por primera vez al castellano y con prólogo de Benjamin Péret. La muerte de Breá le inspiró el libro de poemas *Alquimia del recuerdo*, con ilustraciones del pintor surrealista Wifredo Lam, que fue publicado en 1946. Low y Armando Machado —su compañero tras la muerte de Juan— vivieron con esperanza la llegada al poder de Fidel Castro, pero muy pronto vieron que se estaba transformando en una dictadura y huyeron a

Florida en 1964, donde Mary Low encontraría trabajo como profesora de historia clásica y latín. El 9 de enero de 2007 falleció en Miami, a los 94 años de edad. Para entonces, hacía seis años que se había publicado en España la primera edición de *Red Spanish Notebook*, titulado aquí como *Cuaderno rojo de Barcelona*, con prólogo de Agustín Guillamón. No obstante, en aquella ocasión solo se recogía el testimonio de Mary Low, una omisión que recupera la presente edición, ofreciendo por primera vez el texto de ambos, tal y como fue redactado en su día.

Núria Pujol y Xavier Theros

I. EL VIAJE DE IDA

El 19 de julio de 1936, con su aluvión de valentía, sus hazañas y su violento anticipo de una nueva vida, acababa de pasar por Barcelona. El mes avanzaba al ritmo veloz de aquellos días. Las calles estaban sucias, llenas de polvo y papeles viejos, y el aire era caliente, denso y esperanzador. La excitación, la sensación de vivir de nuevo, de haber renacido, era lo más sorprendente. Todo parecía poder hacerse realidad de un momento a otro.

Llegamos procedentes del otro extremo de Bélgica directos a Barcelona, pero como no había conexión de trenes en París tuvimos que pasar el día allí. Cuando llegamos a la capital francesa era muy temprano. Deambulamos por la estación, sin saber muy bien qué hacer. Un curioso olor matutino, muy propio de París, se metió en la nave acristalada de la estación y se quedó suspendido en el techo abovedado. Era una mezcla de cruasán caliente y aire fresco, del agua que limpiaba las calles con cierto tufo a gas. No teníamos dinero, y llevábamos la mochila a la espalda. Los mozos de cuerda pasaban junto adonde estábamos esperando, de pie, con los faldones de sus guardapolvos azules rozándoles las caderas como falditas de *ballet* cuyos pliegues tensaban los cinturones elásticos. Bromeaban. Yo lo único que quería era llegar a Barcelona; sus bromas me irritaban, especialmente el sonido francés de las palabras que escuchaba cuando pasaban charlando junto a mí.

El tren de tercera clase rumbo a Barcelona salió de noche de la Gare d'Orsay. Después de habernos pasado

el día holgazaneando por las calles, cruzamos el arco de un puente que proyectaba una sombra tenue y lánguida en la oscuridad, y arponeaba el río con temblorosos rayos de luz. Vista desde el andén opuesto, la Gare d'Orsay parecía un pastel de boda. La estación tenía pisos y sótanos, y el tren español salía del nivel más bajo. Se extendía al pie de las escaleras, achaparrado y verde, y la gente se agolpaba en masa frente a la barrera de acceso. Nosotros estábamos al final de la cola, de los últimos.

El revisor sostenía mi billete en la mano. Yo miré hacia abajo. Su palma era gruesa, recia y arrugada, parecía la labor de un cincel lento y minucioso. Sostuvo el billete entre los dedos un buen rato, lo dobló por donde ponía Barcelona mientras yo escrutaba, en sus ojos, la línea oscura que la visera de su gorra proyectaba hasta su bigote.

—¿Es ahí adónde va?
—Sí —dije.

Se quitó la gorra de la frente y me estrechó súbitamente la mano.

—¡Camarada! —dijo, sosteniendo con fuerza mi mano y mirándome—. Que tengas buena suerte, camarada. Que todos tengan mucha suerte —añadió—. Ojalá estuviera en tu lugar.

El tren ya se había puesto en marcha, estaba saliendo. Salté para subirme al último vagón.

Iba lleno. En el pasillo, se mantenían en pie hileras de cuerpos bamboleantes, que impedían la vista del perfil de la ciudad. Se habían apagado casi todas las luces azuladas de los compartimentos, la gente dormía amontonada. No obstante, mi sensación era que un reguero de excitación, como de pólvora, cruzaba y unía todos los vagones.

¿Cuántos de esos a los que el revisor nos había deseado suerte íbamos para allá?

Todo el mundo se había examinado a fondo antes de que llegáramos al sur de Francia. De pronto, en una pequeña estación se subieron tres hombres, dos de ellos muy morenos y cetrinos, de narices aguileñas, y el otro, bajito y rubio, parecía de una raza distinta. Uno llevaba el brazo en cabestrillo y, en algunas partes, la sangre había traspasado el vendaje sucio y rudimentario. Hablaban mucho, en español, y parecían cansados. Tras escucharlos un rato, llegamos a la conclusión de que el más joven debía de ser belga.

—¿Vais a España? —Me miraron. Uno de ellos tenía el iris enorme y, en el centro, el marrón se iba difuminando en amarillo líquido.

—Sí, vamos y volvemos.

El belga me habló en francés y dijo:

—El avance fascista nos impide el paso por el noroeste. Supongo que ya sabéis que Irún está asediada. Sus tropas se han metido entre los nuestros y la costa. Algunos se han quedado atrapados entre sus filas —es como ser el zorro de una cacería— y nosotros hemos cogido el barco y nos hemos venido a Francia. Y ahora vamos de vuelta a través de la otra frontera.

Los miré con detenimiento. Eran los primeros milicianos que veía en mi vida.

Se tumbaron y hablaron, descansando los pies sobre el asiento de enfrente. Ya quedaba poca gente en el tren. Los milicianos llevaban unas zapatillas de lona con la suela de esparto, iban sin calcetines y los pantalones eran de tela vaquera. Liaban los cigarrillos concienzuda y

diestramente y ya no parecían en absoluto cansados, sino más bien excitados e insomnes. Contaron un sinfín de historias de las atrocidades fascistas que ellos mismos habían presenciado. El belga dijo:

—Dejé el trabajo y corrí a unirme a la lucha.

De pronto, la llegada de nuestro tren llenó de estruendo la estación de Perpiñán, y un torbellino salvaje de vida se levantó en el jadeante vagón, del que colgaba la gente, encaramada a las escalerillas, gritando y agitando los brazos y las gorras. Todo el mundo parecía conocerse. Había empujones en el pasillo y los pasajeros aplastaban la frente atezada contra las ventanas. El ferrocarril de Portbou también acababa de llegar procedente de la otra dirección, y el andén se llenó de gente que se saludaba de un tren a otro.

Perpiñán se había convertido, desde el inicio de la Revolución española, en una especie de parada obligada en el camino hacia Cataluña. Uno se detenía allí algunos días, de ida o de vuelta, hacía contactos, intercambiaba informaciones, hacía planes para un regreso al combate con las ansias renovadas. Perpiñán había estrenado una vida nueva y febril y vivía una excitación prestada, de la que se había apropiado rápidamente. Todo el mundo pasaba por ahí tarde o temprano. Los secretos se susurraban de boca a oreja, de café en café.

Cuando pisamos la estación de Perpiñán y el conductor tocó su agudo silbato, olfateamos el primer rastro de revolución en el aire.

Un muchacho alto, cuyo lánguido cuello se asomaba por la botonadura de su camisa a cuadros, se subió al vagón cuando el tren se puso en marcha. Llevaba pantalones bombachos y la mochila a la espalda como nosotros. Miraba anhelante a su alrededor.

—¿A que es maravilloso? —dijo sin dirigirse a nadie en particular—. ¿No es maravilloso que ocurra algo como esto cuando aún estamos vivos, es decir, justo cuando estamos en la mitad de lo que sea que tenemos por vida? Yo trabajo en una oficina. Me he largado de ahí para ver algo real.

Estaba sobreexcitado y tenso, sus mejillas se habían teñido de manchas púrpura. Los vascos le miraban con una expresión de afable curiosidad escrita en sus caras morenas y enjutas. El belga dijo de nuevo:

—Dejé el trabajo y corrí a unirme a la lucha.

—¿De verdad? —El chico francés pareció dispuesto a trabar amistad y se aproximó—. Yo también dejé el trabajo. Lo abandoné todo. ¿No es maravilloso que algo como esto suceda realmente y la vida te dé una oportunidad así?

Parecía el típico oficinista, debilucho y enclenque. Había quedado un tanto encorvado de tanto trabajar en una postura incómoda y no alimentarse bien. Probablemente tenía que llevar gafas, pero se las había quitado para parecer más apuesto. Se había transformado en un hombre alegre y dinámico.

El belga se había endurecido con la experiencia del frente. Además, era un obrero. Se sentó con las manos destrozadas colgando de sus rodillas y su pecho joven respirando con dificultad en el ambiente viciado del compartimento. Llevaba mucho tiempo luchando al aire libre. La determinación que había en su rostro le daba un porte sereno.

—Bueno, cuando estemos muertos no envidiaremos a nadie.

—¿Por qué? Puede pasar cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa —dijo el otro con una sinceridad total—. ¡Quién lo iba a decir! Coge uno el fusil, lo deja todo y empieza una nueva vida.

—Aunque, claro, en el frente las cosas son más duras de lo que parecen —advirtió el belga después de haberle echado un vistazo con una sonrisa que seguía siendo afable.

—¡Oh, no me importa! Estoy dispuesto a todo.

A medida que íbamos acercándonos a Cerbère, el día se fue tornando más cálido y sosegado. Tuvimos que bajarnos en la aduana, y esperamos un buen rato. El pueblo era horroroso. Las casas estaban cubiertas de un polvo gris y las piedras habían formado un montículo en el centro del lecho seco de un río, donde un perro mugriento olisqueaba y meneaba su larga cola. No había nadie por los alrededores, excepto algunos niños en un pedacito de playa de guijarros. Tiraban de una red de arrastre.

Todo parecía pegajoso y agotado. Había un mozo de cuerda en el andén, de pie junto a la locomotora, y fue lo único agradable en que repararon mis ojos, pues sostenía una botija de calabaza sobre su cara de la que manaba un chorrito de agua que iba del pitorro a su boca. Mantenía el pitorro muy lejos de la boca, movía la cabeza para adelante y para atrás y el agua rociaba el aire como un aerosol resplandeciente. Me refrescó con solo verlo. Me hubiera gustado ser ese hombre.

Los trámites en la aduana francesa fueron una mera formalidad. El túnel que habían cavado en las montañas se abría paso hasta España. El tren se metió en sus profundidades, y salió por el otro lado, en Cataluña, donde de pronto todo era distinto.

Nos bajamos del tren y paseamos por las accidentadas calles de Portbou. Las sombras de los plátanos ganaban

terreno al polvo blancuzco. Había algunos cafés bajo los árboles y, en todas partes, milicianos sentados con la espalda apoyada en sus troncos y los rifles del 14 sobre sus rodillas, mientras bebían de botellas de cuello muy largo o se sentaban a ver cómo se encumbraban plácidamente las columnas del humo de sus cigarrillos. Al principio costó que nos dieran permiso para alejarnos de la estación y dar una vuelta por el pueblo. Pero llevábamos documentos acreditativos de un partido revolucionario y, tras una breve negociación, nos dejaron marchar. Recuerdo la intensa emoción al caminar entre las hileras de jóvenes catalanes con sus monos azules y las mangas de las camisas remangadas sobre sus brazos bronceados, con sus gestos sencillos y amistosos. Nos saludábamos con el puño en alto con tanta naturalidad como si nos estrecháramos las manos.

Me fui de Portbou a regañadientes. Ahí fue donde vi la revolución por primera vez, y el pueblo era precioso. El mar relucía al fondo de una avenida bordeada de plátanos de sombra. Fuimos a la sede local del partido, donde comisarios jóvenes y entusiastas estaban sentados ante unas mesas dispuestas alrededor de la habitación y sobre un telón de fondo de estandartes religiosos, a modo de gran tapiz. Toda la habitación resplandecía con la luz dorada que el sol arrancaba a las paredes. En un rincón, había azadones y viejas armas de fuego amontonadas.

—¿Sabes? —me dijo uno de esos comisarios con mono de obrero y camisa azul con el cuello abierto, inclinándose sobre su escritorio—. La gente está tan deseosa de ayudar y de aportar su grano de arena que traen todo lo que encuentran. Este hombre ha traído la pistola de su abuelo. El 19 de julio, la mayoría de nosotros solo pudimos echar mano de palos. Y, aunque eso no nos impidió hacernos con la victoria, ahora necesitamos armas desesperadamente. Y munición. Especialmente munición, claro.

El tono con el que dijo «munición» subrayó lo impaciente y ansioso que estaba.

No había formalidades, ningún tipo de burocracia. Ya éramos todos camaradas y nos sentamos a charlar familiarmente entre el oro de los estandartes y las paredes blancas sobre las que no se proyectaba sombra alguna. La gente no paraba de entrar y salir, a sus anchas. Era un día silencioso. Las voces catalanas tenían una inflexión áspera y cortante, una tanto aguda, que al principio podía sonar un poco irritante, aunque solo al principio.

El tren salió hacia Barcelona al cabo de unas horas. Pensé que algún día decidiría vivir en Portbou.

En el tren todo cambió. Había un alboroto tremendo, la gente cantaba y pateaba el suelo. Los compartimentos iban llenos de milicianos con el arma al hombro. En Cataluña, ningún miliciano armado tenía que pagar transporte. Al final de un pasillo había dos guardias civiles envueltos en sus capas, un tanto apartados. El siniestro perfil de sus tricornios se proyectaba sobre las ventanillas.

—La Guardia Civil no es agua clara —me dijo un hombre que estaba sentado junto a mí, señalándolos—. En todas partes se han puesto a favor de los más fuertes. Naturalmente, aquí están de nuestro lado.

Pasaron al menos cuatro revisores, en distintos lugares, a controlar los billetes de los no milicianos. Habíamos perdido de vista al belga y al enardecido francés. Al parecer, yo era la única entre los presentes que no era española. Me complació. La gente hablaba catalán en todas partes, y sonaban muchas equis. Cogí un periódico catalán del suelo y empecé a leerlo, fijándome en las palabras que eran parecidas al español y pillándolas al vuelo en las conversaciones; interpretarlo ya se me hacía más difícil.

Cruzamos paisajes de campiña y enseguida llegamos a Barcelona. Conocíamos la ciudad, porque la habíamos visitado en su pasado burgués. Nos detuvimos a la entrada de la estación con las mochilas colgadas a la espalda y reparamos en cuán polvorienta parecía comparada con entonces. Una hilera de caballos inclinaba sus largos pescuezos frente a algunos coches de alquiler. No había taxis, porque los habían abolido. En cualquier caso, de algún modo tenía que irse de la estación la gente que llevaba equipajes pesados.

Caminamos envueltos en una nube de polvo hasta la estatua de Colón. Había un grupo de cigarreros que sostenían con ambas manos las enormes bandejas que llevaban colgadas del cuello con una correa. Llevaban los monederos sujetos a las blusas, bajo el mentón, con imperdibles. Nos quedamos de pie junto a ellos, contemplando las Ramblas, bajo ese enorme cielo azul que parecía estar derramando una atmósfera cargada que nos oprimía. Corrientes eléctricas cruzaban el aire. La multitud se desplazaba como una masa compacta por las Ramblas.

El mismo Colón, encaramado en su ornada columna, se había vuelto de espaldas y señalaba el puerto. Miré. Había navíos de guerra atracados en el muelle. Eran extranjeros y ahí estaban, como una retahíla de tiburones amodorrados, mostrando sus puntiagudos hocicos a la ciudad. Por primera vez, noté ahí la presencia de la Guerra Civil, a menos de un kilómetro de distancia de tierra firme.

II. PASEANDO POR LA CIUDAD

Decidimos dar una vuelta por la ciudad y observar a vista de pájaro sus cambios.

La sensación inicial era de liberación, como si la urbe estuviera saliendo al aire libre y a la luz. Aunque recordé otra percepción anterior de dominación religiosa, como si lo eclesiástico mantuviera Barcelona bajo la oscura y triste sombra de su ala. En esos momentos, ni siquiera por los callejones que discurrían por los alrededores de la catedral se veían esas formas resbaladizas que rozaban las paredes con el revuelo de las plumas negras de sus hábitos. Dos milicianos montaban guardia en la puerta de la catedral, con los fusiles entre las rodillas y las borlas de sus gorras balanceándose sobre el puente de sus narices, ahuyentando las moscas.

—¿Podemos entrar? —preguntamos.

Detrás de los guardias sentados, veíamos la oscura bóveda encumbrándose en una espiral. Queríamos ver qué cambios habían hecho.

Uno de los guardias contempló lánguidamente el sol, que sobresalía por encima de la línea de los tejados de la oscura avenida. El otro nos miró con una cara tersa que parecía tallada en madera pulida.

—No se puede entrar aquí, camaradas —dijo.

Sonrió, su voz era afable, pero algo de esa dignidad común a todos los españoles distorsionaba su tono.

Se escuchaba un rumor de pasos a sus espaldas, en el interior de la nave, que las cavernosas cavidades de la catedral devolvían en forma de eco gutural.

—Solo queremos ver lo que le están haciendo.

—Bueno, pues por fin le están dando un uso honesto. La están convirtiendo en un centro educativo. Pero aún no puede verse.

Nos alejamos por la oscura callejuela empedrada que se acuclillaba contra el flanco de los contrafuertes e iba a dar a la terraza frontal. Caía un sol de justicia. Las escaleras conducían a una plaza donde jugaban unos niños. Los pedigüeños, que antes se apostaban en tropel junto a la entrada gimoteando y mostrando un amplio surtido de úlceras, se habían marchado. En aquella época, únicamente vi a un mendigo en Barcelona, aparte de los gitanos.[1] Era un hombre muy mayor, borracho, que solo tenía una pierna y pedía limosna en la boca de una de las estaciones del metro.

Caminamos por las estrechas calles que cruzaban una y otra vez la vía principal. Nos llamaban la atención las enormes hojas de papel pegadas a los rótulos de alguna tienda o negocio y nos deteníamos a leerlas. Ponían: «Requisada por...» y seguía el nombre de alguno de los partidos de los trabajadores. En las casas había pintadas realizadas a toda prisa, con las iniciales garabateadas en rojo de los partidos que las habían incautado. Era de lo

[1] Incluso desde un marxismo heterodoxo, este prejuicio etnicista que asocia marginalidad, pobreza y etnia es muy propio de la idea de lumpenproletariado de la izquierda de la época, simplificador de los actores y realidades sociales que no respondían a los estereotipos del obrero y el campesino.

más emocionante. Miré a mi alrededor. Una sensación de poderío y actividad renovada parecía irradiar del gentío que poblaba las calles.

Volvimos a las Ramblas y nos quedamos de pie contemplando el trajín. Todo parecía haberse concentrado allí. En las fachadas de las casas ondeaban banderas que formaban una larga avenida de un rojo deslumbrante. Salpicaduras de blanco y negro daban de vez en cuando el contrapunto a los colores. En el aire flotaba el atronador estruendo de los altavoces y la gente se agrupaba bajo los árboles aquí y allá, con las caras levantadas hacia el disco redondo del que salían las consignas. Nos aproximábamos a los distintos grupos y nos deteníamos también a escucharlos. Casi siempre se hablaba de la revolución y de la guerra, a veces era una voz de mujer, pero en general eran hombres. En los intermedios, sonaban fragmentos de *La Internacional* sobre las cabezas de la muchedumbre.

Nos paseamos con una sensación liviana y luminosa. Pasamos junto a un árbol a cuyo tronco habían atado un lazo y unas flores, en recuerdo de un hombre que cayó ahí luchando. Grupos de milicianos y marinos pasaban junto a nosotros, cogidos del brazo, o cruzaban ruidosamente las calles adyacentes, montados en camiones y enarbolando las armas, en cuyas culatas estallaba la luz del sol. Habían derribado los cuarteles, y en su lugar quedaba un solar lleno de polvo blanco.

A ambos lados del paseo central había una hilera de casetas y me fijé en todas ellas, para ver qué era lo que la gente vendía y compraba con tanto ajetreo. En primer lugar estaban las ancianas, sentadas con las rodillas completamente separadas bajo capas de faldones sobre las que apoyaban bandejas de golosinas. Las golosinas eran de color verde, ámbar, marrón y negro, apiladas en montoncitos de cada color, cortadas en forma de dados y envueltas en papel satinado. Eran caramelos transparentes, como

pequeños ladrillos de agua de colorines, amontonados y brillantes bajo la luz del sol. Junto a ellas, había hombres que copaban el pavimento con sus zapatos blancos y un despliegue de corbatas y pañoletas de seda roja estampadas con la hoz y el martillo. A continuación, unos cuantos puestos de gorras de miliciano. Al final estaban las insignias.

Me acerqué a uno de los tenderetes y lo examiné con curiosidad. Había placas e insignias de todo tipo y forma, en las que se leían las siglas de distintos partidos. Algunas eran muy llamativas: grandes escudos plateados con la hoz y el martillo en rojo, o en blanco, sobre el fondo de una estrella roja, y también cuadrados partidos en diagonal entre el rojo y el negro, los colores anarquistas. La variedad era de lo más sorprendente, además de la cantidad de gente que se dedicaba a venderlas. Miré las Ramblas a mi alrededor. Casi todo el mundo llevaba una prendida en la camisa. Al parecer, ya se había generado una pequeña industria de insignias con motivos revolucionarios.

Junto a los vendedores de insignias estaban los de tabaco, con sus abigarradas bandejas repletas de paquetes de colores y fajos de puros de las islas Canarias. Corrí hacia un anciano, cuya bandeja estaba casi vacía, justo cuando se disponía a abandonar su puesto.

—Un paquete de Elegantes, por favor.

—Imposible, ya he cerrado —me dijo con severidad, dando un golpe seco en la tapa de su bandeja, como si fuera la persiana de una tienda.

Apareció un organillo por la calle adyacente, arrastrado por dos hombres que llevaban pantalones de pana y las mangas de la camisa arremangadas. En los antebrazos desnudos lucían tatuajes de mujeres que hacían pucheros con los labios rojos y se abanicaban. Se detuvieron a la

sombra de un árbol y, mientras uno se apoyaba, ocioso, contra el tronco y le daba al manubrio como si fuera un minúsculo molino de viento, el otro hacía el paseíllo pidiendo una moneda. Nos detuvimos a mirarlos y escucharlos. El organillo reproducía de forma machacona *La Internacional* con un ritmo indolente y espasmódico, aderezada, de tanto en tanto, con algunas notas de más. En uno de los costados del instrumento se leían las siglas del sindicato anarquista CNT, escritas en letras muy grandes.

De pronto, las calles empezaron a vaciarse. La gente parecía haberse escurrido, dispersado en todas direcciones. El sol se abatía inclemente sobre el suelo desnudo, y solo quedaban algunos rezagados que se habían resguardado a la sombra de los edificios. En algún reloj sonó la una.

Breá habló con un hombre que salía de una tienda, en la acera de enfrente, para cerrar las contraventanas.

—No me diga que siguen echándose la siesta.

El comentario pareció sorprenderle.

—¿Por qué no?

—No me dirá que siguen cerrándolo todo y acostándose de la una a las cuatro en plena revolución y guerra civil.

Nos miró con ojos grandes y lánguidos como si una insolación hubiera afectado nuestras mentes.

—La gente necesita descansar —dijo—. Es como lo de los domingos. No es que los domingos hagamos fiesta por la religión. Esas cosas ya no nos importan. Pero las personas tienen que descansar y divertirse, especialmente los heroicos milicianos que están en el frente.

—¿Los domingos no hay combates en el frente?

Se encogió de hombros.

—De todos modos, no habría forma de encontrar al enemigo. Los domingos, los fascistas se pasan el día en misa.

El bullicio de la calle parecía haber llegado a un punto muerto que iba a mantenerse durante un buen rato, por lo que decidimos comprar los diarios locales y buscar un sitio tranquilo donde hacernos una idea de cuál era la línea de la prensa. Los cafés estaban vacíos y sus camareros, un tanto hartos, así que caminamos en busca de un parque o una plaza donde hubiera algo de sombra. Recorrimos un par de callejuelas oscuras y umbrías, y desembocamos en una placita en cuyo centro crecía discretamente un árbol de Navidad.

La parte trasera de la plaza era el muro de una iglesia. Rodeamos el edificio, contemplándolo. Habían tapiado las entradas con ladrillos rojizos sobre la cara de piedra antigua. Un vendedor de periódicos estaba apoyado al pie de uno de esos muros, bajo la sombra de la borla de su gorra, con la mercancía esparcida en el suelo, a su alrededor. Sobre su cabeza habían escrito dos palabras con tiza: «No pasarán».[2]

Compré dos o tres periódicos de entre los más representativos, mientras una ventana elevada, sin cristales, me miraba boquiabierta como un gran ojo vacío.

Para entonces el aire se había llenado de los sabores más curiosos y sugerentes. En la intersección entre dos callejones estrechos vi tres pollos ensartados en un espeto de hierro que se asaban lentamente junto al fuego. La grasa caliente se desprendía de ellos en gruesos goterones que caían de forma metódica. Justo enfrente, a la entrada de un bar, montones de milicianos acodados sobre una barra

2. En castellano en el original.

acristalada se llevaban unos pescaditos enroscados y narigudos a la boca, ayudándose con unos mondadientes. En el umbral de otra tienda de ultramarinos, había frutas atadas en generosos manojos y, en el interior, colgaban ristras de quesos y longanizas del techo.

Comimos un arroz lleno de almejas y pimiento rojo. Había mucha animación en las otras mesas, y una sensación de cordialidad y bienestar inundaba la sala. Abundaba lo bueno. Teníamos los vasos llenos de un vino dulce y fuerte, y el precio que costaba podíamos pagarlo incluso nosotros, al menos de momento. De vez en cuando, a través de las puertas, que no paraban de abrirse y cerrarse, entraban fragmentos de canciones revolucionarias como ráfagas.

Al salir, reparé en que, como mínimo, había algo que no había cambiado en Cataluña. La lotería, la eterna lotería que, como una velada ilusión, mantenía su atractivo a ojos de los catalanes. Prácticamente en cada esquina había un ciego o una anciana sentados en un taburete plegable, con el bastón blanco al alcance de la mano, que entonaba con esa cantinela lenta y amodorrada:

—Para hoy, dos iguales para hoy.

O puede que cinco, o tres. Esa lúgubre salmodia me perseguía por las calles. A veces me los cruzaba caminando, y sostenían los cupones ante sí a modo de abanico. El golpeteo de sus bastones blancos contra las aceras advertía de su llegada.

Decidí dar una vuelta en tranvía y echarle un vistazo al resto de la ciudad, mientras Breá iba a informar al POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) de nuestra llegada.

Los tranvías se pisaban los talones en las Ramblas, como una ristra de habichuelas amarillas. Algunos llevaban el último piso descubierto, y esperé a que llegara uno de esos para montarme. Los vagones estaban pintados de

amarillo pálido, con la inscripción de las iniciales del sindicato en rojo y negro. Sentada en el techo, con las hojas de los árboles abanicándome el rostro a nuestro paso, esperé ansiosa a que el conductor se acercara a venderme el billete, anhelando pagar mi primer viaje en un tranvía colectivizado.

Al poco rato se acercó, con su uniforme verde grisáceo y la gorra echada para atrás. Hacía mucho calor.

—Quisiera ir hasta el final de la línea —le dije. Me miró, poco convencido.

—¿Seguro que sabes adónde vas?

—No tengo ni idea — respondí—. Pero de todos modos me apetece ir.

Se rio, mostrando una dentadura blanca y regular encerrada en una boca de labios oscuros.

—Muy bien, si te apetece subir a la montaña, camarada…

—¿Adónde puedo ir desde ahí?

Empezó a interesarse por mi programa para la tarde, y me sugirió unas cuantas combinaciones, con el brazo informalmente apoyado en el respaldo del asiento de enfrente.

—Creo que lo mejor será que cojas el teleférico para bajar a la playa, así luego te puedes bañar.

Yo era de la misma opinión.

—¿Qué tal es trabajar en una empresa colectivizada? —pregunté.

En sus ojos se prendió una llama peculiar.

—La revolución es algo maravilloso —dijo—. Todos trabajamos duro, pero trabajamos para nosotros mismos, ¿entiendes? Se acabaron los jefes, los sueldos son justos y nuestros comités lo coordinan todo. Funciona mejor que antes. Claro que ahora todo esto es nuestro —añadió esbozando un amplio gesto con la mano que señalaba la hilera de tranvías que nos seguía—. ¿Ves las siglas del sindicato en todos ellos? Aunque esto no es nada, tendrías que ver los nuevos vehículos que estamos fabricando, son todos en rojo y negro, los colores del sindicato.

Pensé que lo justo sería que pertenecieran a la comunidad y no a un sindicato, pero él parecía encantado.

El tranvía empezó a gemir y jadear y descubrí que nos estábamos empinando por una fuerte pendiente que transcurría entre árboles e imponentes mansiones. En la mayoría ondeaban las banderas del partido, en las otras se veían los postigos blancos cerrados a cal y canto y parecían abandonadas y oscuras. A medida que íbamos subiendo, nos acercábamos a barrios residenciales en los que las casas estaban rodeadas de jardines de flores de colores estridentes y los amplios reversos de las hojas de las palmeras relucían en el aire quieto y cargado. Había enormes gallardetes rojiblancos suspendidos entre los árboles, que indicaban un hospital para milicianos heridos o una residencia para obreros aquejados de enfermedades pulmonares. Junto a sus verjas montaban guardia los milicianos, sentados en sillas de mimbre que habían sacado a la acera, y aguardaban bajo el sol con una flor roja entre los labios.

En lo alto de la colina surcada por infinidad de frondosas veredas donde finalmente nos detuvimos, bajé a

estirar las piernas y a disfrutar de ese aire tan cálido y limpio. Finalmente, di con un pequeño teleférico que realizaba el trayecto hasta la orilla del mar colgando sobre el puerto. Al parecer, el camarada conductor de tranvía me había dado un buen consejo.

La cabina era una especie de caja con ventanas, y en el techo había una polea por la que se deslizaba un cable. Me quedé de pie, mirando mientras nos balanceábamos en el vacío de la bóveda celeste. Lejos, muy lejos y abajo, como en un paisaje pintado, se extendían el puerto y las embarcaciones, y las casas que se apiñaban en la ciudad. Más allá del puerto, el mar batía con suavidad contra el rompeolas, pero en el interior de la dársena el agua estaba lisa y quieta como un cristal oscuro y transparente.

Nos apeamos en una torre de hierro y bajamos en ascensor. Me dirigí enseguida a la playa.

Pasé por un torniquete y lo primero que vi fue una hilera de casetas como la galería de una colmena, y detrás de ellas un hacinamiento de desolados edificios rosáceos que supuse que otrora habían sido un casino, o algo por el estilo, aunque ahora no eran más que almacenes polvorientos. Un anciano con las piernas tatuadas y unos pantalones azules remangados hasta las rodillas iba de un lado a otro acarreando cubos de agua.

—¿Dónde me pongo? —le pregunté.

—Donde quiera —dijo, ofreciéndome una caseta con un hermoso ademán.

—¿Hay algún sitio seguro donde pueda dejar mi mochila? Me refiero a mi bolso y esas cosas.

—Donde quiera —repitió. Me dirigió una mirada cándida bajo un par de cejas blancas como setos y sentenció con dignidad—: La gente no roba cuando tiene lo que necesita.

Pensé que tenía razón, y no corrí el cerrojo de mi caseta, donde después dejé todas mis cosas sin temor alguno.

La playa era un guijarral gris, estrecho y elevado, y el agua te llegaba al cuello en cuanto te metías en ella. Había mucha gente tumbada tomando el sol, otros chapoteaban en la orilla sujetándose a una cuerda y algunos iban nadando hasta una boya que debía de estar a unos cien metros. La mayoría llevaban camisetas de algodón descoloridas y parecían pasárselo muy bien. Me sentí revitalizada y dichosa nadando en esas aguas cálidas y tan saladas, y escuchando a lo lejos las voces de la gente que gritaba al dirigirse a otro grupo en catalán, con esa inflexión nasal matizada por la suavidad del aire. Agarrada a la cuerda, me puse a charlar con una chica y un chico de pelo claro y ojos azules.

—¿Eres inglesa? —me preguntaron con afable curiosidad—. La gente siempre nos dice que parecemos ingleses, porque somos rubios.

—¿Crees que en Inglaterra van a hacer pronto la revolución? —me preguntó el muchacho.

Yo no me mostré muy optimista.

Salimos del agua y nos quedamos un buen rato tumbados discutiendo acerca de cómo era posible que Marx no previera que la revolución llegaría antes a lugares como Rusia y España que a los países más industrializados. Nuestras pieles claras se quemaron al contacto con el sol.

Regresé en autobús. Se estaba haciendo tarde y el aire se llenó de sombras azules. La gente se congregaba bajo los arcos de la plaza Macià,[3] y las ascuas rojas de sus cigarrillos

[3] Actualmente, la plaza Real.

revoloteaban en la creciente oscuridad. Me senté en un banco de piedra bajo las palmeras y, a mi espalda, el sonido del agua de las fuentes humedecía el calor de la noche. En algún rincón, bajo los arcos, alguien le arrancó un par de notas a una guitarra que me llegaron amortiguadas por la distancia.

III. VIDA COMUNITARIA

Esa noche comimos por primera vez con los milicianos y los obreros revolucionarios.

Fue en una sala muy grande, en la que se habían alineado mesas paralelas. Cuando entré ya estaba llena y, como me quedé dudando en la puerta, buscando con la mirada una silla vacía, pude contemplar hileras e hileras de gorras con borla y monos azules. Una batería de brazos bronceados —cuyas venas parecían cabos sueltos— estaban acodados sobre manteles blancos. Dos o tres hombres con mandiles de carnicero transportaban calderos de bronce, que sujetaban entre dos, e iban sirviendo la sopa. El aire estaba cargado de vaho y de voces.

—Aquí hay un sitio vacío, camarada, ven —me dijo un miliciano con una barba rizada a lo asirio, agitando una cuchara en el aire. Un campesino muy anciano, con la gorra típica de los catalanes sobre su cabeza redonda y afeitada, se movió para hacerme un lugar.

Me senté. A ambos lados se extendía una avenida de caras. Ruido y buen humor. Frente a mí, el rostro severo de un joven alemán subrayaba su expresión con una barba pajiza de tres días y un par de lentes ovaladas. Detrás de él había un hombre con el pelo largo y fino, cuyas flacas muñecas asomaban por el puño de la camisa. Se dirigió a mí en francés:

—¿Cuánto hace que has llegado, camarada? Yo vine ayer, porque no conseguí billete para llegar antes. Doy clases de música en Lyon y me costó mucho reunir el dinero necesario para el viaje.

—He llegado hoy —le dije. Nos sonreímos. Pensé que parecía encantado ante la perspectiva de tomar una comida en condiciones.

El miliciano barbudo brindó por nosotros con un vino de un rosa pálido que escanciaban directamente en nuestros vasos de unas garrafas forradas de mimbre.

—Acabo de llegar del frente —nos explicó—. Es mi primer permiso. Para los extranjeros como vosotros no es tan duro entrar en combate, pero yo no consigo quitarme de la cabeza que hablan la misma lengua que nosotros y que algunos de ellos también son obreros. Cuando podemos, les gritamos que vengan a unirse a nosotros antes del ataque.

—¿Y van?

—¡Oh, sí! Y los que no lo hacen no son sino unos fascistas asquerosos, así que ya no importa si les atacamos.

Una mujer bajita, corpulenta, que llevaba un mono azul y un pañuelo rojo anudado al cuello, con la cabellera de pelo rizado arremolinándose en torno a su cabeza, se inclinó hacia mí y me dijo, ilusionada:

—Yo también he estado en el frente. Me dispararon en el pie.

Tenía una voz profunda, ronca, y hablaba en voz baja, como si sus palabras salieran de detrás de una cortina de terciopelo.

—¿Qué hacías antes de unirte a las milicias?

—Ayudaba en la tienda de mi tía —dijo—, pero prefiero estar en el frente, es más emocionante.

Le pregunté al miliciano a qué se dedicaba antes.

—Era albañil —contestó. Las carcajadas hincharon de pronto su amplio pecho ceñido por el correaje. Señaló a un muchacho de aspecto temerario, que llevaba tres puñales enfundados en el cinto y un silbato militar colgado de una cadena que se perdía en su bolsillo, y cuya imagen coronaba un rostro pálido, ovalado y de labios gruesos—. Nunca dirías a qué se dedicaba antes. Estuvimos juntos en el frente y nos hicimos amigos inseparables en cuanto nos tratamos. ¡Imagínate, era cantante de ópera!

Se inclinó y le pegó un puñetazo en el pecho a su nuevo amigo, riéndose a mandíbula batiente de modo que sus dientes blancos relucían rodeados de una barba lustrosa.

—Yo era barbero —dijo un chico que se inclinó para que le oyera, porque estaba casi retirado—. Y, aquí, mi amigo, trabajaba en una fábrica. Mañana nos vamos los dos al frente de Aragón. Me muero de ganas.

—Son todos iguales —me dijo malhumorado el alemán que levantó la vista y habló por primera vez—. Cargados de entusiasmo, pero sin ninguna ideología. Ya sé que son verdaderos revolucionarios y todo lo que se quiera, pero no tienes idea de lo difícil que es intentar que le pongan un poco de teoría y orden al asunto—. Me miró airado por encima de sus gafas y, a continuación, apoyó *El origen de la familia* de Engels entre su plato y su vaso y se puso a leer.

Había carne, pero no cuchillos. Un miliciano que llevaba un pañuelo rojo anudado a la cabeza se acercó a mí y

me ofreció su navaja, que antes limpió cuidadosamente en la manga de su camisa.

Estaba en el local del POUM donde íbamos a vivir. Nuestro paseo por la ciudad nos había proporcionado una idea de cómo eran los locales de los otros partidos y de cómo se vivía en ellos. Se habían ocupado la mayoría de los grandes hoteles, así como algunos bancos y edificios administrativos para ese fin. Habíamos visto la imponente mole en la que los anarquistas habían instalado su cuartel general. La fachada era alta y cóncava, con ventanas de trazado militar y las iniciales de su sindicato pegadas a los cristales. Siempre había una muchedumbre reunida en sus escalinatas o dirigiéndose a ellas por la ancha avenida. Los partidos adscritos a la III Internacional —mejor abstenerse de hacer comentarios acerca de su actuación en la Revolución española— ocupaban también varios edificios elegantes. Posteriormente, estuve de visita en algunos de ellos, y percibí que la atmósfera de camaradería estaba como almidonada y que daba la sensación de que les estaban imponiendo a los militantes un cursillo de formación para marionetas. No obstante, el hotel que habían ocupado en la plaza de Cataluña era un lugar muy bonito, con sus estandartes y los sacos de arena apostados en las ventanas y un par de enormes retratos a carboncillo colgados de la fachada. Naturalmente, eran de Lenin y Stalin, que jamás habían sido tan inseparables como después de la muerte del primero.

El sitio donde nosotros estábamos hospedados era más modesto, y también más agradable. Recuerdo cuando llegué allí la primera noche. Había sido el hotel más concurrido de la ciudad, en plenas Ramblas, y anteriormente ya me había alojado en él. Ahora los toldos parecían

quemados por el sol, las rayas rojas de la tela habían perdido color y, a lo largo de los balcones, un gallardete erizaba su lengua escarlata. El vestíbulo estaba a reventar de toneles de vino, cestas y sillas, y recuerdo que me sorprendió el desorden informal y el buen humor que me recibieron en cuanto crucé el umbral.

Por supuesto, había guardia a la entrada, igual que en todas las sedes de los comités locales. Eran seis, y habían sacado unas sillas de mimbre a la acera para disfrutar de la penumbra y el fresco de la noche; y allí estaban, sentados y cantando en voz baja. Los cañones de sus fusiles brillaban en la oscuridad. Un gatito escuchimizado jugaba a esconderse entre las hileras de alpargatas de esparto.

La noche en que llegamos había un famoso poeta francés montando guardia junto a los demás. Era la última persona que hubiera esperado encontrarme ahí.

—Es tan extraordinario estar aquí —dijo—, es como vivir de nuevo. —Arqueó la cabeza hacia atrás y miró las estrellas del cielo, parecían enormes flores blancas.

Entré en el vestíbulo. El ascensor no funcionaba y había notas de la organización colgadas de las rejas de su caja dorada. Tras el mostrador de la recepción, estaba sentada una mujer fuerte y delgada de pelo gris, que llevaba un delantal blanco. Llevaba un revólver en la cartuchera de la cadera. Al otro lado, las puertas de cristal del vestíbulo se abrían a un comedor donde tomé mi primera comida comunitaria.

Subí hasta la habitación que me habían asignado. En el primer piso había un salón abierto, bajo una claraboya, con mesas y sillas en las que se había congregado la gente. Muchos se habían sentado en la barandilla y en el ancho revestimiento de madera del zócalo a falta de un sitio

mejor. Había poca luz, y rostros y brazos y piernas sueltos se iluminaban de vez en cuando con un pálido resplandor que me permitía atisbarlos. Tres chicas en pantalones de miliciano estaban sentadas sobre unos baúles en un rincón del pasillo, abrazándose las rodillas junto al pecho y con lazos rojos en el pelo. Distinguí otras caras. Un hombre alto, tieso como un palo, erguido en su asiento, con el rostro impertérrito y pálido, y el pelo de punta coronándolo. Una cara china como un bol. Otra cabeza, bella y vuelta como la de un halcón sobresaltado. Unos labios bajo un bigote a lo Adolf Hitler en una cara gris y redonda. Y, luego, un clan de jovencitos sentados bajo una lámpara, con sus miradas inteligentes y determinadas respondiendo con afabilidad a la mía.

Mi habitación estaba cerca de ese salón y daba a las Ramblas. Recuerdo que abrí la ventana y me incliné sobre la barandilla del balcón para asomarme y ver el bullicio de la calle. Estaba profundamente conmovida. Por primera vez había visto a gente de todas las condiciones unida y disfrutando junta de una idea, y la calidez de su amistad me llegaba incluso estando a solas en mi habitación. Iba a ser una de ellos.

ꕥ

Tengo una fotografía, que evoca la sensación de esos primeros días más vívidamente que mis recuerdos, en la que aparecemos algunos de pie, bajo la claraboya, a la luz de la mañana. Nos la sacaron al tercer día, y yo ya llevaba mi uniforme de miliciana. La alemana alta con su uniforme de enfermera, su blancura fundiéndose con las paredes blancas en la foto, y la cabeza encumbrándose por encima de las demás, el pelo liso y los labios tiernos y carnosos. Luego estoy yo, de pie y con las manos a la espalda y un destello de luz en la hebilla de mi nuevo cinturón. Una italiana con

gafas, que trabajaba en la oficina de propaganda, está junto a mí, cogida de la mano de una austríaca mayor que nosotras, que lleva un pantalón de pana. A nuestros pies, están los mineros belgas de pelo claro y despeinado, junto a unos chicos que trabajaban en una fábrica en Marsella. Se nos ve lozanos y resueltos, bajo los impenitentes rayos de luz que atravesaban el techo de cristal, aunque lo interesante de la foto es el sentimiento de camaradería de estar todos juntos, tocándonos y sonriendo.

Formábamos parte del primer grupo extranjero del partido. Había gente de todo tipo y cada día llegaba alguien nuevo. El local estaba organizado de modo que la mayoría de los extranjeros dormían en los pisos inferiores y los catalanes en los de arriba. Nunca comprendí a qué se debía esa disposición, que lo único que conseguía era aislarnos los unos de los otros e impedía que aprendiéramos la lengua y comprendiéramos la manera de pensar de los catalanes. Había centinelas en todos los pisos. Pasaban la noche entera sentados ahí, con relevos cada cuatro horas, adormilados en las butacas del rellano con los fusiles apuntando al hueco de la escalera.

Solo llevaba algunas noches allí cuando se rumoreó que la Guardia Civil estaba a punto de levantarse en armas y marchar contra nosotros. Fueron días de incertidumbre, antes de la disolución y reforma de aquel cuerpo policial en dos nuevas organizaciones separadas, que se mezclaron con elementos más seguros. No era de extrañar que nos devorara la ansiedad. El secretario de organización del local, un catalán moreno y circunspecto, con los ojos hundidos bajo el risco de su frente, nos movilizó a todos para prepararnos ante un posible ataque. Fuimos pasando por el puesto de guardia de uno en uno, arrastrando las suelas de esparto, y allí se nos entregaba un máuser y varias cargas de municiones. Descubrí que el fusil pesaba muchísimo más de lo que imaginaba, y lo sostuve

escaleras arriba con dificultad y cierta consternación. Lo único que yo había disparado en mi vida eran escopetas de aire comprimido, en las ferias.

Quitamos los colchones de las camas y los pusimos contra las ventanas; luego nos agazapamos tras ellos, empuñando nuestros fusiles. Intenté controlar el balanceo del mío sobre el parapeto que se había formado, pero aún no era capaz de manejarlo sin que mis brazos cedieran a su peso. Estaba oscuro y hacía calor. Una chica francocatalana, un holandés obeso, Breá y yo misma estábamos arrodillados en fila bajo la ventana.

Breá estuvo un rato inquieto por la presencia de algunos camiones y furgonetas que se habían alineado en la plaza que había delante del local. Cuando vio que nadie parecía actuar al respecto, dejó su puesto y fue en busca de algún responsable.

—¿No habría que quitar de aquí todos esos vehículos? Habría que alejarlos un poco del edificio, o trasladarlos más hacia las Ramblas.

—¿Para qué?

—Bueno, pues porque si el ataque es frontal, la Guardia Civil puede esconderse detrás de los coches y utilizarlos como barricadas. Eso sería nuestra perdición. Tenemos que quitarlos de ahí.

Breá había tropezado con la desgana más típicamente española. El secretario de organización agitó una mano indolente.

—Suponte —dijo con un resabio de fatiga anticipada en la voz— que los movemos todos y la Guardia Civil no aparece. ¡Qué ganas de jaleo para nada!

Breá desistió.

Se estaba haciendo tarde y la tensión iba en aumento. Miré por el hueco de la escalera y vi a Benjamin Péret,[1] el poeta francés, que apareció despreocupado como si no pasara nada. Había estado todo el día fuera y no se había enterado de la situación. Se quedó contemplando nuestros rostros severos con cierto recelo.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Pues no mucho —respondí secamente—. Estamos esperando un ataque de la Guardia Civil. Podrían haberte pillado de camino.

Pegó un bote y rugió:

—¡La Guardia Civil! ¡Dadme un arma! ¿Quién tiene un arma?

No había más armas. De pronto, le arrebató la suya a un camarada sordo que andaba plácidamente por ahí.

—De todos modos no oiría los disparos —dijo.

Se sumó a nosotros y permanecimos toda la noche junto a la ventana. Paulatinamente, la sensación de que, al final, la Guardia Civil no iba a atacarnos se fue apoderando de nosotros.

---

1. Benjamin Péret (Rezé, 1899 – París, 1959), uno de los poetas surrealistas franceses más importantes e influyentes de su época. Fue delegado del POI (Partido Obrero Internacionalista) y se adscribió a las filas del POUM. Posteriormente, se unió a la Columna Durruti dirigiendo una unidad que combatía en el frente de Teruel. La correspondencia intercambiada con André Breton sobre la revolución y la contrarrevolución de este período puede consultarse en su obra *El deshonor de los poetas* (Anagal, 2006). En 1937, regresó a París junto

—Esos ya no vienen —dijo nuestro amigo holandés disponiéndose a echarse una cabezadita entre dos pilas de gabanes.

—¿Por qué no?

—Porque son más de las cuatro y media.

—¿Pero tú te crees que la Guardia Civil es como un tren —le preguntó Breá— que tiene que llegar a sus horas?

Con todo, el holandés se quedó dormido y su ronquido metódico nos tuvo en vela hasta el amanecer. La Guardia Civil no apareció.

ꕥ

Llevaba una semana en el local cuando reparé en que había olvidado mirarme al espejo. Una de las cosas que siempre me habían molestado de las mujeres revolucionarias era la falta de cuidado que ponían en su aspecto. Comprendí entonces que preocuparse por el cumplimiento de las servidumbres de la coquetería femenina se debe a que el régimen capitalista no permite a las mujeres cultivar intereses más amplios. Nadie se acicalaba durante la Revolución española. No tenían tiempo para pensar en eso.

Vi el primer contingente de hombres que regresaban del frente de Aragón. Llegaron de noche. Oí ruido, me puse el mono y bajé. Aguardaban pacientemente de pie, en apretadas filas bajo la luz de la lámpara, a que les dieran de comer; algunos se sostenían sobre sus piernas heridas, otros protegían brazos destrozados con los vendajes manchados sujetándolos contra sus pechos. Obreros e intelectuales estaban mezclados en ese grupo, y se adivinaban

---

con Remedios Varo y, tras la ocupación de Francia por los nazis, se exiliaron en México.

corros de campesinos que se mantenían juntos y en silencio a la sombra de sus amplios sombreros de paja. Vi a uno o dos que llevaban una manta colgada del hombro o anudada en torno a la cintura, pero la mayoría no tenía nada. Al principio había gran escasez de todo tipo de materiales. Fui a sentarme con ellos mientras se tomaban esa cena tardía. Estaban cansados, algunos se inclinaban sobre los platos y se les cerraban los ojos, pero estaban todos de buen humor. Percibí, allá como en todas partes desde el inicio de la revolución en España, la corriente de simpatía humana que flotaba en el ambiente. También la bronca cortesía, una corrección nacida del sentimiento de igualdad.

Estábamos allí sentados, charlando bajo la luz fija de las lámparas, mientras otros camaradas con uniformes blancos repartían carne. Un chico joven, de terso rostro oliváceo, estaba sentado junto a mí. Mientras todo el mundo se contaba sus hazañas en el frente, él permanecía en silencio y rehuía la mirada. Le sirvieron su ración, y se sacó una navaja del cinto para cortar la carne. Estaba poco hecha y soltaba un jugo rojizo.

Con una mirada hastiada, el chico apartó el plato.

—¿Qué pasa? —le pregunté—. ¿No tienes hambre?
—No —repuso—. Es que no quiero ver más sangre.

Un anciano, que era de un pueblo de montaña y cuyo rostro parecía una manzana bronceada y arrugada bajo esa luz, jugueteaba con unas naranjas.

—Hubiera preferido una compota —comentó reflexivo, con aire evocador—. En mi pueblo tenemos muy buen diente para el dulce.

Les contemplé, sentados en largas hileras frente a las mesas rectangulares. Cuando contaban historias de

la guerra no había pueblo que pudiera compararse con su forma de hablar. Su peculiar indiferencia ante la muerte confería un tono grandioso y exótico al relato. No obstante, había algo en ese tono que no recordaba tanto a la indiferencia ante la muerte como a un profundo deseo de ella; el deseo de la muerte de sus enemigos y también de la suya propia.

Esa misma noche me quedé con un grupo de capitanes que también volvía del frente. En las milicias, el camarada que estaba al mando no llevaba ninguna insignia que le distinguiera de los demás y su salario no era más elevado. Dada su mayor capacidad, estaba obligado a afrontar una mayor responsabilidad. Eso era todo. Se mantenían las mismas relaciones de camaradería.

Esos capitanes eran de Murcia y del sur, y había un italiano.

—Los catalanes son unos luchadores espléndidos —me dijeron—, aunque son pésimos como soldados. Nunca huyen del enemigo, pero es imposible mantenerles en sus puestos cuando llueve.

IV. UN MITIN EN EL TEATRO GRAN PRICE

Una hilera de oficiales de caballería, camisas blancas como la nieve, formaba un pasadizo entre los árboles. Sentados y afianzados en sus sillas, con las hojas de los plátanos proyectando un verde claro sobre sus gorras, hablaban entre sí con elevados murmullos y no conseguían estarse quietos. Una nube de moscas pululaba infatigable en torno a los cansados flancos de los caballos, y alrededor de los hoyos aterciopelados de sus narices, que se abrían y cerraban como las agallas de un pescado.

Uno de los jinetes, que se mantenía alejado de la hilera de árboles, levantó su corneta y le arrancó dos o tres notas agudas y lentas a su embudo.

Los chicos eran muy jóvenes.

—Los de caballería nunca parecen tener más de dieciocho o veinte años —me comentó alguien.

Nos abrimos paso a codazos.

Por encima de las cabezas de la muchedumbre y de los pescuezos de los caballos que oscilaban impacientes, el Teatro Gran Price[1] parecía la casita de chocolate de un

[1] Situado en la esquina entre Sepúlveda y Floridablanca, donde hoy se levanta un bloque de viviendas, el Gran Price funcionó entre 1934 y marzo de 1973, cuando fue demolido por una inmobiliaria.

cuento infantil. La fachada encalada tenía algunos detalles en rojo. Desde el exterior parecía pequeño, una silueta estrecha e intransigente. Se abría hacia dentro y yo estaba de pie en el umbral, intentando sostenerme a pesar de los achuchones, mirando hacia el interior de esa profunda caverna llena de luz roja y rugido de voces.

Se me acercó una niña de puntillas para colgarme una insignia del POUM en mi blusón de miliciana. El blusón era de tela azul, gruesa y apelmazada, y se resistía a la aguja. Le ayudé a ponérmela e hice resonar unas monedas en la cajita de latón que llevaba colgada del cuello con una cinta escarlata.

—¿Vas a la escuela? —le pregunté de pronto, pensando en el ímpetu con que se estaban creando escuelas en todas partes. Antes nunca había habido escuelas suficientes. Detrás de nosotros, el rugido de las voces aumentó, amplificado a través de centenares de micrófonos y altavoces blancos distribuidos en los rincones de la sala.

—Ahora sí.

Me miraba con franqueza, de un modo amistoso y familiar.

—¿Desde la revolución?

—Sí. Está muy bien.

Había visitado algunas escuelas, tanto antes como después, y los cambios que se habían producido me resultaron muy significativos. Las de ahora eran muy distintas de las viejas escuelas donde los curas sermoneaban, con cientos de niños distraídos hacinados en una sola clase, manejando libros de texto manoseados y anticuados, uno por cada cinco niños, y donde se aprendían las mismas tonterías día tras día, como si fueran un refrán. O, peor aún, lo que habían

sido los internados para señoritas. En una de las calles por las que había pasado recientemente quedaba aún el armazón de lo que fuera uno de ellos, con su tablón de anuncios vacío colgando de un balcón abandonado. Recordé el cuarto oscuro lleno de macetas y muebles macizos con textos escritos en letras doradas en las repisas, la opresión de los corsés estrechos y las tres enaguas, y las verjas en las ventanas. La educación de la resignación, la carga que dejó la herencia musulmana en la mujer española.[2]

Eso es lo que había cambiado para la niña que estaba de puntillas sobre sus piernas delgaduchas ante mí, y pensé en esas salas amplias, de techos altos, donde entraba la luz a raudales, y en la juventud y la inteligencia de los maestros de la revolución. Si lográbamos dejar atrás la educación racionalista que los anarquistas intentaban imponer y podíamos subir a los niños según los preceptos marxistas, esa revolución no daría jamás un paso atrás.

Cogí de la mano a la pequeña, que se pasaba los domingos de vendedora ambulante de insignias en beneficio de los heridos de guerra, y nos abrimos paso hasta la sala reluciente y encerada que crujía bajo los pies de la multitud. La gente se había ido apretujando en el patio de butacas y estaban todos de pie, en fila, con la barbilla hincada en el hombro del de delante, intentando echarle un vistazo a la sala o a los oradores.

Los palcos estaban a rebosar de gente. Miré para arriba y vi gradas y más gradas que se elevaban hasta las sombras oscuras que cubrían el techo, de modo que las últimas galerías apenas eran visibles. Había banderines rojos y

[2] Esta mirada colonial y arquetípica —en la que hoy podríamos leer trazas de islamofobia y de culpabilización de las mujeres respecto de su propia opresión— no es diferente a la de otros internacionales, como el propio Orwell, a la hora de realizar una lectura culturalista sobre algunos aspectos de la vida de la época.

blancos colgando de las barandillas o sobre el vacío. En algunos habían escrito eslóganes y los nombres de las ciudades de las que procedían las distintas delegaciones. «Sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria», decían unas letras enormes sobre el retrato de Lenin, que nos contemplaba desde uno de los extremos del escenario. Trotski no estaba, pero Stalin tampoco. Había hoces y martillos blancos por todas partes. La luz roja se derramaba continuamente sobre nosotros, como una lluvia. Parecía la ambientación de un drama de grandes proporciones, y yo sentía el corazón, como un nudo, en la garganta.

Las caras empezaron a hacerse visibles. Al fondo de la sala había milicianos de pie, con la barbilla levantada y los brazos cruzados sobre el pecho. En los palcos inferiores, al socaire del gallinero, se agrupaban las mujeres con las cabelleras sedosas, mientras que otras, con las gorras de milicianas cubriéndoles los rizos, habían sido más descaradas y se habían sentado en las escaleras, entre los hombres. En algunos de los palcos, se veía a campesinos con las caras curtidas por el sol y sus mandíbulas cuadradas se asomaban e inclinaban para alcanzar al vuelo las cintas rojas y violetas. Muchos llevaban sombreros del color del maíz, con el borde levantado hacia arriba en una curva lenta y serena. Escuchaban con tanta atención que sus rostros estaban rígidos como máscaras.

Era una audiencia muy receptiva. Cuando cualquiera de los oradores se refería a las constructivas medidas con las que el partido pensaba ir afianzando los progresos, los oyentes replicaban con vítores y gritos entusiasmados. Aplaudían muy a menudo y levantaban constantemente los puños. Cualquier observación de tinte revolucionario era acogida con violentos aplausos. En realidad, se trataba de un público seleccionado. La presencia de los anarquistas, con su ciego arrojo, se reducía a algunos grupúsculos, y los

socialistas y los comunistas oficiales estaban reunidos un poco más abajo en la misma calle, puliendo sus observaciones mordaces acerca de la lucha por la República democrática. El POUM era la única esperanza para la revolución, y era un partido revolucionario a pesar de los errores cometidos y del oportunismo mostrado en ocasiones.

Toda la acción que se desarrolló en el Teatro Gran Price se había construido en torno al escenario. La iluminación y la decoración se dispusieron de modo que la atención convergiera en el estrado y allí se concentró un torrente de color y de luces. La mesa, las cortinas, los letreros, todo cuanto estaba a la vista era de color rojo, sobre el que destacaban las hoces y martillos blancos, y los mismos oradores, bajo las lámparas de arco, eran una masa oscura que destacaba con estridencia sobre ese fondo brillante. La mayoría llevaban el uniforme de la milicia. El Comité de Milicias Antifascistas[3] seguía existiendo; nadie había soñado ni remotamente en su disolución. Pensábamos que tendría que haberse disuelto la Generalitat, aunque había que pedirles cuentas por ello a los anarquistas que, en su momento, cuando contaban con el apoyo y la fuerza de la calle, permitieron que el Gobierno de la Generalitat se beneficiara de sus escrúpulos de conciencia libertaria y ácrata hasta convertirse en una fuerza real que había que tener en consideración obligatoriamente, y ya era demasiado tarde para hacer nada.

---

3. El Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña fue un organismo de defensa de la República y una entidad administrativa de la Generalitat, creado en 1936 por Lluís Companys, bajo la presión ejercida por las centrales sindicales anarquistas CNT y FAI, que habían capitalizado la lucha obrera en las calles de Barcelona sofocando la sublevación militar contra la Segunda República española. Existió entre el 21 de julio y el 1 de octubre de 1936.

Cuando entré, estaba hablando Jordi Arquer. Arquer era un centrista en un partido de mayoría centrista. Era un hombre chaparro, recién llegado del frente y que bajo una apariencia un tanto aniñada escondía un mal humor sorprendente y un verbo muy florido. Había estado en el frente de Aragón y era el único que iba de caqui, un color recién incorporado al campo de batalla, habida cuenta de que las líneas de hombres vestidos de azul oscuro ofrecían un blanco demasiado nítido a los aviones enemigos sobre esos paisajes expuestos al sol. Los ojos azul claro de Arquer nos miraban fijamente y de su cara de muñeco salía un rugido que enardecía a los presentes.

Desgranaba con soltura un discurso acerca de los «ríos de sangre» con la cabeza muy levantada y los brazos tendidos hacia nosotros. Su gorra, echada hacia atrás, proyectaba una extraña sombra cuadrada en el telón de fondo sobre el que destacaba; se agitaba cada vez que él se movía e imitaba sus actitudes de una forma tosca y torpe. Estaba detrás de la mesa y la tela que la cubría le ocultaba de cintura para abajo, por lo que parecía que estuviera sentado en la cama, gesticulando. Hablaba en catalán, y su voz se elevaba en semiarpegios, de tono alto, marcado y monótono.

El resto de los miembros del comité ejecutivo estaban sentados en forma de herradura a ambos lados de Arquer, entre la mesa y las paredes. La intensidad de la luz les hacía parpadear. Los conocía a todos y se lo conté a los presentes. Andreu Nin, el mejor de todos, el viejo revolucionario; Molins, responsable de las Juventudes, sentado junto a él, llevaba una camisa clara debajo del uniforme de las milicias y parecía más que nunca uno de los Tres Cerditos del cuento, el más atractivo de ellos, en cualquier caso; Juan Andrade, con una mirada luminosa, audaz y arrogante en su faz de tiburón y con su imponente estatura; Bonet, también muy alto, con cara de aburrido —«es la cara más aburrida que haya visto jamás», me dijo un camarada alemán

en una ocasión—; Coll, que posteriormente se convertiría en uno de los jefes de la policía, cuando el POUM entró en el Gobierno de la Generalitat, y al que todavía me parece oírle decir, con su franqueza catalana y la cabeza inclinada hacia la chica que le estaba pidiendo un pasaporte para que su anciano padre pudiera salir del país: «¿Y estás segura de que tu padre no es un fascista?»; Gironella, delgado y modesto; y otros de los que no me acuerdo. El versátil Gorkin, la veleta del partido, que aquel día debía de estar en algún otro acto público, y Rovira, con su aspecto de Jesucristo, que seguía en el frente. Posteriormente, un centrista del partido replicó con ingenuidad alguna crítica a la línea de acción diciendo: «¿Y qué es lo que tanto hay que reconocerle a Trotski? Al fin y al cabo, lo que él hizo por la Revolución rusa es lo mismo que está haciendo ahora el camarada Rovira por el frente de Aragón».

Cuando los vítores que sucedieron al discurso de Arquer se acallaron, Nin se puso en pie. Era un hombre corpulento, no muy alto y fornido. Llevaba una guerrera azul de miliciano que, junto con su pelo rizado, le daba un aire juvenil y entusiasta; inclinado sobre la mesa, con un puño fuertemente apoyado y la otra mano agitándose en el aire.

Al principio las aclamaciones se oían por encima de su voz, ahogándola, pero, cuando por fin se hizo el silencio, se escucharon sus palabras, profundas y potentes. Nin hablaba como el hombre de la calle. No le he escuchado jamás floritura alguna en sus frases. Pasa de una idea a otra ordenadamente, y te las machaca, y toda su eficacia se basa en la simplicidad y el aplomo con que las expresa. En mi opinión, es más convincente que Gorkin, al que había escuchado en París y al que en una ocasión le prohibieron intervenir en un mitin del ILP[4] en Londres. Gorkin hace

[4] Independent Labour Party (Partido Laborista Independiente), fundado en 1892 por sectores obreristas del Partido Liberal, que

muchos circunloquios, pero luego su construcción se desvanece como el humo, a pesar de que es un orador nato.

La gente reacciona apasionadamente a los discursos de Nin. Su pasado en Rusia avala sus palabras y las respalda. Sin embargo, cuando se levantó para tomar la palabra, una especie de sordo rumor de desaprobación recorrió la sala. Algunos milicianos refunfuñaron y se marcharon. Se oyeron susurros. Nin es el elemento revolucionario, pese a que en los últimos meses se ha retractado considerablemente, y por eso los que consideran que darle un giro liberal a la revolución es entibiarla se marcharon cuando él habló. La gran mayoría de los que se quedaron le respondieron como un solo hombre. Yo también me emocioné al notar la respiración profunda y excitada de los que me rodeaban y escuchar los gritos de gozo que se alzaban durante las pausas en el discurso de ese hombre, de pie, hablando con la cara vuelta ardorosamente hacia nosotros, mientras la luz caía como una cascada sobre él; tenía una mirada tan intensa que apenas pestañeaba.

Se acabó. Seguíamos gritando y esos hombres permanecían sentados de forma ordenada en el estrado, pasándose la mano por la frente húmeda cuando una banda se levantó ceremoniosamente y arremetió con *La Internacional*. Nos levantamos con el puño en alto y cantamos, y cantamos, con las vocecitas de los niños piando en el sonido atronador de las de los hombres y confundiéndose con el extraño grito estridente que emitían las mujeres, que al

---

buscaban la representación obrera en las listas electorales, algunas sociedades fabianas y federaciones socialdemócratas. Fue una de las organizaciones fundadoras del Comité de Representación Laboral que daría lugar al Labour Party que después se convertiría en el segundo partido británico más importante. De posiciones claramente antibelicistas, se opuso a la participación británica en la Primera Guerra Mundial. En 1931, el ILP se había desafiliado del Labour oficial, radicalizándose y atrayendo a sectores trotskistas.

parecer tienen todas voz de pavo real. Había un sentimiento de tensa emoción flotando en el ambiente. Nos abrimos paso hasta la salida y nos quedamos en la calle, bañados por la calidez del sol, comentando lo que habíamos escuchado, acariciando los caballos y observando cómo la gente se reunía junto a sus banderas.

Empezó el desfile. En Barcelona, mientras estuve allí, siempre hubo desfile los domingos. Los niños marchaban primero; con sus gorritas de miliciano y sus cintas rojas, y llevaban unas banderitas cuadradas. Luego seguía la banda, que interpretaba enérgicamente el himno del POUM, que sonaba a tonadilla de organillo, y un piquete de caballería detrás, cuyas monturas se agitaban nerviosas de un lado a otro cuando les obligaban a avanzar con lentitud, agitaban la cola sobre sus flancos relucientes y empujaban con sus hocicos ansiosos las manos y hombros de la gente que se alineaba a ambos lados de la calle. Después iban las milicias, y más jinetes y así sucesivamente hasta que aparecía el comité ejecutivo, que avanzaba tranquilamente con las manos atrás o metidas en los bolsillos y charlando a la sombra de una bandera enorme.

Nin, fuera del escenario, mostraba su lado más dulce o, mejor dicho, más parecido a un mochuelo, pues ese era su aspecto con las gafas de cristales gruesos, caminando junto a su rubia mujer rusa. La gente lanzaba vítores a nuestro paso, se subían a las farolas y agitaban su puño en alto a modo de saludo, y nosotros lo levantábamos también, respondiéndoles. En la plaza de Cataluña nos tocó esperar mucho rato, ya que, en el mismo instante que nosotros, los desfiles de la FAI y del PSUC (moscovitas) salían de dos calles distintas. Y se creó cierta confusión a la hora de encauzar ese enorme cocodrilo tan difícil de manejar. Los socialistas marchaban mucho mejor que nosotros, sus pies resonaban enérgicamente sobre el asfalto y todos guardaban la misma distancia respecto al vecino; los anarquistas, sin embargo,

eran mucho peores. Eso fue antes de que sacaran los famosos carteles que rezaban: «Suma disciplina a tu determinación». Yo prefería nuestro estilo un tanto chapucero, teníamos un aire muy desenfadado, y no desprendíamos ese tufo de militarismo pagado de sí mismo que acabaría teniendo todo más tarde, cuando me marché de Cataluña. En esos primeros días, parecía que estábamos en la cima. Yo trabajaba en la elaboración del boletín de propaganda del POUM en inglés, que consistía en algunas páginas que mimeografiaba cada mes, y me sentía dueña y señora del mundo. Posteriormente, cuando publiqué una revista impresa en inglés, con la ayuda de otros camaradas, vendíamos 4.000 copias semanales y, además, recaudábamos dinero; las cosas parecían ir viento en popa. Aunque, en realidad, estábamos de capa caída, porque tanto oportunismo estaba conduciendo a acciones contrarrevolucionarias.

No obstante, durante aquellos primeros días, cuando el mitin, todo estaba en pleno esplendor, y marchábamos enérgicos, levantábamos el puño y sentíamos que nuestros pies flotaban sobre burbujas de aire. El estandarte rojo rozaba la copa de los árboles mientras bajábamos por las Ramblas y avanzábamos, con la FAI abriéndonos paso, su bandera negra ondeando al viento como las alas de un cuervo y cantando *Hijos del pueblo* a pleno pulmón. Los socialistas seguían detrás. El calor y el polvo flotaban en la densidad del aire. Recuerdo el olor a alquitrán caliente que desprendía el suelo. Marchamos justo hasta el final de las Ramblas. Por ese entonces aún no habíamos tomado el espléndido edificio del Banco de Cataluña y quitado los mostradores para que quedara un vestíbulo hipóstilo, sino que teníamos solo algunas habitaciones llenas de mesas encima de un teatro.

No me importó la caminata, porque iba cargada de entusiasmo. Solo después, cuando íbamos cada domingo a los mítines y hacíamos puntualmente el camino, se nos empezó a hacer largo.

V. UN DÍA COMPLETO

Así solían ser nuestros días. Las mañanas eran vivificantes y hermosas, y el fresco de la noche se posaba sobre las baldosas de las habitaciones. En la cocina se servían tazas de café, y en el bar de milicianos de enfrente del local, bocadillos de pescado o de salchichas. La cocina era como el interior de un barco, toda de madera, y había portillas a través de las cuales nos pasaban las tazas. Nos colocábamos en fila, en una esquina del revestimiento de madera, y esperábamos nuestro turno, al que llegábamos arrastrando los pies y codeándonos con los demás, mientras el olor del vino que sacaban del tonel impregnaba el aire. Los hombres que trabajaban en la cocina, al otro lado de la portilla, iban vestidos de blanco, y levantaban las cafeteras de amplias bases de latón de los fogones. Si no éramos muchos, podíamos entrar también y quedarnos allí, en la cocina, con los codos apoyados en el aparador, removiendo el café y jugueteando con el perro blanco, un gordinflón con una oreja negra, o con el gato.

También íbamos al bar de los milicianos. Estaba en el vestíbulo de un viejo teatro. Había siempre mucha animación junto a la barra. Acostumbrábamos a leer el periódico allí de pie, asomando la cabeza por encima del hombro contiguo. Después nos poníamos a trabajar.

Al principio, trabajábamos en el mismo local: en el rellano, o en el salón donde se sentaban los milicianos, o en nuestras propias habitaciones, o en las salas que había

encima del teatro de enfrente, donde vivían los miembros del comité ejecutivo. Nos sentábamos en la primera mesa libre que encontrábamos, codo con codo, escribiendo y traduciendo con una mano siempre posada en el diccionario. Los hombres que pasaban uno o dos días allá, esperando a que los llevaran a los cuarteles o les reclutaran para ir al frente, pululaban a nuestro alrededor, hablando, acarreando cascos metálicos y haciendo sonar las culatas de los fusiles sobre las baldosas, o sentados sobre el ancho zócalo de la pared, como pájaros posados en los hilos telegráficos. Las conversaciones eran siempre de cariz político. Los cigarrillos llegaban cada día, procedentes de un despacho donde también asignaban las camas, y la gente entraba y salía de la oficina constantemente, a pesar de la nota manuscrita que colgaba de la puerta y que rogaba: «No molestar a menos que se trate de algo urgente».

Todo el mundo molestaba. Nos sentábamos en las butacas de la oficina, hablando por encima del tecleo de las máquinas de escribir o colocando banderitas blancas o rojas en sus posiciones, sobre un mapa de España que habían pegado en una de las paredes. Había montones de papeles por todas partes.

No había mucha disciplina, pero sí una gran cordialidad, y el deseo de colaborar. Lo que más me sorprendió al principio fue que no había críticas personales, que nadie iba de figura. Aunque también eso se fue perdiendo después, entre otras cosas que lamentablemente tampoco lograron mantenerse. En una ocasión, durante los primeros días, antes de que me hubiera desembarazado de las malas costumbres, estaba inclinada sobre la barandilla de una de las galerías que daban al vestíbulo central y se me ocurrió decir:

—A mí no me gusta mucho «H». ¿Y a ti? Hay algo en él que me resulta desagradable.

Me encontré con una mirada sincera, ansiosa.

—Ah, ¿sí? ¿Ha dicho algo tendencioso? Yo pensaba que su posición estaba totalmente clara…

Me sentí ridícula.

—No me refería a eso. Quería decir que me da la sensación de que tiene mal carácter.

—¡Oh!

Sus ojos dejaron de mostrar interés, y mi interlocutor me dio la espalda para ocuparse de algo más importante.

Aprendí a no hacerlo. Además, con el tiempo llegué a no tener siquiera tentaciones. Todo se desvanecía entre tanta cordialidad, y nos limitábamos a hablar de política y a afianzar la revolución. Así eran las cosas al principio.

Al otro lado de la plaza, había siempre una multitud congregada en los tres pisos superiores del teatro. Los subíamos y bajábamos dos o tres veces al día, para ir en busca de documentos o a preguntar cualquier cosa. Había un goteo constante de personas que iban y venían a sumar su nombre a algún manifiesto de solidaridad, a preguntar por sus hijos que estaban en el frente, a cobrar su paga de milicianos o en busca de información. No había ningún tipo de control. Cualquiera podía entrar y quedarse rondando por la habitación, mientras un par o tres de camaradas permanecían sentados detrás de sus máquinas de escribir y anotaban sus nombres o les entregaban su dinero. La gente se apiñaba en las ventanas y se asomaba al alféizar, a contemplar el vaivén de las Ramblas bajo el sol. Reinaba una atmósfera general de buen humor. Había un par de milicianos sentados en unas butacas junto a la puerta, jugando con los niños o balanceando sus alpargatas blancas de esparto. La ausencia de burocracia era una delicia.

Había que subir tres peldaños para llegar a la gran sala, un hervidero frecuentado como una estación de tren,

y, al otro lado de una puerta de cristal, había un minúsculo cubil donde intentaban apretujarse los miembros del comité ejecutivo. La habitación no tenía nada de sancta-sanctórum, y a nadie le infundía ningún temor reverencial tener que entrar ahí a charlar con los del comité. La gente llamaba a la puerta y entraba siempre que le apetecía. Si el número de personas excedía al de los miembros del comité dentro de la habitación, tenían que estar todos de pie con la puerta abierta.

Más adelante, pusieron a alguien de guardia, para que comprobara para qué quería entrar la gente y filtrara tanto trajín. Un día salí y me encontré a un campesino que estaba esperando para entrar. Estaba allí, plantado con obstinación frente a los guardias; llevaba unas sandalias catalanas de esas planas con cintas azules que se anudaban en torno al tobillo y la pierna, y sostenía un sombrero ancho entre las manos.

—Los camaradas del comité ejecutivo dicen que esperes un momento. Están ocupados —le repetía uno de los guardias.

—No quiero esperar —terciaba el catalán tranquilamente, manoseando el sombrero—. Yo también tengo cosas que hacer. Voy a entrar ahora mismo.

—Pero es que no puedes entrar ahora. Espera un poco.

—¿Y por qué tengo yo que esperarles a ellos? —preguntó, sin impaciencia, pero con un orgullo sereno. Era ancho de hombros y se mantenía tieso—. ¿Es que no somos todos iguales?

Lo dejaron entrar.

Al principio se daban más casos como estos, aunque luego las cosas fueron cambiando. Con el tiempo, el partido se volvió cada vez más burocrático y, pronto, entre la participación oficial en el Gobierno y la llegada de

personalidades menores, procedentes de partidos menos entusiastas de otros países, se dio paso a las formalidades y a toda clase de papeleos. La red burocrática empezó a extenderse por todas partes. A partir de entonces, la gente tuvo reparos a la hora de mostrar esa sutil sensación de dignidad y mérito personal, como en el caso del camarada campesino, por más que el comité seguía tuteándose con todos los que acudían a él, incluso en la consejería.

El almuerzo era a las dos y solía salir en ajetreadas bandejas, que pasaban a la atestada sala donde la sesión proseguía alrededor de los platos de comida. En el local, funcionábamos con el aburrido sistema de los vales de comida. Había un encargado de entregar esos vales a todo el que se lo pidiera la noche anterior, y se suponía que no debían servirte comida a menos que les mostraras el tuyo. Cuando el que tenía que distribuir los vales era un camarada catalán, siempre faltaba alguno o se extraviaban, y eso cuando el camarada no se había marchado, olvidando dárselos a alguna otra persona. Guardo recuerdos de lo más desagradables de las largas esperas frente a las puertas firmemente cerradas del comedor, cuando el tiempo era precioso y el hambre voraz. Nadie nace catalán impunemente.

Todo el mundo podía comer en Barcelona. Bastaba con que fueras a un local y pidieras un vale para que te lo entregaran. Todo aquello no tenía nada que ver con la caridad, sino con los derechos normales de gente libre e igualitaria. A la hora de la comida, éramos cientos de personas, y nos sentábamos junto a todo tipo de gente que no necesariamente eran miembros del partido y de los que, a menudo, no sabíamos nada. La comida era abundante, pero el primer plato solían ser judías. Los alemanes

odiaban las judías. Aunque casi siempre estaban demasiado hambrientos como para rechazarlas.

Un día llegó el primer barco de aprovisionamiento. Todo el mundo estaba entusiasmado, y nos preguntábamos qué traería. El barco descargó diligentemente quinientos kilos de judías en el muelle.

Cuando nos enteramos de la noticia, las caras de los alemanes palidecieron. A partir de ese día, decidieron formar la Liga Antijudías.

A las cuatro de la tarde, volvíamos a la escritura, y la revolución parecía avanzar circunscrita a los teclados de las máquinas de escribir. Un día hicimos nuestra primera emisión radiofónica, gracias a un poste provisional que un camarada electricista había instalado en una casita en el campo. Fue un gran día. Posteriormente, cuando ocupamos varios edificios y participamos en la Generalitat, teníamos emisoras de radio en todas partes gracias a nuestra expansión, y emitíamos exhaustivos programas diarios, aunque entonces eso se había convertido en un hecho cotidiano. Lo emocionante fueron los comienzos.

Cuando hacíamos una pausa en el trabajo y teníamos algo de calderilla en el bolsillo, íbamos a un café. La vida en los cafés era igual de floreciente que siempre en Barcelona, solo que ahora se veían algunas mujeres, en lugar de las eternas cabezas masculinas apiñadas alrededor de una manzanilla. Los cafés habían sido colectivizados. En los bares colgaban orgullosos carteles como el que sigue: «No se aceptan propinas». Y era cierto. Cuando ves a un camarero barriendo diligentemente el suelo del mostrador o corriendo hacia ti con una bandeja sobre la cabeza como un barco surcando los mares, adviertes con alivio y deleite que la vieja costumbre de arrastrarse a cambio de calderilla y el servilismo que eso comportaba se han acabado para siempre y que, en cambio, cuando un hombre se esfuerza en el desempeño de su trabajo, dueño y señor de todo lo

que tiene bajo control, la profesionalidad relacionada con la propiedad cae en desuso y, en ese nuevo mundo, esas palabras pierden sentido y vigor.

El camarero pregunta:

—¿Qué vas a tomar?

Se inclina hacia ti.

Tú levantas la vista.

Es un hombre joven como tú, que habla como tú, con la cortesía y la gravedad perfectamente naturales en un ser humano, y recuerdas que él ahora no tiene jefe, que probablemente se sienta cada noche junto a los miembros de su comité, y que el café está limpio y aseado, porque así es como él lo quiere. Ahora, él trabaja igual que tú cuando le das a las teclas de la máquina de escribir.

—Un café, por favor, camarada.

Ambos sonreís.

Más tarde, mientras te estás tomando tu bebida a sorbos, te miras los pies, adviertes que están llenos de polvo y, si no llevas alpargatas de esparto, decides ir a que te los limpie el limpiabotas. Los limpiabotas acostumbran a llevar pantalones de pana negra, y les ves acechando en las esquinas y en las puertas de los cafés con sus cajas bajo el brazo. Nos sentábamos y charlábamos con los limpiabotas, que eran casi todos anarquistas, mientras ellos se ponían de cuclillas a nuestros pies, moviendo sus dedos negros y hábiles alrededor de nuestros zapatos o sacándoles brillo con un harapo que deslizaban con el equilibrado gesto de aserrar.

La primera vez que me limpiaron los zapatos quise darles una propina.

El limpia me la devolvió con un gesto teatral.

—Tengo a mi sindicato —me dijo, muy digno—. No necesito tu caridad.

—Perdona, camarada —le dije. Me ruboricé hasta la raíz del pelo—. Es una vieja costumbre capitalista.

Nos dimos la mano.

Había muchos cafés, e íbamos de uno a otro.

Subiendo desde las Ramblas hasta plaza de Cataluña estaba, primero, el Gran Oriente, con su fachada marrón y las letras doradas como una tableta de chocolate fino y en cuyas barras interiores se amontonaban unos bocadillos redondos de pimientos, de salchicha de ajo, de cerdo crujiente, de pescado fresco, de pulpitos, de paté de hígado, de jamón y roquefort, y de panceta. En otro de los mostradores, había unos dónuts rechonchos, rellenos de una mermelada amarilla, *plumcakes*, fruta escarchada, cucuruchos de crema, bizcochos de nueces y pastelillos de mazapán. Al fondo de la sala, una escalerilla daba a un comedor con una chimenea y un mantel imponentes y, más allá, enormes salas de billares, donde lámparas bajas proyectaban sombras verdes que, junto con una cortina de humo perenne, daban al lugar aspecto de acuario. Por las noches, el bar estaba atestado de gente que se apretujaba como si estuvieran viajando en metro, riendo y brindando a la salud de los demás, y milicianos de permiso, barbudos y vestidos de caqui, que se sentaban descuidadamente bajo un baldaquín oriental y cantaban canciones.

A continuación, estaba el Café Automatic, con sus escaleras mecánicas que daban a una especie de salón de fumadores de un club, con su luz matizada y las mesas repartidas en distintos reservados. Allí tomábamos bocadillos de ternera y nos sentábamos bajo el resplandor

de la lámpara, mientras en los reservados la gente se aislaba para musitarse secretos en la intimidad. Las patrullas hacían su ronda nocturna de bar en bar, pidiéndoles la autorización y cerrando los cafés según el horario oficial. Además de las patrullas, de vez en cuando se levantaba un miliciano barbudo de la mesa en la que estaba con su grupo, se aproximaba a nosotros y, saludándonos con el puño en alto, decía:

—Discúlpame, camarada, ¿te importaría enseñarme tus papeles?

Había un fondo de gravedad en su cortesía, algo de la capa y espada propias del porte español.

Saqué mis papeles.

—Por supuesto, camarada.

Se inclinó de nuevo y me tendió la mano, con una expresión amable en sus ojos oscuros.

—Díaz, de la FAI. Espero que disculpes estas formalidades tan enojosas, ¿verdad, camarada? En estos días hay que tomar tantas precauciones, hay tantos espías que se cuelan en las delegaciones extranjeras… ¿Recuerdas a esos tipos con pinta de nazis que vivían bajo la protección de la embajada alemana? Ahora ya casi los hemos expulsado a todos del país, aunque eso tal vez nos hace demasiado recelosos con todos los extranjeros.

—Siéntate y toma algo —le dije.

Se sentó y estuvimos charlando.

Las relaciones entre los catalanes y los camaradas extranjeros se habían enrarecido un tanto para entonces,

aunque no fue por culpa de los catalanes. Estos son una raza adusta y dispuesta, y los extranjeros que han venido a luchar junto a ellos se han mostrado demasiado fastidiosos y exigentes, en lugar de intentar entenderles y hacer concesiones. Los extranjeros se sentían imprudentemente inclinados a insistir en su mayor capacidad intelectual y a excederse en sus muestras de educación fanfarrona. Los catalanes, a quienes la larga lucha por liberarse del lastre del retraso del resto de España les ha impulsado a caer de nuevo en el nacionalismo, han hecho de ello un motivo para reaccionar con una mezcla de dignidad herida y un mucho de chovinismo. La palabra «extranjero» había adquirido un matiz injurioso. Cuando se dejaron atrás todos los rencores, nos rebautizaron como los «internacionales» que, por el contrario, era un apelativo que expresaba una elevada estima revolucionaria. Los «internacionales», con sus críticas, tendían a olvidar que la comparación era demasiado fácil: un grupo de hombres escogidos, seleccionados en todos los lugares del mundo, a quienes les había valido la pena el esfuerzo y el sacrificio de abandonarlo todo y acudir a Cataluña, comparados con la condición normal y corriente de la gente de un país donde la cultura dista mucho de estar al alcance de todos.

Existían otros cafés en los que había mucha animación nocturna: el Euzkadi, con su oscuro revestimiento de madera y espejos, y el Canaletas, donde tostaban el pan en el fuego delante de ti y luego untaban las rebanadas aún humeantes con mayonesa fría, y el American Bar, cuyo salón oscuro y silencioso se extendía hacia las sombras, y el Café de las Ramblas, anticuado e incómodo, con sus sillas duras y sus mesas de mármol. Ahí solían reunirse los jóvenes maestros de la revolución, con los rostros ansiosos inclinados sobre planes de estudio y programas educativos que garabateaban sobre las mesas, o bien discutiendo sobre el formato que debían tener los exámenes escolares.

En las mesas contiguas, los representantes de la prensa inglesa, un grupo desastrado y gris, tomaban sus cócteles a pequeños sorbos y no conseguían establecer contactos en esa atmósfera tan cargada. A veces me sentaba un ratito con ellos y charlábamos un poco. No entendían nada de lo que estaba ocurriendo, y les importaba aún menos.

Su conversación estaba trufada de referencias personales. Yo terminaba marchándome, hastiada de las pullas de sus mezquinos odios personales. Parecían una ciudadela cerrada, inexpugnable para la nueva vida.

Las demás mesas se llenaban de gente que acababa de llegar de un mitin y lo comentaban en voz baja, entre susurros. Los oradores del partido acostumbraban a pasarse por ahí; llegaban en coches en cuyo capó solía ondear una bandera roja y venían de un pueblo que estaba al norte de la ciudad, o de una localidad donde los campesinos habían pataleado y gritado hasta enronquecer, llevados por su propia excitación. Recuerdo un día en que Pilar Santiago[1] acababa de llegar de un mitin en Portbou en el que había intervenido y se dejó caer en uno de los sofás tapizados. Todo el mundo estaba rendido y parecía feliz. Ella llevaba unas medias a rayas y unos zapatones planos que parecían barcas, un vestido sin mangas, y se la veía hermosa, con su cabeza como la de un ángel de labios violentos.

—Ha sido un mitin maravilloso —exclamó batiendo palmas e inclinándose hacia mí por encima de la mesa—.

[1] Pilar Santiago (1914-1998) fue maestra, educadora, militante y feminista revolucionaria, una de las figuras más interesantes del POUM. Fue redactora de *Emancipación*, la revista femenina revolucionaria que defendió la política de «nueva familia, derecho al aborto, protección de la infancia y derechos políticos a los 18». Formó parte del cuadro de oradores, junto con Andreu Nin.

La gente estaba tan entusiasmada y animosa... Vibraban con cada una de nuestras palabras. Les he hablado del frente, y de Irún, y de que debemos derrotar al fascismo no solo por nosotros, sino también para ponerle fin a la explotación de nuestros niños que ahora son pequeños pero que un día... ¡Oh! —exclamó—. ¡La revolución *tiene* que triunfar![2]

Se estaba ruborizando. El color de sus mejillas hacía que sus ojos parecieran aún más oscuros.

—¿Te gusta hablar en público? —le pregunté—. ¿Te lo preparas mucho de antemano?

—No —me respondió Pilar Santiago con seriedad, sacudiendo la cabeza—. Empiezo a hablar con ellos y entonces se me ocurre todo, porque lo siento en ese instante. Es maravilloso, veo como lo que digo se convierte en realidad. Aunque algunas veces también hay momentos terribles, como hoy, cuando hablaba de nuestros niños y de los fascistas, y no lograba contener las lágrimas que resbalaban por mis mejillas.

Pilar es muy joven, todavía se debate entre la ternura y la vehemencia.

Había otro café al que solíamos ir, el Moka. El Moka tenía mala reputación —probablemente porque era muy lujoso— y se decía que estaba lleno de fascistas camuflados. No obstante, era obvio que los milicianos que volvían del frente pasaban siempre su primera mañana o tarde de permiso sentados en su amplia terraza, al sol, contemplando el trajín de las Ramblas, cuyo exponente más animado y concurrido estaba justo en esa zona.

---

2. En cursiva en el original.

Sí, es cierto que había algo desagradable en los clientes que solían sentarse en el interior. Eran todos demasiado zalameros y llevaban anillos en los dedos gordezuelos de sus manos blancas. Sin embargo, el café era un oasis de comodidad, todas las mesas tenían su propio reservado y un techo de paja que las cubría, butacones altos de mullidos cojines y luz indirecta. Un delicioso aroma de café recién molido flotaba en el ambiente. Al fondo, había una sala con sillitas doradas dispuestas alrededor de veladores de mármol, y una pajarera que ocupaba toda una pared en la que revoloteaban pájaros de especies exóticas.

Cuando nos marchábamos del último café, era casi siempre para regresar al trabajo. Más adelante, nuestras noches terminaban inevitablemente en la redacción del periódico, pero en los comienzos no teníamos más oficina que nuestros dormitorios, y nos quedábamos allí sentados hasta la madrugada, aporreando las teclas de la máquina de escribir al resplandor uniforme de una bombilla, mientras la calle rugía debajo de la ventana, hasta que finalmente el ruido iba menguando y se arremolinaba con el silencio.

UGT
CNT

VI. EL FRENTE DE ARAGÓN

Hemos pasado días en los barracones esperando la orden de partida. Había escasez de armamento. La FAI tenía restos —viejos máuseres de principios de la Gran Guerra, y munición— y mostraba una reticencia comprensible a separarse de ellos. Día tras día, nos reuníamos en el patio y permanecíamos horas de pie bajo un sol abrasador. Hacia el atardecer, nos mandaban de nuevo a nuestros cuarteles y hasta el día siguiente.

Otras organizaciones pasaban por las mismas dificultades. Ni la FAI logró mandar tropas en número suficiente.

Nuestro grupo formó la Columna Internacional Lenin. La habían integrado miembros de unos catorce países bajo el mando de Russo, un italiano que había servido como oficial del ejército italiano antes de la llegada al poder de Mussolini. Russo era corpulento y atezado, procedía de Nápoles. Tenía los ojos como mortecinos, inyectados en sangre y entornados, y repetía a la más mínima ocasión:

—Le gusto a todo el mundo. Dicen que soy simpático y que inspiro confianza. «Venga, Russo —me dicen—, somos tus amigos».

Después, en el patio, intentaba que formáramos en orden y repetía, agotado:

—¿No sabéis hacer una fila? Maldita sea: uno tras otro.

No le importaba la disciplina, pero era un buen experto militar.

El segundo al mando era Calero, un abogado de Murcia. Su mata de pelo pelirrojo empezaba a clarear, pero sus ojos resplandecían, brillantes, como incandescentes canicas azules en la oscuridad cuando, iluminando apenas nuestros libros, nos sentábamos a leer poemas con un ponche de ron en la mano. Su hermosa voz vibraba como un instrumento de cuerda. Además, siempre se reía y nos daba palmadas en el hombro llamándonos «sus leones».

Calero residía en su casa y venía a diario al local, pero Russo vivía con el resto de nosotros y se le suponía acuartelado en los barracones. El alojamiento en aquel lugar era básico y austero, y estaba a las afueras del pueblo, por lo que a menudo se quedaba a pasar la noche en la sala del primer piso del local. A nuestro regreso de los cafés, le veíamos a la luz rojiza de las linternas, tumbado en vaqueros sobre un par de butacas desfondadas, con la cabeza apoyada en una almohada que le había quitado a alguien.

Durante el día, mientras seguíamos esperando órdenes, íbamos a los barracones y comíamos con los milicianos veteranos. Nos sentábamos en largos bancos de madera colocados de frente, y teníamos platos de hojalata y tazas del tamaño de pequeñas soperas. Bebíamos cinco de cada taza. La comida era mejor que en el local, pero nos la teníamos que servir. Las tardes se hacían muy largas, pues el sol daba de lleno en el patio, no teníamos donde sentarnos y siempre había discusiones políticas entre los hombres agazapados bajo los arcos.

Nos hacíamos fotos, algunos sentados en el suelo, ante los que permanecían de pie, con la bandera de nuestro regimiento ondeando sobre nuestras cabezas y sosteniendo bien *L'Action Socialiste* o *La Lutte Ouvrière* entre nuestras manos. Ya nos habían dado ropa caqui y pañuelos de franela roja para el cuello, y unos correajes ligeros y

brillantes con cartucheras para la munición. Más tarde nos suministraron cascos de acero, y el último día, armas.

Cuando nos las dieron, y supimos que por fin nos íbamos al frente, nos subimos a unos viejos Ford que había en el patio y, enarbolando las armas, prorrumpimos en entusiásticos hurras.

Eso ocurría a las cuatro de la tarde. Eran las nueve de la noche cuando partimos. Estábamos cansados y la emoción inicial había ido desapareciendo. El camino hasta la estación fue duro, pese a que la gente salía a saludarnos. Llevábamos mochilas cuyas cintas se hundían en nuestros hombros y, mientras bajábamos por las Ramblas en la suave penumbra del anochecer, las mujeres que nos salían al paso ponían flores en los cañones de nuestros fusiles. Pasamos por entre una multitud de puños cerrados, mientras los nuestros, ya cansados, se alzaban intermitentemente. La gente cantaba *La Internacional*, un gran resplandor rojo, como lanzas de sangre, teñía el cielo y parecía que las ventanas de Vía Layetana ardieran. Cayó la noche cuando llegamos a la estación. Las herraduras de las monturas del regimiento de caballería soltaban chispas al contacto con los adoquines.

Cuando nos subimos al tren, una muchedumbre nos siguió hasta los estrechos andenes donde se amontonaba, riendo y gritando, para darnos las manos que les tendíamos por las ventanillas. Un chiquillo logró subirse al tren y se escondió entre los bultos del pasillo. Cuando Russo lo encontró y lo echó, se quedó muy triste, de pie entre el gentío que le arrastraba, mientras iba repitiendo: «Yo quiero ir al frente de Aragón».

Nos dirigíamos a Huesca, aunque era como ir a la feria. Íbamos al frente y llegaríamos antes de lo que esperábamos. Barcelona nos rindió su homenaje como si fuéramos un ejército que regresa triunfal, pero éramos una simple columna, la tercera columna del POUM camino de la

victoria. No albergábamos la menor duda al respecto, porque la revolución no es un juego de dados, en que un as o un seis pueden decidir de manera imparcial. Estábamos convencidos de que íbamos a ganar, y ¡ay! de quien lo dudara.

El tren era más largo que un título de ministro. La gente que nos despedía iba en mangas de camisa y gritaba: «¡Larga vida a la revolución mundial!». Las leyendas burguesas sobre la tristeza de la despedida quedaban totalmente desmentidas. La nuestra carecía completamente de melancolía romántica. No nos daba tiempo a estar tristes. ¿A quién se le ocurriría estar triste, en cualquier caso, cuando una multitud te observa, codiciosa, con miradas con las que desearían arrebatarte el fusil de las manos, una multitud que mañana se unirá a ti?

Sabadell, Lérida, Barbastro y otras ciudades nos recibieron triunfantes. Unas chicas muy simpáticas se acercaban al tren con flores en una mano y un jamón en la otra, y nos ofrecían sus sonrisas más revolucionarias. El viaje parecía un trayecto en tranvía, el entusiasmo de la gente nos lo abreviaba.

De Sariñena a Sariñena, es decir, de la estación del tren al pueblo hay una distancia de ocho kilómetros. Ahí nos bajamos del tren por la mañana, y volvimos a subirnos a él por la tarde. ¿Por una contraorden o por estrategias de guerra? Solo lo sabían los mandos, y nosotros no nos enteramos.

Al subir de nuevo, descubrimos que el convoy, igual de grande que el anterior, había sido despojado del esplendor de la primera, segunda y tercera clase. Íbamos en un tren de ganado, y la atmósfera no dejaba de recordárnoslo. Decidimos cantar para alegrarnos. Cantábamos por turnos, y el que no cumplía debía pagar una prenda votada por la mayoría. En general, consistía en bajar en la siguiente parada a por agua, o en moverse a cuatro patas, o en recitar

una oración; lo último parecía mucho castigo por haberse negado a cantar una canción, aparte del hecho de que, sinceramente, muchos habíamos olvidado nuestras oraciones. Pensé en cuán poco nos parecíamos a las vandálicas hordas rojas marxistas de las que Franco hablaba en Radio Sevilla. En realidad, parecíamos niños.

Llegamos a Barbastro. «Cenad y dormíos cuanto antes», fue la orden que nos dieron esa noche. La cumplimos. Dormimos en un convento vacío, tumbados en colchones alineados en el suelo de uno de los dormitorios.

Apenas había trascurrido una hora, cuando me despertó un ruido. Una luz se movía junto a la puerta, susurros, y algo relució en una hoja de acero. Había siluetas de uniforme en el umbral. Una incursión nocturna.

Me puse en pie de un salto.

—¡Fascistas! ¡La casa está llena de fascistas armados!

Hubo un momento de confusión y revuelo. Al que se sucedió la hilaridad o los gruñidos malhumorados de los que habíamos despertado, cuando descubrimos que esos intrusos eran parte de nuestra caballería, que había llegado por su cuenta.

A las tres de la madrugada, nos despertó el toque de corneta. Formamos.

—Acababa de pillar el sueño.
—Yo apenas he dormido.
—¿Adónde nos llevan ahora?

Alguien contestó:

—Vamos a Alcalá del Obispo.

El frente. Por fin el frente de verdad.

Alcalá del Obispo era un pueblecito como tantos en la España de entonces: la torre de lo que había sido una iglesia y algunas granjas en ruinas.

Eran las siete de la mañana y habíamos llegado más de quinientas personas, pero nunca había visto un pueblecito con tantos hoteles. Se ofrecieron a hospedarnos en todas las casas:

—Ven, camarada, tenemos una cama de más. Ven, ven, ya apañaremos algo.

Al cabo de una hora, toda la compañía estaba instalada y sentada ante las tazas de café de olor dulzón que nos esperaban. Después, descansamos. Recuerdo todavía la sonrisa cómplice que respondió a mi comentario de que, si dormía por la tarde, tal vez no pudiera conciliar el sueño por la noche.

—¿Sabes? En la guerra, uno duerme cuando puede.

Utilizamos tallas de santos de madera policromada para encender hogueras donde cocinar. Las habían arrojado a la plaza cuando quemaron la iglesia. Había escasez de madera, de modo que un día astillamos a santa Eduvigis, virgen y mártir, y al día siguiente a Antonio de Padua, o incluso a san Apapucio, hasta que le llegó el turno al santo patrón y obispo del pueblo.

Las campesinas salieron a los umbrales de sus casas y nos contemplaron. Una parecía especialmente afligida.

—Ay, camarada —le dije—. La pena de verle roto te duele en el alma, ¿verdad?

Me contestó con una mirada húmeda e insulsa, cargada de dos o tres siglos de ignorancia.

Un hombre que estaba cerca respondió por ella.

—¿Que si le duele en el alma? Si supiera lo que de verdad pesa ese tronco de madera y la hubieran obligado a cargarlo en procesión por todo el pueblo en las fiestas patronales…

—¿Acaso no te pagaban por llevarlo?

—¿Pagarme? Ni mucho menos. El sacerdote decía que era un honor.

—¿Y si declinabas dicho honor?

—Bueno, lo intenté una vez, pero, como trabajaba sus campos, tardé seis meses en encontrar trabajo de nuevo.

Me dirigí a otra mujer que estaba apoyada en el dintel, con los brazos cruzados sobre sus prominentes senos.

—¿Y tú, camarada? ¿Tuviste que acarrear al obispo?

—Solo tengo una cosa que decir: desde que esas estatuas de madera salieron de la iglesia, la comida ha empezado a llegar al pueblo. Mi marido y mis hijos ahora tienen trabajo. Ya no pasamos necesidad. No me importa si son rojos o azules, nosotros no sabemos de política, no es cosa nuestra. Lo que sí sé es que, por fin, esos santos de madera servirán para algo. Porque… —añadió—. ¿Sabe? Antes, había madera, pero a menudo nada que cocinar con ella.

Vivíamos a toque de corneta y empezaba a estar acostumbrado a ese nuevo lenguaje. Cuando, a mediodía, sonaba la corneta, no me costaba entender que significaba que íbamos a almorzar. Aunque el segundo toque, que me pillaba siempre en mitad de la comida, me costaba más identificarlo.

—¿Este para qué es?

—A formar.

Una avalancha de protestas.

—Pero ¿para qué? ¿Adónde vamos?

Pero el capitán sólo replicó:

—Que forméis, ¡maldita sea!

—Oye, camarada —contestó, agresivo, un joven miliciano con barba de unos días—. Yo no soy un paquete que puedas mandar sin saber adónde va, y aún no he terminado de comer.

Russo le dirigió una mirada oscura y somnolienta.

—Yo ni tan siquiera he empezado, pero voy a formar.

—Pero ¿por qué, Russo?

—Porque nos vamos al frente.

Así terminó el incidente. El joven ocupó su lugar en la fila, aunque murmurando:

—Vale, es lo que quería saber.

Muchos otros, además de nosotros, eran novatos. Creo que ni ellos ni yo olvidaremos jamás ese primer momento en que nos subimos a los camiones que nos transportaron los casi siete kilómetros que nos separaban de la línea de fuego.

Era la una de la tarde y hacía calor. Seguimos la carretera principal y luego enfilamos una secundaria que nos llevó a las montañas. El camino era blanco por las nubes de polvo que levantaban las ruedas de los camiones. A ambos lados, el paisaje se extendía salvaje y yermo, cubierto de matas de cambroneras y cardos. De vez en cuando, un pequeño grupo de árboles se arracimaba junto al camino. A ratos una casa, un campesino arando. Se movía con lentitud tras una yunta de bueyes, y llevaba un pañuelo de

colores atado a la cabeza junto a una fronda de hojas verdes que protegían su rostro del sol. En un extremo del campo, el consabido perro esperaba el regreso de la yunta, mientras la saliva que goteaba de su lengua formaba un pequeño charco de baba.

Cuanto más nos acercábamos, más fuerte sonaban el estampido del cañón y las salvas de las ametralladoras. Cada vez que el terreno se elevaba un poco, aparecía Huesca en el horizonte, una ciudad dibujada con tiza blanca que veíamos como a través de un catalejo. Al instante, un declive en el camino la ocultaba, y así íbamos perdiendo y encontrando Huesca a medida que nos aproximábamos. Estaba situada sobre una pequeña loma.

Nos cruzábamos con otros camiones. Cuando se acercaban y emergían de la cortina de polvo, cargados de milicianos embarrados, alzábamos el puño y les gritábamos:

—¡A Huesca! ¡A Huesca!

Ellos nos devolvían el grito y seguían a toda prisa.

También saludábamos a los labradores que veíamos junto a sus campos. Nos contemplaban profunda y serenamente y permanecían inmóviles hasta que, de pronto, se acordaban y levantaban un puño apresurado, como un mono de feria que casi olvida su papel.

El cañón silbaba. Su sonido suscitaba exclamaciones de entusiasmo en nuestro camión.

—Estos son los nuestros, que le están dando duro —dijo el chófer, con la seguridad de un experto.

Cantamos poco y nos reímos mucho, como cuando se está un tanto asustado. Algunos de nosotros, que jamás habíamos tenido un arma entre las manos, aprendimos a

toda prisa cómo cargar, vaciar y apuntar, subidos a un vehículo que iba dando tumbos.

Llegados al final de un recoveco del camino, vimos que los camiones que nos precedían se habían detenido. Los hombres se estaban apeando. Aquello ya era el frente. Esa parada repentina, que hizo que nos precipitáramos los unos sobre los otros, sirvió de disimulo a nuestras emociones.

Hasta los camiones estaban en formación junto al camino. Habían aprovechado un bosquecillo para ocultarse de los aviones fascistas. Formamos de a cuatro. Bajo un cielo de un azul infinito, el paisaje parecía un remanso de paz, roto de vez en cuando por un disparo de cañón. Las ametralladoras, que emitían un sonido parecido al de las máquinas de escribir, seguían escupiendo, aunque parecía un ruido ajeno a ese lugar, pues lograban imponerse poco al tranquilo silencio de aquel día. Sobre nuestras cabezas, las alas negras de uno o dos aviones fascistas trazaban círculos en lo alto del cielo.

Los predios y los cerros que se extendían ante nosotros estaban separados por una alambrada; apenas una división que nos recordaba que estábamos en un campo de batalla. Supimos entonces que no habría que subirse a la loma hasta el día siguiente. Éramos fuerzas de emergencia esperando en la retaguardia.

Amontonamos las cosas en los hilos de la alambrada y buscamos un lugar bajo los árboles donde acampar. Nos tumbamos a la sombra en cualquier rincón, sin nada que hacer hasta nueva orden. El aire era seco y caliente. Algunos hombres fueron a por agua y, una vez sosegadas las primeras emociones, todos pensamos en la comida que habíamos interrumpido y en ajustarnos los cinturones. Calero, cuando vino a hacer la ronda, nos dio palmadas en el hombro y nos dijo que, al día siguiente, en Huesca, nos íbamos a dar la comilona de nuestras vidas.

VII. LA LÍNEA DE FUEGO

La idea de quedarnos esperando inactivos durante doce horas más, con el enemigo a la vista, nos impacientó y fuimos en busca de nuestro teniente. Lo encontramos, un tanto apartado, controlando a un grupo que recibía instrucción de última hora sobre el manejo de las armas de fuego, y me dijo que la gran ofensiva sobre Huesca probablemente sería al día siguiente.

—Tenemos muchas ganas de echarle un vistazo a la línea de fuego sin esperar a mañana —le dije—. Queremos saber cómo es.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, claro. ¿Qué gracia tiene estar aquí esperando?

—De acuerdo. Coged vuestras armas y visitaremos la sección de las ametralladoras.

Parecía complacido con la oportunidad de ofrecernos una primera visión de un espectáculo como la guerra.

Subimos por la ladera de la colina en dirección al estrépito de la artillería. Aún no había recorrido ni cien metros y ya me había tenido que parar tres veces para arrancar los pinchos de mis alpargatas de cañamazo —ese calzado que parecía tan práctico en Barcelona—, al cabo de un par de pinchos más, llegamos a las posiciones de vanguardia.

Me dio la sensación de haberlo visto todo antes, aunque no sabía en qué película. Era la escena bélica más convencional que quepa imaginar. Nos acercamos a una hilera de hombres tumbados en el suelo bocabajo, con el arma junto a

la mejilla, en un radio de unos veinte metros donde habían colocado las ametralladoras. A unos quinientos metros por detrás, veíamos Montearagón. La fortaleza, que habían edificado durante las guerras carlistas y había quedado intacta en todas las revoluciones precedentes, presentaba ahora su rostro ancho y almenado a nuestras armas. Cuando llegamos a la primera ametralladora, oculta tras una gran roca, estalló un grito de júbilo que barrió la línea de hombres como el viento los sembrados, y vi que habían volado una de las torres.

Nosotros estábamos en la cima de una colina, y la fortaleza se erigía a nuestros pies, en la colina de enfrente, separadas ambas por un valle. Huesca quedaba a nuestra izquierda y nuestras bombas ya habían incendiado las barriadas exteriores. Espesos penachos de humo teñían lentamente el azul del cielo. Tres aviones nuestros planearon junto a los límites de la ciudad, y tras su paso, escupieron un chorro de fuego tan alto que, por un instante, las nubes se bañaron en oro.

Nuestra colina bajaba hacia la izquierda y ahí, donde la línea de fuego trazaba una curva de unos cien metros, operaba la artillería, disparando proyectiles incansablemente contra Huesca y Montearagón. Bajé la vista y vi a unos cuantos hombres y la punta de un cañón asomándose entre los árboles. De pronto, un antiaéreo vomitó a unos centímetros —probablemente a unos cincuenta metros— de un aeroplano y dejó un rastro de humo en el aire. El aeroplano pasó zumbando, impertérrito.

De pie junto a la ametralladora, oculta por la roca, vi a una persona corpulenta moviéndose con toda naturalidad por el frente, deteniéndose de vez en cuando a tomar notas y mirando a través de unos gemelos.

—¿Es un avión enemigo? —le pregunté en cuanto se acercó, señalando otro punto que acababa de aparecer y se movía en el cielo.

—No, eso es nuestro avioncito de reconocimiento —replicó, apuntando de nuevo hacia Montearagón con sus gemelos.

Dio unas breves órdenes.

—¿Quién es? —pregunté, sorprendido frente a tanta indiferencia ante el peligro.

Supe al punto que se trataba del camarada Pico, de nuestro comité ejecutivo. Todo el mundo se lo advertía:

—No seas temerario, Pico, ponte detrás de la piedra.
—Bájate de aquí, Pico, te ven desde Montearagón.

Pico musitó algo, tomó algunas notas más y, obediente como un niño mayor, se bajó y se quedó tras la roca.

Pasaron algunos aviones, volando tan a ras de suelo que pudimos oír al piloto gritándonos que habían alcanzado la planta eléctrica de Huesca.

El sargento de la sección de ametralladoras era un judío alemán. Nos quedamos charlando con él hasta que vino el cambio de guardia. No tuvo que ir muy lejos para encontrar al relevo. Los hombres ya estaban ahí, tumbados en el suelo junto a las armas, preparados para su turno. Había dos por ametralladora; uno disparaba durante cuatro horas, mientras el otro dormía. Luego cambiaban. Llevaban así cinco días con sus noches, sin parar, sin alejarse siquiera de sus puestos.

El sargento se acercó a cada uno de los miembros de la guardia, les palmeó amistosamente el hombro, o les levantó la cabeza con suavidad, y dijo, con su ronco y gutural español:

—Es tu turno, camarada.

Los hombres se agazaparon de inmediato, como sonámbulos, y cogieron las armas, a la vez que sus predecesores se dormían al instante.

Nunca olvidaré el rostro extenuado de un muchacho catalán, casi un chiquillo, con los párpados de sus ojos azules hinchados e irritados por el esfuerzo, que aguardaba esperando a que el sargento fuera a despertar a su compañero, ni la forma en que soltó el arma y simplemente se tumbó de lado, como un bulto desmadejado, y se quedó dormido.

Yo tampoco esperé al sargento. Vi el hueco que el chico había dejado y me tumbé ahí, de espaldas, pies contra cabeza entre dos durmientes. Apoyándome en los codos, apreté la culata del arma contra mi hombro y efectué el primer disparo de mi vida.

Esa noche dormimos envueltos en frazadas en la ladera de la montaña y, ciertamente, no fue hasta el día siguiente cuando pudimos darnos la comilona en Huesca.

Una de las características de la revolución en el frente, en la edad de oro de los comités de milicianos antifascistas, era la absoluta ausencia de espíritu militarista, tan estúpido como necesario. Debido a ello, el sonido de una corneta tocando a una hora tan insólita como las ocho de la mañana suscitaba nuestras más enérgicas protestas. La única excusa para una corneta tan altanera habría sido un ataque inminente del enemigo. Pero no parecíamos tener el enemigo a mano, pasado el primer momento de alarma, cuando ya nos hallábamos en lugar seguro, y se empezó a alzar un murmullo enconado que no parecía fácil de acallar.

—¡Esa corneta! Camarada teniente, ¿acaso viene el rey a pasar revista?

—Y yo, que me largué de mi casa en Sudamérica, ¡para no hacer el servicio militar!

Un joven muy adormilado, cuya mata de pelo, largo y enmarañado, parecía un nido de musas metido en su gorra militar, quiso afirmar:

—Creo que hubo una vez un escritor revolucionario que escribió un libro entero sobre el derecho a la pereza. Nosotros solo reclamamos el derecho al descanso.

—Oye, camarada poeta —dijo el teniente con determinación—, aquí tus versos anarquistas no sirven de nada. No has escogido el mejor lugar para descansar. Echa un vistazo. ¿Los ves? Son aviones fascistas.

—¿Y para eso nos despiertas? Ni que no hubiera visto nunca un avión…

Nos tumbamos de nuevo a la sombra de un árbol, intentando conciliar el sueño que se nos resistía.

Sentía todo mi cuerpo dolorido. Tenía la cadera como si hubiera estado cavando en la montaña toda la noche, y me dolía hasta el tuétano de los huesos. Nunca había comprobado lo dura que es la tierra.

De pronto, volvió a sonar la corneta. En esta ocasión nos despertamos de golpe, con los cubiertos de campaña en las manos. Un hombre subía por la ladera con una junta de mulas cargadas de provisiones. Le rodeamos en cuanto se detuvo junto a la ambulancia, que estaba camuflada bajo unos árboles a unos doscientos metros detrás de nuestras posiciones de vanguardia.

—¿Cuántos? —preguntó el mulero. El teniente se puso a contarnos.

—Veamos. ¿Cuántos somos? Hay diez en la ambulancia y ¿cuántos más allá? Diecisiete… Dieciocho…

—Y veinte. No os olvidéis de mí —gritó Mercedes, agitando la mano para llamar nuestra atención. Se había apartado un poco de nosotros, y estaba agachada, con los

pantalones en los tobillos y sus nalgas desnudas, que parecían muy blancas a la luz del sol.

Todos ayudamos al aprovisionamiento y recibimos nuestra parte de una tortilla de 800 huevos.

Naturalmente, los huevos dieron lugar a las obvias bromas españolas al respecto, cuyo blanco eran las mujeres camaradas y el pobre camarada Isidor, con su cuello largo y estrecho y sus manos demasiado pálidas.

—Todos son iguales —dijo apenado un miliciano, con la boca llena de pan y huevos—. Sería más revolucionario dejar las burlas y tratar a las mujeres como a nuestras iguales.

—Sí, tienes razón. Debemos tratarlas como a simples camaradas, nada más.

—Pero, ¿por qué? —protestó Remedios, con la boca abierta y el pelo rubio y despeinado revoloteando alrededor de su cara—. No quiero que me traten como si no fuera una mujer. Antes cojo a un hombre que un arma.

Parecía que iba a ser un día tranquilo. Dejamos a los demás en nuestro sector y nos fuimos. Había muy poco movimiento. No tuvimos grandes dificultades para llegar de un puesto al siguiente. Íbamos a Tierz, y hacia allí nos dirigimos, evitando los disparos bajo los árboles e intentando volvernos pequeños, delgados y rápidos cuando estábamos al descubierto.

Tierz es el último pueblecito antes de llegar a Huesca, colgado de la parte baja de la ladera del Montearagón. Yendo en línea recta desde donde habíamos salido, se podía llegar a pie en diez minutos. Sin embargo, avanzar en línea recta nos hubiera obligado a pasar por el pueblo de Montearagón y, pese a que nuestra prensa ya decía que se lo habíamos tomado a los fascistas, nuestras milicias tardaron todavía una semana en ratificar la noticia. Por lo tanto, la

única manera de llegar a Tierz era bajar hasta la carretera hacia Barbastro, de ahí ir a La Granja, seguir por Bellestar y de ahí a Tierz había un par de horas a paso tranquilo.

En la carretera, vimos un coche y lo paramos.

—¿Vamos bien para Tierz?

Los tres hombres nos miraron, el chófer con su rostro largo y cetrino, y dos pasajeros, uno de las cuales también era muy moreno y, como el chófer, obviamente no era catalán. El tercero era joven y delgado, con ojos claros y expresión ruborizada.

—Íbamos a preguntaros lo mismo —dijo el chófer—. Subid, y lo buscaremos juntos.

El hombre moreno nos abrió la puerta sin decir palabra, y al cabo de unos minutos llegamos a La Granja de Huesca. El coronel Villalba y el batallón de montaña Ciudad Rodrigo n.º 4 acababan de tomar Huesca. Cuando nos paramos a preguntar, salí un momento del coche para ir a consultarle algunos detalles a Villalba para mis crónicas. Se había quedado dormido como un tronco, dos horas después de la ocupación de La Granja.

—¿Puedo tomarte una foto? — le pregunté tras despertarle. Llevaba la cámara de reportero que me habían dado.

—Será un placer —me dijo, cortés, ocultando su cansancio—. Pero, con una condición —sonrió y estiró el brazo para tocarle el hombro a un chico atezado que estaba junto a él—. Que, cuando escribas sobre nosotros en tus periódicos, no te olvides de mencionar a este muchacho. Se llama Andrés Mas y le dicen el Gato Negro. Oirás hablar de él, y todo cuanto dicen de sus gestas y su valentía es cierto.

Prometí no olvidar al Gato Negro.

—¿A qué hora habéis tomado La Granja? —pregunté.

—A las nueve de la mañana.

—¿Cuánto ha durado la batalla? —El combate había empezado a las seis.

—¿Muchos muertos?

—No muchos.

Regresé al coche y hallé a mis compañeros en dificultades. Un miliciano les estaba diciendo:

—Transportad todo lo que podáis e id andando, hay que mandar a la mula de vuelta con el resto por la noche. Salud, camaradas. No lo olvidéis —le dijo al chófer—. Es el segundo desvío a la derecha.

—Sí, ya lo sé.

Comenzamos el descenso. Conversamos sobre un montoncito de cenizas que había junto al camino, parte de un crucifijo quemado que las llamas no habían consumido del todo. Era cuanto quedaba del sacerdote de La Granja.

—¿No nos habremos pasado el desvío a Tierz? —preguntó de pronto el médico sombrío.

Sabíamos que La Granja estaba solo a unos tres kilómetros de Huesca, pero en una de las curvas del camino la vimos tan cerca que, aunque todos sabíamos qué ciudad era, nos preguntábamos:

—Esto no puede ser Huesca, ¿verdad?

En aquella ocasión, no había a quién preguntarle. Solo un páramo de soledad y el silencio del sol. Se nos secó la garganta cuando, al cabo de unos doscientos metros, una ráfaga repentina nos notificó que nos habíamos saltado el

desvío. Tragamos saliva y dimos marcha atrás, con los veloces neumáticos oliendo a chamusquina.

No hay nada que despierte tanto el apetito como un buen susto, y la cena que tomamos en Bellestar, cuando finalmente dimos con el sendero, fue ciertamente una de las mejores de mi vida. No lográbamos deshacernos de esa risilla nerviosa e infantil, que nos persiguió durante la cena y después, mientras tomábamos el vino nuevo de la zona.

—Me siento convaleciente —dijo el joven médico, con sus ojos claros aún más pálidos. Me pareció un símil muy pertinente, aunque lo dijera porque era médico.

Cuando terminó la cena, parecía que nos conocíamos de toda la vida. El chófer era particularmente campechano, posiblemente porque era de Andalucía.

Su conversación se reducía a «Ja, ja, camarada» o «Je, je, camarada» y a un vigoroso palmoteo de mi hombro.

—¡Jo, jo, camarada, esta es la ira de Dios por haberte reído de un cura quemado!

—Podrás escribirlo todo en esos periódicos.

—¡Vaya primicia!

Sentí que había vivido personalmente una buena mitad de mi columna.

VIII. TIERZ

NOSOTROS YA ESTÁBAMOS PREPARADOS para irnos solos a Tierz, pese al peligro y a que no conocíamos el camino. A nuestros camaradas, el almuerzo les había tumbado. Al terminar, se habían dispersado para dormir un rato; eran las cuatro de la tarde y aún no había aparecido ninguno. Decidimos emprender la marcha, y estábamos recorriendo ya la calle principal cuando, de pronto, vi que se acercaban, bostezando con los ojos entrecerrados. Se deshicieron en excusas, especialmente el chófer.

Partimos hacia Tierz cargados con todo el material médico que pudimos. El capitán de la columna que ocupaba Tierz se unió a nosotros; iba en la misma dirección y propuso acompañarnos. Nos alegró, y nos faltó tiempo para cargar sobre sus anchas espaldas tantos paquetes como accedió a transportar. Nos instó a que lleváramos nuestras armas encima, por si acaso, y al final fue un viaje de lo más pesado.

Pasamos por Bellestar de camino a Montearagón. Se nos apareció el castillo que, a medida que avanzábamos por el caminito que bajaba por su ladera, parecía muy cerca. El sendero, que conservaba el rastro del arado, subía y bajaba, con sus pendientes y declives, y a ratos lo bordeaban arbustos bajos junto a los cuales, si nos agachábamos un poco, nos sentíamos relativamente seguros. Caminábamos en fila india y, al llegar a un espacio abierto sin protección, el capitán, que iba en cabeza, apretó el paso. En ese momento, empezaron a silbar las balas.

Al cabo de un momento pregunté:

—Nos están disparando a nosotros, ¿verdad?

A lo que el médico cetrino y flaco replicó con el hastío del desencanto:

—Mi joven amigo, cuando llevas tanto tiempo como yo en el frente, te acostumbras a estas cosas.

Con todo, se le veía pálido.

Un poco más adelante, llegamos a una plantación de maíz y nos sentimos a cubierto. El capitán y el chófer iban por delante, y oí que el primero le decía:

—Es el curita.

—¿Qué es eso de un curita? —quise saber.

—El cura de Huesca, que intentó matarnos. Es un cazapersonas implacable. Esta semana se ha cargado a cuatro o cinco hombres por donde acabamos de pasar. Pero solo alcanza su blanco si dispara a un grupo, porque tira a unos quinientos metros. Lo sé por un prisionero que hemos capturado esta mañana. Al parecer, ese cura se sube cada día a uno de los árboles de ese bosquecillo, con su escopeta, su pipa, y munición y tabaco suficientes. Le llevan la comida, y me han dicho que incluso se ha construido una pequeña plataforma en el árbol para él y su escopeta.

Seguimos avanzando hacia Montearagón. Solo quedaban unos cuatrocientos metros, y nos sentimos profundamente aliviados cuando el camino trazó una curva a la derecha y entramos en Tierz. El pueblo está oculto en una vega, bajo un cerro, y apareció por sorpresa.

Tierz es una población muy pequeña y, como tantas otras en Aragón, es de piedra y de un color blanco roto.

Para variar ofrece dos calles, aunque no es preciso vacilar mucho a la hora de elegir entre ellas. Ambas te llevan indefectiblemente a la plaza de la iglesia, que es el centro del pueblo. Las casas cuyas fachadas dan a la plaza son grandes y burdas, como si las hubiera hecho un niño: dos agujeros, una puerta y una ventana, y otro agujero, la chimenea. Nada más.

En todas las esquinas hay avisos: «Camaradas, manteneos junto a las paredes».

De camino a la plaza de la iglesia, cruzamos cuatro o cinco callejuelas que nos ofrecían una vista escarpada y elevada del río. Habían quemado la iglesia y, en la plaza, una ninfa seguía escupiendo agua a través de un agujero inconcreto de su rostro. En esa fuente, como en todas las fuentes del mundo, un grupo de niños jugaba a salpicarse con el agua.

Al llegar a la plaza, una extraña imagen captó mi atención. Dos mujeres caminaban hacia nosotros, avanzando cuidadosamente bajo el alero de las casas, ataviadas con unos espléndidos albornoces y unas zapatillas bordadas.

—Estas son dos camaradas «internacionales» —le contó el capitán a Mary—. Una es francesa y la otra suiza. Tenéis que conocerlas, la suiza habla un inglés impecable.

Hechas las presentaciones, descubrimos que una era miliciana y la otra, enfermera, la mujer de un italiano antifascista que era jefe de una patrulla.

—Íbamos a darnos un baño —nos dijo la suiza en inglés—. ¿Os apuntáis? Creo que quedan un par de albornoces entre las cosas que requisamos en casa del alcalde.

Hacía mucho calor, y lamentamos tener que rechazar la oferta.

—Tenemos mucho que hacer. Tenemos que ir a presentarnos al Comité del Pueblo, a comunicar nuestra llegada. Pero podemos bajar un momento a ver el río con vosotras.

—Sí, veníos —dijo cogiendo a Mary del brazo.

—¿Queda lejos? —pregunté.

—No, ahí mismo.

El capitán se marchó a interrogar a un grupo de prisioneros y nosotros, los dos médicos y el chófer nos fuimos al río con las mujeres.

—Ojalá lo hubiera sabido antes —dijo el médico rubio con un suspiro—. Me habría traído el bañador.

Nuestras nuevas amigas se miraron y rieron. Me pregunté de qué.

Pronto me enteré.

Llegamos a la orilla del río. Estaba lleno de milicianos desnudos, saltando, jugando y riéndose. El sol resbalaba por sus espaldas y estómagos brillantes, y sus piernas relucían como largos y pálidos peces bajo el agua. Un hombre estaba tumbado de espaldas en medio de la corriente. Sacudió el agua con los brazos y los pies, como si estuviera batiendo nata y salpicó a sus camaradas como la soda de un sifón. Los demás le devolvieron los salpicones o se alejaron, gritando. Un poco más allá, otros hombres delgados y desnudos se subían a los hombros de otros y se zambullían ruidosamente.

Mary pasó un momento de bochorno hasta que nos hicimos a la idea.

No miré a las otras dos mujeres durante un rato. Las sentía, junto a mí, en la orilla, con sus albornoces sedosos agitándose, con los coloridos pliegues al viento. Los hombres, en el agua, se zambullían y saltaban, saludando

y gritando para que se unieran a ellos. De pronto, las dos abrieron sus albornoces, los arrojaron tras de sí y cayeron junto a mí. Bajaron al río, sus cuerpos desnudos envueltos en un ardiente resplandor ambarino bajo la luz del sol.

Los médicos, el chófer y yo nos quedamos mirándolas, silenciosos y atónitos. Solo el chófer recuperó por fin algo de su locuacidad andaluza.

Me dio unos golpecitos en el hombro:

—¡Eh, camarada, la revolución te espera!

Nos sentamos junto al río.

La suiza se aproximó, con los brazos como aspas que sumergía en el agua, rodeada de una nube de diminutas gotas y, a cada brazada, revelaba sus pechos maduros. Cuando estuvo a nuestra altura, se agarró a una roca con las dos manos y se quedó ahí, mirándonos. Sus largas piernas musculadas flotaban detrás de ella.

Se puso a hablar con nosotros, y conversamos en francés. Al cabo de un rato, no pude evitar decirle:

—¿No te da reparo?
—¿El qué?
—Oh, bañarte en cueros con todos esos tíos desnudos.

Estalló en una carcajada franca y sana.

—¿Por qué? ¿Para qué? Son inofensivos. Naturalmente, de vez en cuando alguno se masturba un poco, pero tan respetuosamente que no hay nada que objetar.

De pronto, un murmullo llenó el aire. Alcé la vista. Era tan veloz que no se veían las marcas en las alas. El avión se alejó, desapareciendo en dirección a Montearagón, y regresó volando mucho más bajo.

Mientras tanto, una animada discusión había empezado en el río. ¿El aeroplano era fascista o no? Pero un muchachote moreno, de cuerpo bronceado, salió corriendo del río y se puso a toda prisa los pantalones.

—¡A mí no me vengáis con historias! —exclamó—. Ese pájaro es fascista. Lo sé por el sonido.

Al cabo de dos minutos, el avión regresó, volando mucho más bajo, y vimos sus alas negras. Todo el mundo salió corriendo del agua.

Busqué angustiado un lugar donde refugiarnos, y corrimos los dos hacia el puente. Pensé que ahí podríamos ponernos a cubierto. Casi llegábamos cuando una mano húmeda tomó la mía y me retuvo.

—Ahí debajo, no. Lo saben. Siempre apuntan a los puentes.

Era la suiza. Nos alejamos los tres y nos ocultamos entre los árboles.

El avión soltó un par de huevos y se alejó. Luego nos contaron que cayeron en la otra parte del pueblo, y que hirieron a un niño y mataron a una mula.

Dejé a mi compañera con las mujeres y fui a comunicar nuestra llegada al Comité del Pueblo. Entre todas esas casas desgarbadas, había una de construcción graciosa, que había sido del alcalde. Ahora era del Comité del Pueblo. Entré. Tenía todos los servicios de una casa moderna, como agua corriente, y un ambiente de lujo y abundancia. Detrás había un patio, una terraza con una viña emparrada y sillas de mimbre esperando. El miliciano de guardia me preguntó:

—¿Eres el camarada periodista que acaba de llegar?

—Sí.

—Pues el capitán ha preguntado por ti. Está arriba. Lo encontrarás en la segunda planta.

Subí. Un guarda apostado en la puerta de una habitación del segundo piso me impidió el paso.

—Aquí no se entra, camarada.

—Es el camarada periodista recién llegado —dijo el hombre que había subido las escaleras conmigo—. El capitán quiere verle.

Me dejó pasar.

Una mesa maciza ocupaba el centro de la habitación, amplia y ricamente amueblada con piezas labradas del siglo XVII. El capitán estaba sentado junto a otro hombre y frente a ellos había dos soldados de pie, pertenecientes a una unidad enemiga prisionera. Había llegado hacia el final del interrogatorio.

El capitán me pidió con un gesto que me sentara, y siguió preguntando:

—Bueno, ¿qué queréis hacer? ¿Vais a volver a Barcelona con vuestras familias o vais a uniros a nosotros y luchar?

—Prefiero luchar en vuestro bando. En realidad, es lo que siempre he querido. Ya le he contado que mi hermano estaba en este bando y que a mí me forzaron a…

—Vale, vale, está bien. Bajad y que os den de comer.

Cuando los soldados se marcharon, el capitán se volvió hacia mí y me presentó al hombre sentado junto a él como el comisario político. Conversamos y el comisario me dijo:

—Estos eran dos de los nueve soldados que les capturamos hoy a los fascistas. Ya les hemos juzgado.

—¿Qué vais a hacer con ellos?

—Verás con tus propios ojos que los hemos liberado a todos. Esperemos que se conviertan en revolucionarios convencidos. Oh, los soldados no representan ningún problema. En este caso, el problema son el oficial y un abogado que hemos capturado. Este último llevaba un revólver cuando le apresamos el otro día, al cortar la carretera a Huesca. Pero vamos a mandarle a Barcelona, donde tiene una investigación pendiente.

—¿Y el oficial? ¿Qué pasará con el oficial?

El comisario se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—¿Qué esperas que hagamos con un oficial fascista? —me preguntó. Parecía preocupado y añadió, trazando una silueta a lápiz en su cuaderno de notas—. El problema es que está herido.

—¿Herido? ¡Y una mierda! —exclamó impaciente el capitán—. Solo tiene un disparo en una pierna. Puede andar.

—Ya, pero…

—¿Y le vais a fusilar estando herido? —pregunté. El comisario suspiró y alzó las cejas.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —dijo, como si lo lamentara—. Aquí no puede quedarse. Ya sabes lo que significaría mandarle a Barcelona. Además, en una guerra civil no hay prisioneros, nadie se los queda, así que, tarde o temprano, tendrían el mismo final.

—Además, puede caminar —insistió el capitán.

—De todos modos, será mejor que no le hagamos subir para el interrogatorio. Vamos a ir a verlo al hospital.

—Sí, sí, claro. Ven, bajemos —dijo el capitán, frotándose las manos—, primero vamos a comer. Tengo un hambre de lobo.

Comimos los tres juntos y luego me fui con ellos. El hospital estaba en el antiguo edificio de la escuela. Todavía había un par de sumas en el encerado, y las hileras de camas habían sustituido a las de pupitres en el aula. Solo había dos personas: el oficial al que íbamos a ver y, vestido sobre una cama un poco apartada, un soldado del mismo regimiento, que había sido capturado con una herida en el brazo.

—Bueno, ¿qué tal va esa pierna, capitán? —preguntó el comisario, aproximándose.

El oficial fascista tenía el cabello muy negro y un rostro oscuro y regordete. Parecía tranquilo y atildado, con el pelo brillante y repeinado.

—No es nada, se lo aseguro —dijo, con el ademán de levantarse.
—No, no, no se levante. No se moleste.

Una mirada angustiada quebró su rostro amable.

—Por favor, díganme algo —rogó con voz ronca—. Si van a matarme, ¿por qué curarme antes?

El comisario evitó con cautela responder a su pregunta.

—¿Ya le han dado de comer? —inquirió, con amable interés. El prisionero señaló una bandeja depositada en una mesa junto a la cama, y el comisario prosiguió—: Lo siento, pero me temo que le molestaremos un rato. Tenemos que interrogarle.

Lanzó las preguntas de rutina directamente: edad, lugar de nacimiento, regimiento, etc. El preso respondió a todo con un tono neutral.

—¿A qué organizaciones políticas ha pertenecido?

—A ninguna. He estado siempre en el ejército. Solo he intentado cumplir con mi deber.

—Diríase que su deber consistía en defender al Gobierno legalmente constituido —dijo el comisario, con una sonrisa sardónica asomando en las comisuras de su boca.

—Ya, pero olvidan que estaba en Zaragoza. Tal vez, de estar en Barcelona, me hubiera unido a su bando.

—¿Cuántos hombres tiene ahora en Huesca?

—Quinientos.

—¿Quedan provisiones para todos?

—Más o menos.

—¿Sus tropas le obedecen voluntariamente?

El capitán vaciló y pidió que le aclararan la pregunta.

—Mi pregunta —especificó con paciencia el capitán— es si, en ocasiones, tiene que usar la violencia para que sus soldados le obedezcan.

—A veces hay que ser enérgico, sí.

—¿Dónde está el polvorín?

El oficial tragó saliva un par de veces. Bajó la vista a la sábana y jugueteó con el dobladillo. Luego se le fueron los ojos hacia el soldado, tumbado en la otra cama. El soldado no había dejado de mirarle durante el interrogatorio.

El comisario notó la tensión, se dio la vuelta y se dirigió al soldado.

—¿Qué tal vas? —preguntó—. ¿Crees que estás bien como para levantarte y dejarnos un rato a solas?

Cuando el soldado pasó junto a nosotros, camino de la puerta, le oímos murmurar:

—Le van a sacar hasta los higadillos.

El comisario percibió que no era momento para atacar de nuevo. Cambió de tercio:

—¿Dónde está ahora su familia? ¿En Huesca?
—No, en Zaragoza.

Y entonces:

—¿Dónde está el polvorín?
—Lo sabe tan bien como yo, comisario.
—Creemos saberlo. Pero queremos estar seguros.
—Está donde siempre ha estado —el oficial evitó mirarnos. Pero acabó dándonos detalles.
—¿Por qué no han atacado? Su posición es mejor que la nuestra.
—¿Cómo voy a saberlo?
—¿Cree que cuentan con material suficiente?
—No demasiado.
—¿Sus aviones son italianos o alemanes?
—He oído que tenemos de los dos.

El rostro del oficial se tensó y sus ojos acusaron de pronto un gran cansancio. Se tumbó, exhausto.

—¿Cree —preguntó alzando un vaso de vino que había dejado en la bandeja— que podrían cambiármelo por un poco de agua?

El comisario cerró su cuaderno.

—Me parece que el capitán está cansado —dijo—. Habrá que procurarle un poco de reposo.

Abrió la puerta y llamó a una miliciana pequeñita que estaba de guardia ayudando a la enfermera en el hospital. Acudió al instante con una botella de agua y un vaso, y le dio de beber al prisionero, hacendosa y un tanto infantil, con su nariz pecosa y la blusa arremangada sobre sus brazos rollizos y morenos.

El oficial cerró un momento los ojos, como si estuviera armándose de valor, y luego los abrió y dijo:

—¿Van a fusilarme? En cualquier caso, le ruego tenga la amabilidad de mandarles a mi esposa y a mi madre las dos cartas que me permitió escribirles. También quiero agradecerle la cortesía con la que me ha tratado. Me refiero a ella en las cartas que he escrito, donde les cuento mi sorpresa, pues siempre oí decir que eran ustedes unos vándalos que maltrataban y torturaban a sus prisioneros.

—No creo que usted creyera tal cosa. Esos chismes solo se los tragan los campesinos ignorantes.

No supo qué decir e insistió en su mensaje.

—Si van a matarme, ¿por qué me curan?

Cuando nos marchamos, la miliciana salió a nuestro encuentro.

—¿Le van a fusilar? Pobre hombre, me da pena.

El comisario alzó las cejas y la contempló con mudo asombro.

—¡Mira qué bien! ¡Y esta mañana lo insultabas y querías arrancarle los ojos!

—Esta mañana era un fascista. Ahora no es más que un pobre diablo enfermo.

—Pobre de mí —terció el comisario pensativo—. Había olvidado que es bien parecido.

—No es eso. Ya sabe que no es eso. Además, no me gustan los barrigudos. Pero no quiero que lo fusilen.

El comisario no podía decir nada. Así que le pellizcó cariñosamente la nariz y nos fuimos.

Nunca he entendido el perverso motivo por el que se fusila a los prisioneros de madrugada. Se les permite ver cómo se asoma un nuevo sol antes de matarlos. Quizá eso les cree la ilusión de que han vivido un día más. Esa ejecución, en concreto, había sido fijada a las cinco de la mañana y el sol salía en Montearagón cuando llegamos al patio. Ahí nos quedamos, esperando y excusándonos en el frío del amanecer para ocultarnos de la mirada del prisionero entre los pliegues de nuestros capotes. Él avanzó lentamente, entre dos guardias, apoyándose en un bastón. Iba envuelto en una manta.

Justo antes de que dispararan, vimos que trastabillaba y parecía a punto de caerse. La miliciana corrió hacia él con una de las sillas de mimbre y la colocó tras sus rodillas. Así fue cómo murió, sentado, y su bastón rodó repiqueteando hacia nosotros sobre la leve pendiente de los adoquines.

Después, empezó un día como cualquier otro. Solo que habían desaparecido los pájaros.

IX. EL HOSPITAL CLÍNICO

Regresé a barcelona y me puse de nuevo a trabajar. Casi todas las noches me acostaba de madrugada. Había un silencio absoluto bajo la ventana, que se rompía puntualmente cuando el silbato de una patrulla quería detener a un coche para inspeccionarlo.

En una ocasión, estaba tan cansada que dormía a pierna suelta cuando la puerta se abrió de par en par y entró Breá, cubierto de barro y sangre, con el uniforme caqui y el pelo revuelto.

Me senté en la cama.

—¿Qué pasa?

—Es Robert —dijo, y se acercó jadeando. Debía de haber subido las escaleras corriendo. Pensé que olía raro—. Está abajo, en el furgón. Le hemos traído hasta aquí, pensamos que era lo mejor.

—¿Por qué? —pregunté forzando la vista para que no me deslumbrara el resplandor repentino de la bombilla eléctrica. Notaba los ojos como si me los hubiera frotado con papel de lija.

—Está muerto.

Robert era uno de nuestros amigos, a quien no solo nos unían nuestras convicciones políticas. Tenía veintidós años. Recuerdo que le conocí en el primer piso del local, un día en que nos trajeron un montón de libros para leer y

todo el mundo quería hacerse con alguno. A mí solo me interesó uno: *Une saison en enfer*[1] de Rimbaud, y Robert lo cogió antes que yo. Estuvimos discutiendo, porque él no quería soltarlo.

Mientras me vestía, Breá, que venía del frente, me contó:

—Cincuenta miembros de la Columna Internacional Lenin fuimos a tomar una casa que estaba en la carretera principal. Solo alcanzaron a Robert. Estuvo horas tendido en la carretera antes de que pudiéramos regresar a por él. Pensábamos que quizás aún estaría vivo, pero le habían disparado en la cabeza.

Fue la primera muerte de la columna internacional.

ꕤ

La casa estaba silenciosa y oscura cuando cruzamos los pasillos y bajamos las escaleras, aunque se oía una especie de murmullo en todas partes. De alguna manera, el rumor de que alguien había muerto debía de haberse colado en los dormitorios de los internacionales. El bisbiseo creaba la sensación de que el edificio suspiraba en sueños.

Había luna llena, y su luz lechosa entraba en el vestíbulo a través de las puertas de cristal. Salimos a las Ramblas, enfrente del local. Había una furgoneta con la parte de atrás abierta, expuesta a la claridad de la noche. En el interior, había cuatro milicianos haciendo guardia en cada una de las cuatro esquinas, mirando hacia fuera, y las barandas del vehículo les llegaban a los muslos.

---

1. *Una temporada en el infierno*, en francés en el original. En castellano: *Una temporada en el infierno. Iluminaciones*, Alianza Editorial, Madrid, 2014, trad. de Julia Escobar.

Tenían la cabeza inclinada sobre los fusiles que sostenían por la punta frente a ellos.

Nos subimos lentamente a la furgoneta y un hombre que estaba allí soltó la portezuela de atrás como si fuera un alerón. Había un bulto de una forma un tanto extraña y manchado de rojo, en mitad del espacio que custodiaban los cuatro guardias.

—¿Quieres verlo? Lo hemos traído antes de llevarlo al hospital para que los camaradas puedan verlo.

Para entonces, ya había salido un montón de gente del local. Se quedaron un rato esperando en las escaleras y luego se fueron aproximando. Dos milicianos se subieron de un salto a la furgoneta y empezaron a desdoblar la tela roja.

Yo me encaramé como los demás y me acerqué a mirar.

Un extraño, de piel más bien oscura y barrigudo, estaba ahí tumbado, tieso. Al principio, pensé que no podía ser Robert.

—Está muy cambiado —comentó alguien.

—Parece más viejo.

—Ya lleva un buen rato criando malvas.

Robert tenía la cara vuelta sobre el hombro, con una expresión de dolorida sorpresa en el rictus de la boca, y se había llevado los puños, rígidamente cerrados, cerca del corazón. Empecé a identificar sus rasgos.

—Mira qué agujero tiene en la cabeza.

Stelio, el médico italiano, se agachó en el suelo del camión y puso el dedo índice dentro de la herida. Le cabía el dedo entero.

—Noto la bala —dijo—. Está alojada en la base del cráneo.

Nos quedamos allí de pie, sorprendidos y sin saber qué decir. Algunas de las personas que se habían subido al camión eran nuevos internacionales, recién llegados de sus respectivos países, y no habían conocido a Robert. Iban a salir para el frente en un grupo nuevo. Algunos de ellos eran jóvenes y no habían visto nunca a un muerto.

Al cabo de un momento, apareció una ambulancia a la que trasladamos el cadáver en una camilla. Luego la seguimos hasta el hospital en otro coche. Nos dirigíamos al Hospital Clínico, donde estaba la morgue, y tardamos un buen rato en llegar.

Entramos con el coche en un patio adoquinado. Al fondo estaba el edificio, que parecía un barracón, con sus ventanas y su fachada lisa. Unas escaleras conducían hasta el sótano abovedado, y yo seguí a los hombres que transportaban la camilla.

Me salió al paso una intensa bocanada de formol, y entramos en una sala grande, donde había montones de cuerpos apilados de cualquier manera en largas mesas de caballetes, o en el suelo. El agua y la sangre formaban un reguero que discurría por el piso en pendiente e iba a dar a un sumidero.

Al principio no podía creer que fueran gente de verdad. Iba de uno a otro, mirándolos, atónita. Parecían figuras de cera, igual de inertes y del mismo color. De pronto se me ocurrió por qué esas figuras de cera parecen siempre tan inhumanas; son una copia de los muertos y lo cierto es que se asemejan mucho.

Había un hombre tumbado junto a la puerta, con una expresión arrogante en la cara, un flequillo de pelo gris echado para atrás y la nariz delgada y curva. Otra cara que me sorprendió fue la de un hombrecillo que parecía dormir con la mejilla apoyada en el hombro. Él y un hombre gordo

que estaba tumbado en el suelo con las piernas separadas como si bailara eran los únicos que parecían un poco reales.

Algunos no tenían rostro.

Había dos o tres hombres de guardia y nos ayudaron a tumbar a Robert en el extremo de una de esas mesas, aunque nos parecía horroroso dejarle allí. Hablamos con ellos acerca de los cadáveres.

—A algunos los han traído del frente —dijo uno de los guardias— y, en cuanto al resto, la mayoría eran espías o fascistas. Siempre hay alguno oculto por ahí. Colgamos sus fotografías en la parte de afuera del hospital, para notificar su muerte a quien quiera reclamarlos, pero a la gente le da miedo reconocer a este tipo de amistades o parientes.

Me llevó de nuevo al patio y, a la luz de una linterna, me mostró una hilera de fotografías de todo tipo de cadáveres, que colgaban de una pared protegida por un arco sostenido sobre columnas. Quise preguntarle por qué iban todos descalzos y sin calcetines, pero no me atreví.

Uno de los milicianos que nos había acompañado subió las escaleras del sótano mientras estábamos charlando y se unió a nosotros.

—Acabo de ver otra sala, y hay más —explicó—. Solo que esos de ahí han aumentado el doble de tamaño.

Volveríamos al día siguiente por la tarde, para recoger a Robert en su ataúd y llevarlo al cementerio. Mucha gente llegada del local se había agrupado en el amplio patio del hospital, bajo la luz del sol, y esperaban para acompañar a la comitiva. Durante el día, el edificio tenía un color terroso.

Me sorprendió ver a la guardia alineada en las escaleras de la morgue, y a la gente que pasaba entre ellos para

bajar al sótano. Habían colocado a Robert en otra sala. Me pregunté entonces por qué iban todos al sótano y me puse en la cola, olvidando la extraña indiferencia con que los españoles se enfrentan a su propia defunción y la poderosa atracción que la muerte en sí ejerce en ellos.

La morgue era todo un espectáculo esa tarde. Lo habían limpiado todo y alineado los cadáveres en la medida de lo posible. Habían separado las mesas de las paredes para que la gente pudiera caminar en torno a ellas y dos guardias, situados en el centro de la sala, dirigían la circulación hacia la derecha.

—Por favor, camaradas, id pasando.

Iba desfilando gente de todas las edades y condiciones, y vi a parejas de amantes jóvenes cogidos de la mano y dirigiéndose a la morgue como quien va al zoo.

Había algunos camaradas de la columna internacional heridos que estaban internados en otras plantas de ese mismo hospital, y fuimos a visitarlos. Al muchacho árabe le habían pegado un tiro en el pecho, y estaba tendido en la cama, con los ojos cerrados y la tez cerúlea. Respiraba a través de la boca abierta y emitía un sonido áspero.

Un poco más adelante, en la misma sala, estaba el minero belga, reclinado sobre la almohada con un brazo y un hombro escayolado. Tenía el pelo amarillento más largo y desaliñado.

Me acerqué a hablar con él.

—¿Cómo estás?

—Tirando… Ya no duele tanto, pero es muy incómodo.

—Debes de estar harto —dije, y él sonrió.

—Puede aguantarse. ¿Sabes? Cuando vine, los muchachos de mi pueblo, de Charleroi, casi me hicieron un homenaje, se reunieron y apoquinaron el dinero para el billete,

porque querían mandar a alguien que nos representara a nosotros, los mineros, en la revolución. Aunque, naturalmente, éramos demasiado pobres para venir todos. Por supuesto, les he estado mandando fotos mías en el frente y todo lo que he podido, pero, claro, cuando uno de los colegas resulta herido es como... ya sé que es una tontería, porque todos corremos los mismos riesgos, pero es como si hubiera hecho algo realmente importante.

Bajé de nuevo al patio, donde ya habían subido el ataúd a un coche fúnebre tirado por caballos negros, y lo cubrimos con una gran bandera roja con «IV Internacional» bordado en blanco. La comitiva comenzó a desfilar. Pensamos que el detalle de la bandera podía molestar al POUM, pero Robert había sido uno de los nuestros, así que no nos importaba. El POUM todavía hablaba de «la nueva», «la siguiente» o «la otra Internacional», pero aún no se habían decidido respecto al número, y la mención de la IV les ponía nerviosos.

Los funerales solían utilizarse como altavoz para declaraciones políticas. El desfile marchaba ceremoniosamente por todo el centro de la ciudad, con la banda de música al frente, interpretando un lamento solemne, y nosotros detrás, de uniforme, avanzando con tanta lentitud que nos temblaban los tobillos; y luego venía el coche, los que llevaban las coronas y, por fin, la muchedumbre. Bajábamos por las Ramblas, nos deteníamos ante el local del partido y, de pronto, alguno de los miembros del comité ejecutivo —Gorkin o Bonet, probablemente— se subía al techo del carruaje mortuorio y, con los brazos en alto, iniciaba una arenga. Como es de suponer, el nombre del hombre sobre cuyo cadáver se montaban a horcajadas solo era la excusa que les brindaba la oportunidad de soltar un discurso político. Ese día, cuando llegamos con Robert a la altura del local, después del discurso de Bonet,

Rous trepó con su cuerpo torpe al carruaje y se quedó allí de pie, gesticulando bajo el viento y la lluvia, con un papel blanco con algunas notas agitándose en su mano como un pañuelo diciendo adiós. Hablaba de «la Cuarta», pero el traqueteo de la línea de tranvías que circulaba detrás de él se tragaba sus palabras. Después, intervino Benjamin Péret, que dijo algo en francés, y el viento se llevó su débil voz. El cielo de tormenta había oscurecido antes y, a la luz de una farola temprana, un círculo de rostros catalanes que no le entendían se levantaba hacia él.

Se acabó. La gente corría tras el camión para depositar en él sus coronas, y el carruaje mortuorio emprendió el camino hacia el cementerio al trote ligero. La comitiva se disolvió y nos quedamos solos bajo los árboles.

Fuimos a un café regentado por una francesa, en una de las callejuelas adyacentes a las Ramblas. Había dos o tres mesas rojas dispuestas sobre un tramo de la calle. Nos sentamos a tomar algo. Cuando anocheció, la calle, que hacía pendiente hacia abajo y que luego ascendía de nuevo mucho más y más allá, se llenó de lucecitas, como una guirnalda oscilando abajo y arriba. Durante un buen rato la gente iba pasando, entre cantos y risas, y luego fueron los menos, hasta que apenas pasaba nadie por el callejón.

De pronto, vimos a un hombre corriendo pegado al suelo, con los brazos extendidos y la cabeza echada para atrás. Cuando se precipitó hacia el halo de luz que proyectaba el café, gritó varias veces: «¡Alarma! ¡Alarma!», voceando como un silbido.

Un coche muy largo y negro salió catapultado de la oscuridad y avanzó por la calle, muy a ras de suelo, con los guardabarros rozando el pavimento y las siluetas de dos o tres pistolas asomando por las ventanillas bajadas.

Saltamos a tiempo. Todavía me parece ver a Rous, que no encontraba donde resguardarse y, arrinconado contra

una pared que le impedía la retirada, se quedó de pie, de espaldas a la fachada del café. Gordo, con una camisa carmesí y el uniforme caqui, ofrecía un blanco espléndido. Había dos o tres personas más, acuclilladas detrás de sus sillas. Breá y yo nos tiramos en plancha al suelo, bajo la hilera de mesillas, alguna de las cuales se derrumbó.

Sin embargo, la ráfaga no sonó hasta que el coche hubo dado la vuelta a la esquina, hacia las Ramblas. Oímos una descarga cuyo eco repitieron las ramas de los árboles. Corrimos a paso ligero hacia la esquina. Teníamos revólveres, pero no fusiles. Las patrullas silbaban al coche para detenerlo e inspeccionarlo. Había cesado el fuego desde el coche y las patrullas y la guardia miliciana del local de enfrente le disparaban, aunque el vehículo seguía huyendo.

El coche se paró en seco con una sacudida, y hubo un estallido de cristales. Habían alcanzado el parabrisas. Para entonces, todos los guardias del local estaban en la calle y había un grupo de gente moviéndose entre nosotros y el coche. Uno o dos disparos más hicieron vibrar las altas fachadas de las casas. Cuando conseguimos ver algo, el automóvil se había detenido y estaba en silencio. Dos milicianos abrieron de un tirón la puerta del conductor, el chófer cayó de lado y fue a dar al suelo, y un espeso reguero de sangre manó del cuerpo inerte.

De los dos hombres que iban en el coche, uno ya estaba muerto y el otro, acurrucado en el suelo y con un hombro herido, seguía intentando empuñar una pistola. Lo despacharon cuanto antes con un par de tiros en la cabeza, que la convirtieron en una pulpa roja. Sacamos las cajas y bolsas sujetas con una correa, amontonadas en el coche. Las abrimos, impacientes, y de algunas salió dinero, joyas, vestidos, y monedas de plata antiguas y adornos de oro.

—Una pandilla de fascistas que intentaba huir —me explicó uno de los milicianos, después de que hubiéramos

telefoneado a una ambulancia para que se llevaran los cuerpos al Hospital Clínico—. Todavía quedan muchos ocultos por ahí, y de vez en cuando se fugan a la desesperada. Al principio ocurría mucho más que ahora, porque supongo que los vamos eliminando poco a poco.

—¿Consiguen huir?

Hizo una mueca.

—Imagínate. Si las patrullas les pitan cuando están demasiado lejos, o no hay nadie que pueda pararles los pies como hoy... Naturalmente, se les comunica la alarma a todas las guardias, pero, aun así, si van a toda velocidad, algunas veces consiguen escapar. Aunque, normalmente los cogemos.

Llegó la ambulancia, recogió a los muertos y se marchó. Era toda blanca, circulaba a gran velocidad y hacía sonar la sirena; sobre el capó llevaba una banderola blanca y amarilla que ondeaba al viento. A través de las ventanillas se veían las luces mortecinas de la cabina, mientras el coche se alejaba a toda prisa.

En las Ramblas, se habían formado corrillos de gente alrededor de los charcos de sangre fresca. Se quedaron allí, hablando en catalán en voz alta en la noche despejada.

X. MAREA INVASORA

Los acontecimientos, con sus detalles diferenciales carentes de importancia tomados de uno en uno, se habían desarrollado en un lento *crescendo* hasta que, finalmente, la ola había roto en la orilla.

Recuerdo muy bien cuando vi la primera bandera catalana colgando de un balcón, y cómo la llevaron al desfile. Era a rayas, y destacaba como un tigre de bengala rodeada de nuestro rojo liso y los estandartes negros de la FAI. Nos quedamos callados, mostrando sorpresa o desdén en nuestros rostros, hasta que alguien dijo:

—Esta aparición es sintomática.

Esquerra Republicana de Cataluña (ERC), de quienes se suponía que eran ahora nuestros aliados en el nuevo Gobierno de coalición de todos los partidos, nos ofreció una prueba de ello subiendo y bajando las Ramblas, disfrazados torpemente de revolucionarios, en sus carromatos y coches, con su bandera a rayas mezclándose profusamente con nuestro rojo, firmes todos con el puño en alto. Su banda interpretaba *La Internacional* e *Hijos del pueblo*, así como *Els segadors*. Todos tenían la sensación de que había que proceder con cautela. Nadie les vitoreaba.

La disolución del Comité de Milicias Antifascistas, y nuestra inclusión en el Gobierno de la Generalitat, habían conferido una nueva autoridad al POUM, a pesar de que también había cortado las alas a nuestras

posibilidades revolucionarias. Con todo, al partido, este problema se le había planteado en términos de cómo no formar parte de dicho Gobierno sin que, a la mañana siguiente, los socialistas y los comunistas que estuvieran en el poder —los anarquistas eran fáciles de convencer— nos declararan ilegales y nos aniquilaran con la fuerza de la mayoría. Decidimos sacarle partido a nuestras mejoras materiales y empezamos a requisar con manga ancha.

Todo el mundo participaba en ese juego. Los edificios estaban allí, vacíos, esperando que les diéramos un uso. Primero tomamos el Banco de Cataluña, un palacio decorado con mármol que estaba en las mismas Ramblas, un poco más arriba que nuestro local, y el comité ejecutivo se instaló en los pisos superiores, en los nuevos apartamentos. Ya prácticamente tenían una habitación para cada uno.

Ocupamos también otros locales en amplias calles soñolientas del barrio residencial y toda una serie de mansiones privadas aquí y allá para las asambleas de distrito. A veces nos desplazábamos en coche hasta las afueras de la ciudad y tomábamos villas ajardinadas como sedes para hospitales y asilos.

La mayoría de los fascistas habían abandonado en masa sus casas y posesiones —aunque no los hubieran matado— y encontrábamos sus pertenencias tal como ellos las habían dejado. Un domingo, fuimos en coche hasta Sant Gervasi y registramos todas las villas una por una.

Recuerdo una en particular, que estaba al fondo de un jardín frondoso y escarpado, cuyas fuentes seguían manando y cayendo como una cascada sobre un laberinto de helechos. Había setos de tejos cuidadosamente podados, con estatuas de faunos de bronce desnudos que les hacían señas a las damas ocultas entre los árboles, y terrazas que daban a otras terrazas, cada una con su lago, sus flores de loto sostenidas sobre grandes hojas verdes y sus taciturnos pececillos rojos. Del borde marmóreo del último lago,

surgía una escalinata que ascendía hasta una terraza con balaustrada y que, un poco más arriba, alcanzaba la casa rodeada de madreselvas y campanillas.

Todas las puertas estaban cerradas a cal y canto, de modo que los propietarios debían de haber huido a causa de la revolución, dejándolo todo atrás, intacto. Un miliciano rompió el cristal de una de las puertas y entramos.

Era un palacete, con un amplio vestíbulo cuadrado, y las paredes, cubiertas de tapices, ascendían hasta un techo en forma de bóveda por donde revoloteaban ángeles de trasero rosado, y el resto de los pisos formaban galerías de barandillas doradas. Todo estaba en perfecto orden, pero flotaba un olor enrarecido a polvo y a polillas muertas, y el único mobiliario que parecían haberse llevado los propietarios en su fuga eran los cuadros de las paredes. Habían cortado las telas de los bastidores y se los debían de haber llevado enrollados, los macizos marcos de delicada ebanistería nos contemplaban en todas las habitaciones como bocas vacías.

No pudimos quedarnos con gran cosa, dado que la mansión iba a utilizarse tal cual estaba como sanatorio. Encontramos unos abanicos de encaje y labores de pasamanería, y un gramófono con discos de intérpretes de guitarra y cantaores andaluces. Alguien le sacó unas notas a un piano de dulce sonido. Fui a una de las habitaciones, y me tumbé en una cama con dosel y cortinajes de damasco y terciopelo que caían elegantemente hasta el suelo, y pensé en nuestros milicianos durmiendo ahí, apurando toda la comida que les servirían en la fina vajilla, bajo las arañas de cristal del comedor, y saboreé de antemano su placer.

Una alemana que estaba con nosotros, a quien la revolución había traído a la ciudad procedente de Sitges —paraíso para los alemanes y donde habían transcurrido los veranos de su exilio—, corrió, súbitamente excitada, a mostrarnos una polvorienta fotografía.

—Mirad —dijo—, este debe de ser el propietario y, si lo es, le conozco. Ya me ha dado la sensación de que había algo familiar en la fachada del edificio cuando hemos llegado, pero no conseguía situarla. Ahora ya lo sé. Este hombre solía venir a una villa de Sitges a pasar los fines de semana. Le recuerdo como un mequetrefe presuntuoso. Un día estábamos en la playa y se acercó a hablar con nosotros y a enseñarnos fotos de esta casa y de media docena más como esta. Dijo que eran todas suyas.

—Pues no debía de faltarle el dinero…

—¡Oh, no, tenían coches y de todo! Varios coches para una sola familia, y una casa para cada uno en el mismo distrito.

—Pues entonces me hubiera gustado que dejaran más cosas en su huida.

—Ni lo sueñes. Tenían un cáliz en el que había bebido un antiguo rey de España, y lo guardaban en una vitrina. ¿Qué tontería, no? Debe de ser lo que guardaban en esa hornacina de la sala, supongo. Y los cuadros. Dijo que tenían muchísimo valor, y también se los han llevado.

—Pues si se llevaron tantas cosas, debió de serles fácil la huida. Probablemente se marcharon a través de algún consulado latinoamericano. Esta gente tiene que estar haciéndose de oro.

Pensé en los cientos de cubanos que habían aparecido en Barcelona de la noche a la mañana. Se paseaban por la ciudad con toda impunidad y llevaban banderas en anchos brazaletes sujetos a las mangas con alfileres. Se suponía que los extranjeros, y las propiedades extranjeras, eran intocables.

Entre los locales que tomamos en esa época de florecimiento y expansión general, había dos talleres de impresión. Aparte teníamos ya una imprenta y enormes oficinas editoriales. La entrada estaba en un callejón oscuro, donde había dos guardias que mantenían un difícil equilibrio con

sus sillas en el borde de la acera, y, una vez cruzado su control, dos tramos de escalera conducían a otras puertas guardadas por otros milicianos. Uno de ellos era muy anciano, muy lento, y tenía un solo diente. Se pasaba el día yendo y viniendo por el local, de las oficinas comerciales al departamento editorial, y si Gorkin o Molins, los jefes de prensa, protestaban por su parsimonia, él respondía moviendo la cabeza y comentando:

—Todavía sois jóvenes, camaradas, por eso sois tan impacientes.

Aparte de eso, solía sentarse en una silla de respaldo rígido enfrente de la puerta de la oficina, con un par de antiparras de montura metálica encaramadas en la punta de la nariz, y leía en voz alta, y muy lenta, las frases de un periódico francés.

La sala de los reporteros, donde trabajábamos, tenía forma ovalada y las paredes pintadas de un tono claro, y la carpintería era también de madera clara. Molins —bajito y aovado, con una boca pequeña bajo la nariz prominente que convertía su perfil en un signo de interrogación— nos presidía a todos desde su mesa, que estaba junto a la radio y dos o tres mullidas butacas. Ahí solíamos reunirnos de vez en cuando para escuchar las arengas beodas de Queipo de Llano. Desde uno de los extremos de la sala, se accedía a un gabinete donde se encerraba Gorkin, haciendo gala de un talante menos democrático, a trabajar en uno de esos escritorios de persiana. Tenía un rostro curiosamente impersonal, como la mayoría de los revolucionarios profesionales, que carecían del misterio de una vida privada. Cuando descubrí que tenía mujer —y muy agradable, además— y un niño con orejas de soplillo, me sorprendió imaginármelo en ese contexto, pues seguía sin atisbar indicio alguno de todo ello en los ojos redondos que escondía detrás de los cristales de sus gafas.

En el otro extremo de la sala, había ventanas y una galería que se abría sobre una nave donde trabajaban las máquinas. Si se asomaba una a la barandilla, notaba las oleadas de calor que subían de las rotativas. Estábamos hartos de subir y bajar las escaleras cada vez que teníamos que hablar con el linotipista, y alguien inventó el recurso de atar una caja de cartón al extremo de una cuerda y utilizarla como montacargas.

Con el tiempo, éramos tantos los que integrábamos la oficina de prensa que decidimos requisar algún despacho para nosotros. Había una sospechosa agencia inmobiliaria en un edificio contiguo a las nuevas oficinas del comité ejecutivo, y acordamos expulsarlos y quedarnos con las dependencias.

Yo no estuve presente cuando las intervinieron, y cuando llegué ya estábamos medio instalados. Nuestra gente iba de una habitación a otra, peleándose en un alarde de buen humor por la distribución de los escritorios. En el vestíbulo, acoquinados en un rincón, había dos o tres hombrecitos con pinta de oficinistas. No se habían atrevido a quitarse los abrigos y estaban ahí, esperando como pasmarotes.

Me acerqué a ellos y les pregunté qué deseaban.

—Nos manda el director —consiguió articular uno, por fin— para controlar el cambio de local. Pero los nuevos que han ocupado la oficina no nos han dado tiempo para controlar nada. Lo único que nos han dicho es que tenemos que sacar nuestras cosas de aquí, los libros y todo lo demás, antes de mañana por la mañana. Pero es que no podemos, ¿no lo ve? —dijo estirando ambos brazos en un gesto de debilidad y resignación, y señalando los montones de trastos que estaban sacando de los cajones y formaban un revoltijo desordenado sobre mesas y sillas—. Necesitaríamos una furgoneta y ya sabe cómo es el jefe, no

querrá ni oír hablar de ello. Además —añadió, levantando cada vez más su voz airada—, aquí no hay nada que esté en orden. Más bien todo lo contrario.

—No importa lo que diga el jefe. Podemos conseguiros una furgoneta en cuanto nos digáis, si nos prometéis que vais a sacar todo esto de en medio antes de mañana por la mañana. De verdad que tenemos que empezar a trabajar aquí mañana mismo y nuestro trabajo no puede esperar.

—Pero es que está todo tan revuelto… Y la comprobación de los enseres…

Por aquel entonces, yo aún era demasiado optimista y llamé enseguida al local para que les mandaran una furgoneta al instante, pensando complacida que con aquello acabaríamos con las formalidades, la espera en antesalas y el tener que aguantar a los jefes. No es fácil librarse de la burocracia. No tardaría en darme debida cuenta.

Llegó la furgoneta, pero los hombrecillos no se resolvieron a utilizarla sin permiso del jefe. Nosotros intentamos comportarnos con paciencia y dejamos la furgoneta vacía a su servicio en la calle hasta muy avanzada la tarde, mientras ellos permanecían allí sentados, susurrando y haciendo girar los sombreros entre sus manos. Al final, nos vimos obligados a sacar las cosas por ellos y a dejárselas en la calle. Quedó todo amontonado en la acera.

Uno de los camaradas americanos, que era más bien sentimental, me dijo:

—Pobres fascistillas, debe de parecerles una afrenta. Estoy en contra de ellos, sin duda, pero resulta más fácil sobre el papel. No sé, se me hace raro ver cómo nos miran mientras les tratamos con esta dureza.

Al anochecer, empezaron a entrar orondos hombres de negocios pagados de sí mismos. Se congregaron en los

rincones y nos hacían blanco de sus miradas de odio e ira. Al día siguiente, estábamos instalados trabajando y un camarada pintó las siglas del partido en letras grandes y brillantes en todas las puertas.

Pasado un tiempo, después del viaje a Madrid y justo antes de que el Partido Comunista echara al POUM del Gobierno de la Generalitat, requisamos el museo de la Virreina. Era un viejo palacio que se alineaba junto a las demás casas, al principio de las Ramblas, y que, un poco más retirado que el resto de los edificios, miraba a los puestos del mercado que bloqueaban su entrada con rostro distante y deteriorado. Bajo sus bóvedas se había instalado un mercado, fardos de ropa de trapillo se agitaban en el aire; montones de cachivaches de porcelana, chucherías y pasteles, y cepillos, estropajos y longanizas que colgaban de los techos. En algún lugar, metido con calzador en el espacio oscuro que había entre un puesto y otro, un vetusto ascensor que parecía un barco esperaba a sus pasajeros para subirlos a otros pisos. Poco a poco, se había ido creando un tenue halo de misterio y expectación en torno a ese palacio, puesto que era un museo privado —lo que le confería una noble distinción— y muy poca gente lo había visitado. Se insinuaba que albergaba tesoros sin par.

Cuánto nos sorprendería descubrir, cuando lo ocupamos, que no contenía más que cuadros horribles y cientos y cientos de libros, a cual más insípido y bochornoso. Las salas de techos altos estaban llenas de polvo. Me entraron unas ganas irrefrenables de despejar esas paredes y airear las habitaciones. Deambulamos por las salas tomando medidas y haciendo planes para crear un club y un instituto de cultura marxista.

—Lo que tenemos que hacer es escoger los libros que estén bien y meter todos esos cuadros y esos trastos en el sótano, o hacer una hoguera con ellos.

Me encontré con una oposición inesperada.

—Hummm. No creo que nos convenga alimentar el bulo de que «los revolucionarios destruyen tesoros artísticos» y todas esas monsergas que a los estalinistas les encantaría decir de nosotros a la menor oportunidad.

—¿Cómo es posible que a alguien se le ocurra atestar este edificio tan bonito con cachivaches tan horrendos? Además, cuento con que nos asista el coraje de actuar según nuestras convicciones. ¿Qué nos importa lo que puedan decir? No hay que respetar las cosas viejas por el mero hecho de que lo sean.

—Ya, pero es que la Virreina…

Nadie escapaba a la magia que invocaba automáticamente la simple mención de «la Virreina». Pasados unos días, o tal vez incluso un par de semanas, cuando ya se habían hecho planes para crear un instituto, teníamos el material e incluso se había designado a los responsables, me encontré a un hostigado y presionado Ros en la cola de la cena, con la boina echada sobre las cejas como un merengue, y los ojos flotando, fatigados, detrás de las gafas.

—¡Ah! —me dijo con un suspiro de agobio—. ¡No me hables de la Virreina! Las cosas están como estaban y todavía no hemos conseguido aclarar nada. Aún estamos esperando que venga el fotógrafo, pero siempre le surge una dificultad u otra.

—¿El fotógrafo? ¿Y para qué necesitamos un fotógrafo?

—Pues porque lo único que se nos ha ocurrido es que vaya y saque fotos de las cosas tal como están, antes de tocar nada. Así tendremos documentación que pruebe el estado de las cosas y podremos publicarlo en la prensa, para que lo vea todo el mundo. De este modo, siempre podremos decir: así es como estaba la Virreina, punto, y

nadie podrá objetar si hemos hecho esto o aquello con las cosas del museo.

—Pues a mí me parece que es mucha molestia para nada. Después de todo, si lo que se pretende es guardar todas esas cosas, pueden almacenarse a buen recaudo en algún lugar donde no haya que verlas.

Ros se encogió de hombros con un gesto cansado.

—¡Ah, eso nunca se sabe! Mejor tenerlo todo en orden por si les entran sospechas de que hayamos estropeado algo importante.

Me eché a reír.

—Ros, no seas zoquete, hagamos lo que haya que hacer y déjate de fotos. De todos modos, si los estalinistas llegan al poder nos pegarán una patada a todos.

En esa época trabajábamos mucho y algunos días salíamos del local a las tres o las cuatro de la madrugada; cruzábamos la noche catalana, dulce y azulada con la luz de la luna como el filo de una navaja entre dos tejados, y nos íbamos a casa. Empezaba a refrescar y tuvimos que cambiar nuestras ropas de verano por chaquetas de piel con cremallera. A veces también venía Nin, aunque desde que le habían nombrado consejero de Justicia le veíamos muy poco. Sin embargo, esa noche caminaba junto a nosotros por los estrechos callejones, con sus andares paticortos, una carpeta en la mano y sin el uniforme de miliciano que había abandonado recientemente. Llevaba el pelo rizado oculto en la boina, y parecía un mochuelo cejijunto, a pesar de que se expresaba en términos demasiado optimistas. En realidad, se había convertido en un rehén, una especie de prisionero del Gobierno de la Generalitat, y los

demás partidos tiraban de los hilos para ver si el muñequito se movía.

Coll también solía pasarse por la oficina de prensa por las noches y regresaba paseando con nosotros hasta el local. Le habían nombrado, junto con otros, jefe del servicio de policía, y casi nos habíamos olvidado de que llevaba alpargatas de esparto.

Habían destinado a Coll el coche del arzobispo. Lo utilizaba, orgulloso, hasta para recorrer las distancias más cortas, y se sentaba solo en la parte de atrás, mientras se dejaba conducir por un chófer. Cuando salíamos de las oficinas, veíamos el coche enfrente, esperándole y ocupando casi todo el ancho de la calle. Estaba tapizado de terciopelo púrpura hasta el techo.

—Vente con nosotros, Coll. Vamos paseando hasta el local.

—Pero es que tengo el coche aquí. ¿Qué hago con él si no?

—No, venga, vámonos andando.

—Pero es que mi coche…

—Dile que nos siga. Ya has montado bastante en él. Date el gusto de que el coche del arzobispo te siga como un perro.

Coll se rio. Tenía los dientes fuertes y amarillentos y aspecto caballuno.

Las Ramblas estaban vacías y lechosas a la luz de la luna. Nos sentamos en unas sillas metálicas pintadas de amarillo en esa noche benigna, fumando y escuchando el susurro de las hojas. Uno o dos marineros pasaron junto a nosotros, camino del puerto, cogidos del brazo y con los anchos bajos de sus pantalones ondeando. Hablamos de la situación y de la línea de acción, y les dimos vueltas y más vueltas, y las examinamos hasta el menor detalle. Se acercó un grupo de milicianos con una guitarra y se quedaron

de pie bajo un platanero. Cantaron una sardana, sus voces subían y bajaban en perfectos arcos musicales y un hombre se puso a bailar la danza catalana de punta y tacón. Bailaba despacio y con gracia, mantenía el cuerpo erguido y casi inmóvil, solo movía las piernas. Marcaba el compás chasqueando los dedos y emitiendo un crujido seco.

De vez en cuando, pasaban patrullas integradas por tres personas arma en ristre. En una ocasión nos pidieron los papeles. Cuando vieron que uno de nosotros era un jefe de la policía parecieron sorprendidos. Uno preguntó:

—¿Por qué no estás durmiendo?

Coll siempre llegaba tarde a su puesto por las mañanas.

Poco a poco, íbamos apurando la noche.

Se haría de día antes de que nos hubiera dado tiempo a hablar de todo, y ya volvía a ser hora de regresar al trabajo.

Por aquel entonces solía pasar que nos olvidábamos por completo de dormir.

XI. MADRID ANTES DE LOS BOMBARDEOS

SALÍ HACIA MADRID EN EL TREN NOCTURNO, con la mochila a la espalda y mi ligero uniforme de verano, porque en Barcelona aún hacía calor. El tren iba lleno de hombres de la milicia, y nos sentamos codo con codo, o nos quedamos de pie, hombro con hombro en los pasillos, charlando y cantando canciones. Estaba oscuro y solo había luz cuando llegábamos a las estaciones.

Me desplacé hasta el compartimento adjunto al mío donde encontré a un francés con quien entablé conversación. Era reportero de un periódico simpatizante de la revolución que, tras una infinitud de problemas, logró un salvoconducto para pasar a territorio fascista. Me contó lo que había visto.

—Asistí a una misa de requetés fascistas —dijo—. Y es extraordinario, habiendo pasado por aquí, donde estamos a mundos de distancia. También estuve en los campos de aviación, para informarme sobre la ayuda alemana.

—¿Había tantos alemanes como dicen?

Alzó ambas manos.

—¡Buf, ni te lo imaginas! Se han instalado como si fueran los dueños, tienen todo un campo de aviación para

ellos, aparte del de los españoles. Tienen sus propios mandos, al margen del dominio de los oficiales españoles. Tienen incluso delegados en el cuartel general. Y te advierto que nada de tapadillo, a la vista de todos, hasta tienen la desfachatez de llevar los uniformes de Hitler en público.

—¿Y los italianos? ¿Qué pasa con los italianos?

—Los italianos son otra cosa. Están mezclados en los mismos campos que los españoles, y confraternizan mucho con ellos, mientras que los alemanes no mantienen contacto alguno. Fue curioso, en Salamanca, oír por las noches las mismas canciones —*Horst Wessel Lied* y todas esas—[1] y ver correr la cerveza como si estuviéramos en Múnich. Auténtica cerveza de Múnich, además.

Pasé el resto de la noche sentado en un banco junto al periodista francés. A ratos cabeceando y a ratos charlando con él. A eso de las nueve de la mañana, llegamos a Valencia, donde me apeé del tren.

La estación olía a humo y a vagones rancios. Debía hacer transbordo a Madrid, y me fui a buscar mi andén. Salían trenes hacia el frente en todas las direcciones. Iban llenos de milicianos. Acababa de llegar un ferrocarril desde Madrid. Vi grupitos de gente esperando —supongo que a familiares—, apiñados con conmovedora preocupación mientras sacaban las camillas por las ventanillas, cuidando de mantenerlas horizontales y depositarlas luego con cautela en el suelo del andén. Los hombres que las ocupaban, con la cara y el cuello ocultos bajo apretados vendajes, o las piernas y los brazos entablillados, proferían torpes gestos hacia

[1] La *Canción de Horst Wessel,* también conocida como *Die Fahne Hoch! (La bandera en alto)*, fue el himno del partido nazi entre 1930 y 1945, elevado a la categoría de himno de Alemania *de facto*, junto con la primera estrofa de *Deutschlandlied*.

quienes habían ido a por ellos. Procedentes de otro tren, se escuchaban *La Internacional* e *Hijos del pueblo*, entonadas a todo pulmón por docenas de gargantas, que desafinaban y competían por imponer su tonada. Aunque dicha rivalidad acaba siempre en risas y expresiones de entusiasmo.

De vez en cuando, un tren rugía y se marchaba. A veces había mujeres que corrían a lo largo del andén, agarradas a una mano que salía de la ventanilla. Vi a una chica de aspecto infantil, con cintas de munición de ametralladora enrolladas como tirabuzones alrededor del cuello, decidida a marchar también al frente, y a un miliciano burlándose de ella desde la escalerilla del vagón. Se montó de un salto a su lado, justo cuando el tren empezaba a moverse, y abrazó el cuerpo enjuto del hombre. Los padres de la chica corrían junto al tren, sujetándola por el vestido para retenerla y, justo cuando el convoy abandonaba por fin la estación, el muchacho moreno se la devolvió, mientras ella chillaba como si la desollaran.

El tren llegado de Madrid se iba vaciando por etapas, pero la gente se congregaba junto a una furgoneta y fui a echar un vistazo. Unos hombres levantaban un ataúd cubierto con una bandera roja y negra. Cuando se lo llevaron en hombros para transportarlo por el andén, pese a la agitación reinante en la estación, se hizo un silencio sepulcral. Un largo instante que pareció eterno hasta que, desde uno de los trenes, una voz lo rompió al grito de «¡Abajo el fascismo!». Todo el mundo coreó su exclamación y, al cabo de un segundo, en la estación estalló un rugido de voces ásperas y gruesas que clamaban su indignación y su dolor. El ataúd avanzaba despacio hacia la salida. Hasta la gente que lo seguía, con flores y lágrimas, se unió al clamor.

Llegó mi tren y me subí a él. El vagón iba lleno de españoles de la provincia de Albacete, y de Sevilla, y en poco tiempo entablamos una animada conversación. A la hora del almuerzo, sacaron sus paquetes de comida

—una especie de tortilla fría y pastosa— y me pasaron una buena porción. Quise objetar y devolvérsela, pero siguieron charlando, sin admitir mis protestas y, como no me hacían caso y parecían tenerlo clarísimo, me resigné y la devoré con buen apetito.

También bebimos. Llevaban dos o tres botas llenas de vino. Había que alzarla con ambas manos y apretarla, y entonces salía un chorrito de vino del pitorro que entraba en la boca. El cuero viejo de aquellos odres olía como la posada de don Quijote.

Encontré un asiento junto a la ventana y me dediqué a contemplar el paisaje. Tras dejar Valencia, la llanura se elevaba de vez en cuando en pequeñas lomas. Cuando llegábamos a algún pueblo, nos vendían el periódico local; frutos jóvenes de la revolución con títulos muy vistosos. Como en todas partes, los campesinos no se habían acostumbrado a ver el paso de los trenes y se quedaban de pie mirándonos, recordando justo a tiempo alzar sus puños cerrados. Apareció una vaca en la vía. El frenazo nos arrojó a los regazos ajenos, mientras el chillido de los frenos rasgaba el aire, y la vaca se quedó quieta un momento, espantando las moscas con la cola, y luego siguió tranquilamente su camino. Nos asomamos a las ventanillas cuando pasamos junto a ella, insultándola como si fuera humana. De todas formas, el animal ni siquiera se volvió a mirarnos.

Entramos en Madrid por la noche, y fue una llegada especial. Cada ciudad tiene sus peculiaridades. Cuando arribas a Londres, un desaliñado, aunque infinitamente respetable vendedor de periódicos, con bombín incluido, suele ofrecerte *The Times*. En París, es una florista, más marchita que sus rosas. Pero, cuando llegas a Madrid, un tipo flaco y cetrino se abre el abrigo y te muestra un cinturón lleno de cuchillos, a la vez que señala: «Navajas de Albacete».

Cuando salí de la estación, estaba todo a oscuras y un abismo negro parecía haberse tragado la ciudad. De

entrada, recordando las brillantes luces de Barcelona, me sorprendió. Luego pensé lo cerca que quedaba el frente. Estaba en una ciudad en guerra, y la oscuridad era general excepto unos cuantos faroles de luz azul. Como en Barcelona, no había taxis, y me pregunté cómo iba a dar con el local del POUM.

Me habían dicho que era una organización pequeña, y me imaginaba que se parecería al local del Partido Comunista oficial en la mayoría de los países latinoamericanos, es decir, tres camaradas y una multicopista. Sabía el nombre de la calle donde estaba el POUM, naturalmente, pero dudaba de que alguien conociera el lugar y supiera dirigirnos a él.

Le pregunté a un hombre:

—¿Podría decirme, por favor, donde está la calle Pizarro? Estamos buscando el local del POUM, quizás usted sabe a qué altura de la calle queda.

—Claro que sí —respondió al punto—. Aunque está bastante lejos. Esa furgoneta de ahí es del POUM, seguro que si se lo piden, los llevan.

Así que en Madrid teníamos furgoneta. Me sentí orgulloso.

—¿Por casualidad no irán hacia la sede del partido? Voy para allá, pero como no conozco Madrid…

—De hecho, no. Pero súbete y te llevamos a otra furgoneta o a uno de los coches del partido.

Después de todo, no parecía que en Madrid la organización fuera tan pequeña. Mi experiencia con los grupos de lucha revolucionaria de otros países me había llamado a engaño sobre lo que significaba «pequeño» en España.

El local estaba en el segundo piso de un edificio comercial. A la entrada había un centinela y enfrente, en la

misma calle, una hilera de coches cubiertos con pintadas en rojo: «Larga vida a Trotski» y «Larga vida a la revolución permanente». Me quedé con los ojos muy abiertos y noté el latido de una placentera sorpresa. Eso no lo había visto en Barcelona. El partido, en Madrid, parecía compensar con calidad su falta de cantidad.

Sin embargo, una breve conversación con mis camaradas me dio a entender que, en cualquier caso, las cifras no eran nada negligibles. Se refirieron a varios locales en la ciudad; a su Columna Lenin, que estaba a punto de salir para el frente; a su periódico semanal, el *POUM*; a su emisora de radio y a los novecientos campesinos que llegarían a nuestros barracones al día siguiente. Hablaron de todo ello con tal seriedad que empecé a creer que debía de ser cierto.

Julio Cid me llevó al campamento el día siguiente. Era fuerte y rudo, como todos los hombres recién llegados del frente, y cargado de entusiasmo, revólveres, cámaras y cuadernos. Parecía que todo se le daba bien, pero había cometido un error que los comités de abastecimiento no iban a perdonarle fácilmente, pues había ido a reclutar a unos quinientos hombres y regresaba con casi el doble. Al final, el comité de abastecimiento no había olvidado el milagro del pan y los peces. Cuando llegamos a los barracones había novecientos campesinos almorzando encantados.

Nuestras instalaciones estaban en un antiguo convento, un edificio de dos pisos con un amplio patio interior, cuyas paredes estaban cubiertas de pintadas y carteles, a los que los milicianos añadían sus comentarios. Los nuevos camaradas campesinos empezaron a formar, y a realizar sus primeros ejercicios militares, mientras otros estaban aún inscribiéndose.

Un hombre se subió a una silla y pidió silencio.

—Los que toquen algún instrumento o sepan algo de música, que se acerquen, por favor.

Se le acercaron unos cuantos, y formaron a su alrededor un grupo que alzaba la vista, impaciente, mientras él, encumbrado en lo alto de la silla, gesticulaba y oteaba el horizonte en busca de nuevos voluntarios. Cuando se bajó, le seguí hasta un almacén lleno de un batiburrillo de cosas, como una tienda de pueblo. Todo lo que habían requisado últimamente estaba amontonado en el suelo o en estanterías fijadas a las paredes. Había comida enlatada y un sombrero de copa, y libros y las sotanas de un sacerdote y mantillas, y música e instrumentos confiscados al por mayor en una tienda. Estos últimos iban a constituir el equipo de la banda.

Nos metimos en tropel en la pequeña habitación, exclamándonos ante los trombones, los tambores y los clarinetes, mientras algunos lamentaban saber solamente tocar la guitarra. El hombre que nos había llevado y adjudicaba los instrumentos nos dijo:

—Tenemos que formar una banda. Y hay que aprender deprisa porque las cosas se están poniendo feas por Toledo.

Casi todos los campesinos procedían de Extremadura. Su idea era agarrar un fusil y regresar para vengar la muerte de un hermano, o de una anciana madre. Cuando, tras la cena, como hacíamos siempre en los regimientos, empezaron a repartir postales para que todo el mundo pudiera escribir a casa durante la campaña, jamás olvidaré la amargura con que algunos replicaban:

—¿Y a quién le escribo? ¿Adónde?

—Pues, a vuestras familias.

—¿Cómo vamos a saber si queda alguien vivo en casa, ahora que el pueblo está en manos de los fascistas? Llevábamos semanas esperando que nos llamara el Gobierno, pero la orden no llegó. Al final, el POUM nos ha dado la oportunidad de cumplir con nuestro deber.

—Camarada —preguntaban algunos, ansiosos—, ¿crees que nos darán pronto un fusil? Ya las devolveremos, pero dadnos pronto un arma, la que sea, nos da igual…

—No os preocupéis —les decíamos—. Pronto tendréis cada uno un rifle bueno y seguro, y no se trata de que nos los devolváis. Serán vuestros para siempre, vuestros y de vuestros pueblos, porque ahora las armas son del pueblo.

ꕥ

Estábamos alojados en uno de los locales del partido, una mansión de la plaza de Santo Domingo que había pertenecido a un conde. La casa no había cambiado mucho. En la fachada, un gran letrero rezaba: «Este local ha sido requisado por el POUM» y lo habían colocado sobre el escudo del conde de Puñonrostro. Un miliciano con mono azul y bayoneta en el fusil había sustituido al lacayo con librea. Aparte de eso, poco se había modificado. Habían colgado anuncios y carteles en algunas partes: «Comité Editorial»; «Conquista o muerte»; «Hasta el final», pero todo seguía donde se lo encontraron.

La biblioteca contenía una colección de cientos de libros. Cuando llegué, dos camaradas habían sido encargados de catalogarlos. Esa estancia, así como todas las que exploré, permanecían en silencio como si su señor acabara de abandonarlas, repletas de pequeños objetos inútiles que cubrían los muebles y los rincones, porque aún no habíamos tenido tiempo de hacer limpieza. De no ser por el tecleo incesante de los manifiestos que se oía noche y día, habría podido confundirse el orden perfecto y la comodidad superflua de esa espléndida mansión, de cuyas paredes colgaba la hoz y el martillo, con la residencia de un oficial de la burocracia estalinista en Moscú.

—Venga —dijo Clara, a quien el uniforme de miliciana le había dejado intacta la curiosidad femenina—, abramos los cajones. Quiero ver las cosas que tenían.

Se afanó a hurgar en todas partes con su cabellera del color del heno asomándose y desapareciendo en los armarios. Era una suiza alta que había pasado mucho tiempo en uno de los sectores del frente de Aragón. La habíamos conocido durante uno de sus permisos para descansar en Barcelona. Alta y delgada, se movía encorvada de un lado a otro en su mono azul de miliciana, con un pañuelo a cuadros en el cuello y, normalmente, una gorra vieja caída hacia atrás en la cabeza.

—Era un sector tranquilo —me contó—. En general, no hubiera estado tan mal, de no ser por el polvo. Las guardias en el exterior eran espantosas cuando soplaba el viento; y teníamos que turnarnos todos. No te atrevías ni a dejar de mirar y cubrirte la cabeza, porque esperábamos en cualquier momento un ataque sorpresa, y tenías los ojos tan llenos de polvo y tan irritados que resultaba insufrible.

—¿Cómo dormíais?

—Oh, dormíamos en la paja, y era muy cómoda. Bastante limpia y no picaba demasiado. Era como dormir en el establo.

—¿Y los hombres?

Era la única mujer del lugar y solo veía a su marido muy de vez en cuando, porque él iba y venía del frente por su trabajo de periodista.

—Con los hombres no pasa nada. Lo intentan, al principio, para ver cómo respondes, pero se cuadran si les demuestras que vas de frente. De todas maneras, la mitad son unos críos. Nos llevábamos de maravilla.

Dio la sensación de que no tenía ningún problema con ello, que no le importaba, y levantó el mentón, alzando su perfil delgado y pálido hasta apoyarlo en la oscura mampostería de la sala.

—Mira —dijo desabotonándose el mono y descubriendo un hombro huesudo. Me mostró una marca violácea como una mancha justo en la articulación—. Esto es lo que le pasa a una mujer cuando les dispara a los fascistas día sí, día no, y no está acostumbrada. Llevaba uno de esos «mosquetones». Son mucho más ligeros que un rifle cuando tienes que correr, ¡pero tienen un retroceso brutal!

—Supongo que, a la larga, te acostumbras.

—Oh, claro, ahora disparo mucho mejor.

Tenía siempre la punta de un cigarrillo entre los labios, hasta cuando hablaba. Seguimos revolviendo los cajones de la casa del conde.

Encontramos rosarios, emblemas carlistas, medallas de santa Bárbara, patrona de los artilleros, con la imagen del crucifijo y un cañón grabadas en ambas caras, símbolo terrenal de la ética católica. Y muchas cosas más. Había cartas de amor, olvidadas con las prisas de la huida, y un delicado pijama que conservaba el perfume de la señora de la casa, y un rastro de su cuerpo esbelto. Había echarpes que le gustaron mucho a Clara, y pañuelos de bolsillo grandes como manteles, con los bordes profusa y finamente bordados. Encontramos una infinita variedad de otros objetos, algunos con usos tan especiales que, pese a los esfuerzos conjuntos de nuestras imaginaciones, no supimos resolver para qué misterioso fin servían.

XII. ÚLTIMA VISTA DE TOLEDO

El aspecto de Madrid durante esos días previos a la gran ofensiva era considerablemente menos revolucionario que el de Barcelona, como pude comprobar en lo sucesivo. La gente iba mejor vestida y parecía que quienes dominaban la escena de la acción eran los pequeñoburgueses, no los trabajadores. Sin embargo, la austera y admirable defensa que planteó después la ciudad da fe de la fortaleza de su espíritu, y no sería cortés, vistas sus hazañas, criticarles con dureza.

Me sorprendió que hubiera menos edificios donde ondeaba la bandera roja, y que la fuerza de masas que era la FAI hubiera ido perdiendo intensidad a lo largo del viaje entre Cataluña y Madrid. No se veían tantos lugares ocupados por los obreros, menos predispuestos a desobedecer una orden dada. La sensación de guerra estaba en el aire a pesar de que los cafés estuvieran llenos, y de que el cielo de la ciudad en penumbra pareciera vacío sin el habitual resplandor rosáceo que desprende el hálito nocturno de las grandes ciudades.

Entre Barcelona y Madrid hay unos 600 kilómetros y una revolución. No voy a ahondar en los dialécticos porqués y consecuencias de dicha distancia. Solo lo señalo con cierta tristeza. Llegué a Barcelona y vine a Madrid después del 19 de julio, habiendo cruzado más de un país para alcanzar el lugar donde se estaba desarrollando la revolución. A la llegada a Barcelona, tuve la satisfacción de comprobar que mi apresurado viaje había tenido su *raison*

d'être[1] y que, de haber llegado un poco más tarde, habría visto Cataluña después de la revolución.

Barcelona era una ciudad donde todos sus habitantes iban de uniforme militar y en mangas de camisa y Cataluña era una masa sindical que, desde las Ramblas hasta los cerros de Montearagón, no hablaba ni pensaba más que en la revolución socialista, y cuando se referían a la «época burguesa» era como si les quedara tan lejana como la era romana. En esos primeros compases, especialmente antes de la disolución del Comité de Milicias Antifascistas, los catalanes no estaban corrigiendo sus errores por mera casualidad, y avanzaban a diario en su perspectiva revolucionaria. Consolidaron sus objetivos con el Consejo de Guerra, el Consejo Económico, el Consejo de Defensa y los Tribunales Populares.

Tal vez nos hubieran dado a entender que Madrid era el mismo perro con distinto collar, pero la verdad era justo lo contrario. Era el mismo collar en un perro distinto. El collar antifascista era el mismo en toda España, pero, en ese caso, con un perro cambiado.

Madrid seguía siendo la república democrática de los trabajadores de Ortega y Gasset & Co., una república en guerra defendiendo el suelo patrio al son combinado del *Himno de Riego* y de *La Internacional* y de quienquiera que deseara unirse al coro, siempre y cuando no desafinaran dentro del concierto republicano.

Jamás entendí mejor cómo debió de ser estar en París, mientras los alemanes estaban en el Marne, que cuando los fascistas estaban en el Guadarrama. Hoy, igual que entonces, existe una consigna a la que atenerse y a la que estos últimos tiempos se han mantenido fieles, tanto como durante la Gran Guerra. La consigna es: «No pasarán».[2]

---

1. «Razón de ser», en francés en el original.
2. En castellano en el original.

La gesta de los parisinos marcó un hito en la historia con uno de los actos de patriotismo más gloriosos. La actitud del pueblo de Madrid ha inscrito un acto épico y revolucionario en la nueva historia del proletariado mundial. La gente de Madrid ha hecho lo que podía hacerse, y más, contra el fascismo. No pasarán, no deben pasar. Pero no basta con eso.

Queda claro que, en el presente, el heroísmo militar es un artículo de primera necesidad para la Victoria de la revolución. En ese sentido, no dejaríamos de añadir elogios al panegírico de la gesta de los frentes madrileños.

Pero ¿qué hay tras esos frentes? A excepción del POUM y de los anarquistas, mucho menores en número en Madrid que en Barcelona, todos los partidos madrileños están en la guerra, pero no en la revolución. Esta debe tener lugar tras las líneas, mientras se libra la guerra en el frente, porque sin una retaguardia revolucionaria será difícil ganar la guerra e imposible hacer la revolución. No hay revolución social sin guerra civil, aunque siempre ha habido guerras civiles sin revoluciones sociales. Por lo tanto, es erróneo confundir una guerra civil con una revolución. La guerra civil es solo el paso preparatorio, un estadio más cercano a la revolución. No se trata, en absoluto, de la revolución proletaria en sí. Lo primero, lo vital, es identificar la guerra civil con la revolución —no basta con confundirlas— y la única manera de hacerlo es trascendiendo los objetivos de la lucha de la guerra civil y transformándolos completamente en tus propios objetivos. Entonces, y solo entonces, estaremos en condiciones de ganar o perder la revolución, dado que, en otra situación, a lo más que podemos aspirar es a ganar la guerra, mientras que la revolución la perderemos en cualquier caso.

Sería frívolo e injusto negar que Madrid pasó por un momento de gran tensión revolucionaria. Sin embargo, también debemos admitir que aquí, a diferencia de en Barcelona,

el ciclo revolucionario nunca ha estado lo bastante desarrollado como para poderse mostrar a la altura de las circunstancias. El Gobierno de Madrid sigue atrincherado dentro de los límites de una república capitalista y democrática, y presenta la lucha contra el fascismo como un fin en sí mismo. Ello no está en concordancia con las aspiraciones del proletariado internacional, cuyo interés radica en llevar la revolución hasta sus últimas consecuencias.

Percibí todos estos detalles en cuanto llegué a Madrid, donde el contraste me impresionó profundamente. Ya llevaba un tiempo allá, se acercaba el invierno y el frente más cercano estaba aún a unos 60 kilómetros. Aún así, para los procedentes de Barcelona suponía una emoción nueva y singular poder coger un coche e ir y volver del frente en la misma tarde.

El Ayuntamiento proporcionaba vehículos gratuitamente a los periodistas, y Clara y yo decidimos ir a Toledo. En aquel momento aún era nuestro, y emprendimos el camino, Clara, en silencio, su marido quemado por el sol y un par de milicianos para las guardias.

El paisaje hasta Toledo era una llanura continua, sin ni un montículo y, a medida que nos aproximábamos, nuestros corazones se encogían al comprender lo difícil y doloroso que iba a ser defender esa zona. Lo comentamos, ansiosos, a lo largo del camino, conscientes de la presión que el enemigo ejercía en el sector de Toledo. El cielo era de un celeste cegador, como esmaltado, sobre la tierra seca, con el sol como una pandereta en este país donde el astro rey no desaparece ni cuando llueve.

De pronto, se nos apareció la ciudad, elevada sobre suaves colinas. Parecía envuelta en un resplandor rosado. Entramos por una puerta donde quedaban restos de muros fortificados y donde estaban estacionados dos o tres milicianos con sus rifles. Nos preguntaron lo de siempre, quisieron ver los papeles de siempre y, finalmente, nos

dieron el mismo consejo: «Necesitaréis una autorización del Comité del Pueblo para poder salir».

La ciudad se encumbra a orillas del Tajo, que fluye junto a su parte más baja. Tras cruzar la puerta, la carretera sigue y se convierte en una calle que termina abruptamente ante una barricada que la atraviesa. Toledo tiene un color suave y maduro.

Fuese Tubal o Hércules quien la construyó, o empezara sus días como Ptolietron griega, o como la Tolededtk judía, ni la Enciclopedia Británica ni el Baedeker lo aclaran, y su historia mítica poco importa ahora comparada con el breve y magnífico rol que jugó en su momento como Toledo proletaria y antifascista. Durante un período, la arrebataron de manos de la propiedad privada y escribieron los primeros capítulos de la historia de una sociedad sin clases.

Cuando vi Toledo, la primera piedra legendaria de la España heráldica, era una ciudad limpia de sacerdotes y de soldados profesionales, y vivía bajo el símbolo de la hoz y el martillo. Por una vez, no era un centro del turismo internacional y tal vez eso fuera lo que más me sorprendió, de entrada. Pese a que no era la primera vez en la historia de la ciudad en que habían matado al clero y quemado sus conventos, las iglesias nunca habían sido utilizadas como sedes de los comités de las milicias sindicales, y eso era sintomático.

En Toledo, como en el resto de la España antifascista, las iglesias que no se habían quemado se convirtieron en comedores, hospitales, un techo para la gente, etc. Cabía encontrar mesas de comedor instaladas ante los altares y cubiertas con banderas rojinegras, donde el Comité del Pueblo atendía y emitía salvoconductos y pases. En muchas iglesias, habían dejado intactas las imágenes de los santos que se habían encontrado, y ahí estaban, contemplándolo todo desde sus hornacinas, con grotescas expresiones de divino enfado ante las escenas

revolucionarias que se desarrollaban a sus pies. Seguro que no se las esperaban.

Fuimos primero en busca del Comité del Pueblo para poner en regla nuestros papeles. Habíamos intentado circular por la ciudad con el coche que traíamos, pero, al cabo de dos o tres veces de quedarnos atrapados en las callejuelas frente a otro coche, o haber tenido que salir marcha atrás, decidimos ir a pie. En las calles, la gente estaba sentada en grupos, charlando en los portales, y cuando pasaba un coche se levantaban y quitaban las sillas un momento, sin interrumpir la conversación. El ruido de los cañones o los disparos puntea-ban la charla, pero no la distraían.

No esperaba estar tan cerca del fuego en Toledo, y me sorprendió y me inquietó un poco. Las mujeres y los niños, que iban por la calle como si no pasara nada, parecían tan tranquilos y serenos que no sabías qué era más real, si sus caras o los tiroteos. Un cañonazo, más cerca y más fuerte que los otros, me hizo pegar un respingo, y un niño muy pequeño, que no había dejado de mirarme desde que entramos en la calle, tironeó de mi pernera y me aseguró que no había nada que temer porque ese ruido era de nuestro cañón.

Fuimos a ver el convento de la Santa Cruz. En una talla del Descenso de la Cruz, una bala fascista le había atravesado el trasero a Cristo. Pensé en cómo le sentaría, al clero fascista, saber la impudicia con que habían apuntado a una parte tan humana del cuerpo del Señor. Cuántos padrenuestros y credos iban a rezar, y cuánta penitencia cumplirían por ese disparo soez. Supongo que, a esas alturas, ya lo habrían visto y les habría dado tiempo suficiente a arrepentirse.

«E mandó facer (Alfonso VI) un alcázar, el cual es hoy allí»,[3] aunque dudo que podamos seguir diciéndolo. Desde la

[3] En castellano en el original.

plaza de Zocodover, mirando hacia donde estuvo el Alcázar, no queda nada reconocible excepto un montón de ruinas y media torre que destaca como un diente mellado. Es cuanto resta de la famosa colina, el séptimo cerro de Toledo, como una de las siete colinas de Roma con la que se compara a menudo. El Alcázar de hoy no se parece en nada a la Academia Militar toledana y, cuando yo lo vi, nuestras banderas ondeaban donde habían estado sus torres, y nuestros soldados ocupaban el lugar del edificio. Un miliciano nos explicó a Clara y a mí que el último promontorio de piedra que se mantenía en pie era nuestro. En las bodegas había un grueso muro, que era lo único que nos separaba de los fascistas. No obstante, tan grueso no sería cuando consiguieron horadarlo desde el interior, para asomar por él una o dos pistolas con las que apuntar cuidadosamente.

—¿No hay manera de acceder a las bodegas? —pregunté.

—Podéis ir en fila india, y sería más prudente si vais precedidos de un poco de dinamita.

—Ya, supongo que no hay nada que hacer —dije apesadumbrado, encogiendo los hombros.

—Lo siento por las mujeres y los niños —me dijo el miliciano—. Los míos están en Badajoz. Mataron a mi padre y a mi hermano por no querer luchar en su bando. Mi hermano era un muchacho inteligente y buena persona. Mi hermana se salvó, porque su marido es guardia civil, pero el muy cabrón no la deja llevar luto. Bueno… —terció tras una reflexiva pausa—. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Es la guerra y, ya sabe, como en el amor, todo vale. Así que, ya lo ve…

Y nuestra conversación finalizó con esa discreta alusión a la dinamita.

Bajamos de la ciudad con el coche y habíamos conducido unos cuantos kilómetros cuando llegamos a una curva del Tajo donde vimos tres cañones del 151 instalados en un

nido a orillas del río. Nos bajamos del automóvil porque el marido de Clara quería tomar algunas fotos para un periódico suizo.

Había unos ocho o diez hombres de guardia en el emplazamiento de los cañones. Cuando aquel tipo de cejas espesas sacó la cámara de su bolsa de lona, retrocedieron levemente.

—¿Os importa que os saque una foto? —les preguntó él—. Es para un periódico.

Uno de ellos, con un largo rostro oliváceo, ocultó a toda prisa su cara.

—Nosotros no queremos fotos —dijo. Y añadió, como si con eso lo explicara todo—: somos anarquistas.

De pronto, recordé que los más comprometidos siempre se negaban a posar para las cámaras. Parecía insultar su elevada dignidad revolucionaria. Se lo comenté al marido de Clara, pero él, siempre perseverante y lacónico, siguió intentando tomar una foto.

Al final, uno de los hombres se avanzó y dejó que le tomara una fotografía. Luego supe que era estalinista. Se encogía de hombros, indiferente a los comentarios de los demás.

—¿Por qué no? —les preguntaba, justificando ásperamente su participación—. ¿Acaso la propaganda no es un arma igual que un cañón?

No supe resistirme a la tentación de disparar un cañón, ya que estábamos allí. Parecía tan fácil y agradable, y lo teníamos tan a mano. Solo había que tirar de una cuerdecita. Tiré de la cuerdecita y me quedé dos días sordo.

XIII. OTRO FRENTE: SIGÜENZA

De todos los frentes de los alrededores de Madrid, Sigüenza era, cuando yo estuve allá, el que quedaba más lejos. Estaba a unos cien kilómetros, pasados Alcalá de Henares y Guadalajara. Conduje hasta allí en coche, acompañado de algunos milicianos, y pasamos junto a montañas muy altas y profundos desfiladeros con cataratas que salían de los labios de las rocas, rodeados de un paisaje imponente y salvaje. Los árboles colgaban sobre las carreteras como hileras dobles de parasoles. Dejamos Madrid cuando aún hacía calor, pues el largo verano español se resistía a marcharse, y en las elevadas laderas de las montañas por las que circulábamos bajamos a dos o tres grados bajo cero.

La carretera no dejaba de subir y subir, pegada a la falda de las montañas y discurriendo junto a precipicios; de vez en cuando desaparecía bajo la sombra del follaje, hasta que por fin llegaba a la cima y de ahí bajaba como un cohete hacia Sigüenza.

Sigüenza tiene unos siete u ocho mil habitantes, y cuando llegamos había cráteres causados por las bombas en los muros de la catedral. Las tropas del POUM estaban acampadas en la estación. Como los caballos del motor no habían perecido a consecuencia de ese camino escarpado, condujimos hasta el monasterio del obispo, que se utilizaba como cuartel general.

Se trata de un edificio enorme de ladrillo. El cañón del 151 les preocupaba tanto como a un toro que le persiga un terrier.

Nos recibió el capitán García.

—Si esto sigue así —nos dijo mostrándonos las marcas en la pared—, repintar todo esto va a costarnos una fortuna.

—De momento, está bien así —replicó un miliciano—. No hay peligro de que el frío entre en el caserón por culpa de las balas de cañón.

Pronto descubrí que el frío, en Sigüenza, es un tema mucho más interesante y popular que los mismos carlistas. Pese a lo que hubiera podido hacer el obispo, nuestros camaradas se lo perdonaban sin rencor porque había puesto calefacción central.

—¿Dónde empieza la línea de fuego? —pregunté.

—Empieza justo aquí —me dijo un miliciano de la CNT—. Aún no lo has notado porque es domingo. Los domingos, todos los carlistas están en misa, o confesándose, y como los desgraciados tienen un montón de crímenes que confesarle al cura, tardan en poder prestarle atención al combate. Eso sí, cuando se ponen, su artillería empieza muy cerca de la estación de tren, a unos cinco kilómetros.

—¿Es el puesto avanzado más cercano?

—Ni el más cercano ni el más lejano. Tenemos uno a poco más de un kilómetro y el más lejano está a unos treinta. Los tenemos rodeándonos como vecinos por todos lados. A pesar de eso y de que, según la radio, los fascistas han capturado la línea del ferrocarril, los trenes van y vienen a la hora prevista. Ya verás como es gratis.

En una conversación que mantuve con otro miliciano, me comentó:

—¿Sabes? Aquí solo tenemos miedo de una cosa. No queremos que la guerra se termine antes de que llegue el invierno, porque tendremos que volver a Madrid.

—¿Tanto os gusta esto?

—¡Oh! —explicó—. Siempre he soñado con pasar un invierno en Sigüenza. Pero, como Sigüenza siempre ha sido un sitio donde pasan el invierno los ricos y, además, cuando llega el invierno yo siempre estaba en el trabajo, no podía ir a ninguna parte, o estaba sin dinero. Ahora parece que por fin se ha cumplido mi deseo, cuando entre bien el invierno tendremos las primeras nevadas, y yo me voy a procurar un par de esquís.

Me dio la risa.

Él estaba indignado.

—¡Anda! ¿Por qué no? Si los carlistas tienen tiempo para ir a misa y confesarse estando en guerra, ¿por qué no voy a tener yo tiempo para ir a esquiar?

El POUM y la Unión Ferroviaria Anarquista, cuyas tropas compartían la estación y sus alrededores, habían requisado las casas de enfrente de la estación para alojar a sus hombres. Nuestra Columna Lenin en Sigüenza, como el mismo POUM en Madrid, era una organización de jóvenes, tan jóvenes que no habían podido formar una sección juvenil. Sin embargo, poseían una preparación política y una disciplina militar que no tenía nada que envidiar a la de los mayores. El partido en Madrid era más pequeño, sin duda, pero infinitamente más revolucionario, desde todos los puntos de vista, que en Barcelona. En Madrid había sido formado íntegramente por la vieja oposición comunista, mientras que en Cataluña la mayoría procedía del Bloque Obrero y Campesino, que siempre había sido una organización centrista.

Cuando yo los conocí, los miembros de la Columna Lenin estaban como en casa. Parecía que hubieran vivido siempre en Sigüenza. Me sorprendió especialmente su dominio de la zona. Todos controlaban la configuración del terreno hasta unos dos o tres kilómetros más allá de la línea de fuego y el jefe de cada compañía tenía un mapa de los alrededores donde, día a día, marcaba un nuevo cerro u hondonada que convendría ocupar, o no.

Solían discutir de esas cosas con los camaradas campesinos del lugar, que eran quienes poseían los conocimientos prácticos que ellos necesitaban. Acostumbraban a pedirles su opinión, y los animaban a compartirla, aunque ellos se mostraban muy reticentes a darla de manera tajante. Como le oí decir a uno de ellos:

—Yo no digo ni que sí ni que no. Aunque, si usted quiere, le llevo. Pero no quiero ninguna responsabilidad.

—Oye, camarada, no estamos hablando de tomar Zaragoza. Se trata de ir ahí, a esa colina que has subido y bajado mil veces en tu vida. La conoces mejor que nosotros, y eres quien mejor puede decir si es un lugar adecuado para atacar, o para defender.

—Pero no quiero responsabilidades.

—Si aceptamos tu consejo, aunque fracasemos, no será responsabilidad tuya. Es del comité. No vamos a aceptar tu opinión sin discutirla, aunque, claro, tú sabes más de eso. Debes acostumbrarte a pensar que eres un camarada como el resto de nosotros, y ahora tienes derecho a utilizar la cabeza. No tienes que hacer lo que te digan. Mira, por ejemplo, este asunto del cerro. En esto, eres tú quien debe trazar un plan que, luego, discutiremos juntos.

La perplejidad, luego el interés e incluso una pizca de orgullo se asomaron al rostro oscuro y cerrado del campesino.

El camarada que estaba hablando con él quiso convencerle por todos los medios.

—¿Cómo sabes que no podrías ser un buen general? ¿Lo has intentado alguna vez?

En esos momentos, cuando yo estuve en el frente de Madrid, las cosas eran muy distintas de como serían luego, durante la gran ofensiva sobre la ciudad. Entonces, parecía más tranquilo que el frente de Aragón. Pese a las visitas sistemáticas con que nos obsequiaban los aviones fascistas y sus bombas de cien kilos, la de Sigüenza era una guerra de guerrillas muy distinta a la guerra más convencional que se disputaba en el norte.

Topográficamente, era imposible avanzar más allá de Sigüenza. Nuestro frente se había extendido formando una cuña, y ahora teníamos al enemigo en ambos flancos. Por un lado, la línea de fuego estaba a treinta kilómetros (tuvimos que recorrer todo ese trayecto hasta entrar en contacto con las posiciones enemigas); por el otro costado, era imposible juzgar a qué distancia quedaban los fascistas. En medio, había pueblos que no habían sido tomados por ellos ni por nosotros. A veces, mandábamos a unos cincuenta camaradas a buscar provisiones a alguna de aquellas poblaciones. Volvían cargados hasta los topes. Al día siguiente, iban los fascistas y se llevaban lo que quedaba.

Decidí ir en coche con algunos hombres hasta el puesto avanzado más lejano. Cuando llegamos a un punto determinado, tuvimos que dejar el vehículo y subir la ladera de la montaña durante al menos cinco o seis kilómetros.

Al poco, encontramos a un centinela.

—¿Cómo podemos llegar hasta el último puesto? —le preguntamos.

—Está ahí arriba, en la cresta de la montaña. Pero id despacio y con cuidado. Hace un momento, ha habido un tiroteo y los camaradas que han salido a reconocer el terreno todavía no han regresado. Claro que igual están en la casa, tomándose un café…

—De acuerdo, iremos con cuidado.

—Más os vale. Antes de llegar, tened la precaución de darle el santo y seña a Julio. Gritad «Rojos». Si os responden: «Contra el fascismo», podéis ir seguros.

Avanzamos cautelosamente agachados; era como estar en una película. El paisaje estaba silencioso y parecía lleno de secretos.

—¡Rojos!

Hubo una pausa. Entonces una voz respondió, envuelta en un profundo eco:

—Contra el fascismo.

Subimos. Por fortuna, no había pasado nada. La guardia miliciana que había salido de reconocimiento había regresado intacta y satisfecha tras su café calentito donde la «tía Juana».

—¿Quieres hacernos una foto para el periódico? —me dijo uno de ellos. Yo llevaba la cámara colgada al hombro.

—Ahora mismo.

La saqué de su funda y empecé a enfocar.

—¡Tú! ¿Por qué quieres que te saquen una foto? —preguntó otro hombre, indignado—. ¿Crees que vas a salir en el periódico por tu cara bonita o qué?

—Bueno, Pepe se ha ofrecido.

—Ya lo sé. Pero Pepe capturó una ametralladora a los fascistas.

—¡Ah! ¿Y es culpa mía, que los cinco fascistas que capturaste el domingo pasado no llevaran una ametralladora encima?

Otro miliciano me dijo:

—¿Viste a los tres tíos que cruzaron la línea la semana pasada y se unieron a nuestras filas? Uno de ellos es un chico de mi pueblo. Se llama Casimiro. ¿Y si le tomas una foto a él? Nadie dirá que no lo merezca.

—Ya le he sacado una foto —respondí.

Era verdad. Apareció también en los periódicos de Barcelona, una foto de ángulos en blanco y negro, con los tres chicos arrodillados bajo el sol, los brazos desnudos y el puño alzado, saludando y sonriendo a la cámara. Casimiro estaba en un extremo. Sería su última fotografía. Al cabo de unos días, cayó bajo las balas fascistas, joven y luchando con valentía.

Recordé una conversación que había mantenido con él.

Me habló de unos prisioneros que habían cogido los fascistas cuando él estaba todavía en su ejército, buscando la manera de escapar.

—Eran tres hombres y una mujer —dijo—. No nos contaron qué iban a hacer con ellos. Solían ocultar el destino de los trabajadores que tomaban presos y, en esa ocasión, habiendo entre ellos una mujer, los oficiales hicieron correr el rumor de que los iban a devolver a sus pueblos.

—¿Lo hicieron alguna vez?

Él sacudió la cabeza.

—No lo sé. No lo creo, su actitud era siempre brutal. Pero con esos prisioneros sí sé qué pasó, porque ese día me tocó hacer guardia mientras los oficiales comían, y lo comentaron delante de mí. «¿Qué, ya habéis liquidado a esos cuatro prisioneros?», quiso saber uno de ellos. «Sí, se les dio matarile a los cuatro esta mañana», respondió el capitán. Deberías haber visto cómo lo comentaban, casualmente, como si estuvieran refiriéndose a cabezas de ganado. Y el médico se reía a carcajadas y le guiñaba un ojo al capitán: «¿Cuatro? ¿No eran cinco prisioneros?». «Creo que eran cuatro… Tres hombres y una mujer, ¿no?» El doctor le guiñó un ojo de nuevo, disfrutando de su gran chiste: «No, cinco, señor mío. Ah, la mujer, olvidas que la mujer estaba… bueno…». ¡Y se reían todos, como si las bromas del médico fueran la monda! —me dijo Casimiro, con tono amargo.

Tomé algunas fotos y regresamos a la ciudad. Normalmente, nos servían el almuerzo al aire libre, y comíamos sentados en los campos cercanos a la estación. Estábamos con nuestros hombres y algunos anarquistas. Ese día, estábamos empezando a comer cuando llegó el comisario político.

Charlábamos, con los platos de aluminio apoyados en las rodillas, cuando vino un miliciano con una botella de cuello muy largo y nos ofreció beber de ella.

Bebimos por turnos, echando la cabeza atrás para que el arco que trazaba el chorro de agua cayera en nuestras bocas. El miliciano se sentó con las piernas cruzadas cerca de nosotros y empezó a hablarnos de la toma de Sigüenza.

Tenía la cabeza redonda como una nuez, y la raíz de su oscuro pelo canoso llegaba casi hasta el arco de sus cejas. Cuando se animaba charlando, una llama azul se encendía de pronto en sus ojos. El comisario le miraba con una sonrisa llena de curiosidad.

—¡Oh, sí, fue muy duro! —dijo, suscribiendo el relato del muchacho—. La Guardia Civil la defendía y, por supuesto, su entrenamiento militar y todo eso les fue muy útil.

—¡Ay, la Guardia Civil! —gritó el muchacho, con una voz tosca y gutural, a la vez que surgía de nuevo en sus ojos, como un destello, esa luz tan clara que brillaba bajo sus cejas.

—A esos los conozco bien, créeme. ¡Mira!

Se inclinó hacia nosotros y abrió la cremallera de su chaqueta de miliciano. Nos mostró una cicatriz que tenía en la espalda.

—Me lo hicieron pegándome, hace ya dos años.

Se trataba de una historia larga e inconexa y nos la contó, observándonos de vez en cuando con su mirada fulgurante.

—Pero… —añadió meciéndose encantado y contento, como hacen los niños— me vengué bien, pero bien, de ellos. Deberíais haberlo visto. Muchos de ellos lo vieron. Cuando la toma de Sigüenza, después de todo lo que os he contado, algunos de los guardias civiles heridos se refugiaron en la catedral. Les seguimos hasta allá y había un sargento gordo y desagradable en el suelo que, al verme, levantó la cabeza y me pidió: «¡Agua! ¡Agua!». No tenía tantos humos entonces. Cuando te están pegando, no es lo mismo. Así que le dije: «Claro. Toma». Había una botella con agua como esta —dijo, tocando aquella de la que habíamos bebido—, y yo la cogí y se la pasé. Él estaba ahí tumbado, con los ojos cerrados, y abrió la boca esperando que yo se la vertiera. Entonces le dije: «Toda tuya». Puse el cañón de mi revólver junto a su boca y solté el gatillo. Deberíais haber visto cómo quedó.

Se abrazo a sí mismo, encantado, contemplándonos con esa mirada abrasadora, y parecía que la raíz del pelo le tocaba la nariz.

Cuando se levantó y se fue, el comisario se encogió de hombros y respiró hondo.

—¿Qué se le va a hacer? —dijo—. Este es el tipo de gente que hay que eliminar a tiros cuando acabe la revolución.

Aún estábamos comiendo cuando una mujer en uniforme de miliciana y una cabellera oscura y sedosa rodeándole el rostro se unió a nosotros.[1] Llevaba un revólver en el cinto, e iba acompañada de cuatro milicianos.

Estaban todos muy alborotados, y se enfrascaron en una animada charla en cuanto se instalaron entre nosotros. Todos querían contar la misma historia, y sus versiones se solapaban entre sí. Habían salido en expedición de reconocimiento, habían visto una casa y, estaban ya muy cerca de ella cuando, de pronto, empezó a escupir balas por puertas y ventanas. Salvaron la piel justo a tiempo, a punto estuvieron de morir.

—¿Quién es? —pregunté.

—Es la esposa de nuestro capitán, Etchebéhère —respondió el comisario, con un respeto profundo y emotivo. Su

[1] Mika Etchebéhère (1902-1992), nacida en Argentina como Mica Feldman, adoptó el apellido de su compañero y cambió la «c» por la «k» durante su estancia en Europa. Fue una militante, conocida por convertirse en capitana de una milicia del POUM. Para descubrir su relato —directo, sincero y humilde—, recomendamos la lectura de su libro de memorias: *Mi guerra de España* (Cambalache, 2014).

tono de voz, y el que seguía utilizando, me mostraron, mil veces mejor que todos los elogios en los que pudiera extenderse, lo mucho que debía de haber querido esa heroica mujer a Hipólito Etchebéhère y que, al menos para ella, no había muerto.

—Tenía muchas ganas de conocerte, camarada —dije, pensando en todo lo que había oído de ella y de su marido.

Estuvimos conversando. Ella hablaba francés y alemán con un suizo, con una voz suave y fluida que acompañaba con pequeños movimientos de las muñecas y las manos, un poco afectados y convencionales. Supe entonces por ella que era argentina, médica y trotskista, aunque eso último ya tendría que haberlo imaginado.

Cuando comenté algo acerca de salir vivo de la guerra, ella levantó la cabeza echándose el pelo para atrás y dijo:

—Oh, no me desees tanto mal.

Había trabajado en una ambulancia desde el principio de la contienda, y su marido había estado al mando de nuestras tropas en el sector de Sigüenza. Ella había prestado primeros auxilios a todos los heridos. Solo que uno no estaba entre ellos, y a ese no pudo curarlo. No volvió a verle jamás, ni muerto ni herido. Qué ironías del destino que ese herido fuera su propio marido.

Cuando él murió, ella le entregó las vendas a otra persona y empuñó un fusil, porque quería ocupar el lugar que él había dejado vacío.

Imagino sus gélidas guardias nocturnas en el puesto avanzado de Atienza, en una quietud como de nocturno sudamericano, sin dejar de observar el pequeño montículo en la ladera de la colina, esperando ver asomarse una sombra por donde él cayó y no volvió a levantarse.

Me marché de allí y regresé a Madrid. Dos días después, los fascistas atacaban Sigüenza por todos los flancos, y nuestras tropas se retiraron de la pequeña cuña que habían conquistado en la línea del frente. El último bastión de nuestras milicias fue la catedral. Algunos lograron huir, otros fueron masacrados ahí mismo.

Al cabo de mucho tiempo, Mary y yo vimos a Mica Etchebéhère en Barcelona, vestida con unos viejos pantalones bombachos y una camisa de miliciano.

—Estuve ahí hasta el final —dijo. Estábamos sentados en tres sillas altas tapizadas a rayas, en el vestíbulo de una pensión. Seguía moviendo sus manos como si fueran pájaros. «Los que habíamos quedado atrapados en la ciudad nos hicimos fuertes tras una barricada, en la catedral, y decidimos que venderíamos caras nuestras vidas. Estuvimos cuatro días sin comida ni nada, devolviendo el fuego y muriendo como moscas. Bombardeaban la catedral con balas de cañón. Aguantó bastante bien, pero al final se nos empezaron a caer los muros encima, no nos quedaba munición, y los que quedábamos decidimos huir al anochecer, porque ya no podíamos seguir luchando.

—Debió de ser horroroso.

—Lo fue. La noche que huimos había una niebla espesa, algunos de los camaradas se perdieron y dieron de bruces con los fascistas, que los destrozaron. Naturalmente, empezaron a dispararnos y alcanzamos el bosque entre una lluvia de balas de ametralladora. Caminé durante veinticuatro horas, escondiéndome entre los árboles y los matorrales, mientras me perseguían, antes de llegar a nuestras líneas. Alcanzaron a muchos, claro. Cerca de una tercera parte de los que estábamos en la catedral logramos regresar. Yo casi deliraba de agotamiento y de hambre.

Sentí una gran admiración por ella. Ahí, en esa silla, exhausta y medio reclinada, con los bombachos desabrochados, colgando sobre sus zapatos de cordones, ya no era ninguna jovencita.

—Me pregunto cómo es que siempre logro escapar —dijo, haciendo uno de esos gestos afectados—. ¿Por qué yo?

—La vida es tenaz, a pesar de todo —dije.

—A pesar de mí misma, sobre todo.

Sonrió, y sus ojos oscuros y apagados nos miraron por debajo de la aureola de su pelo.

—Pero voy a volver —dijo—. Me vuelvo al frente de Madrid. Voy a liderar unas tropas de choque especiales para controlar los sectores más peligrosos.

Al cabo de un tiempo, Mary publicó la siguiente noticia:

> *De nuestras milicias del frente de Madrid:*
> *Nuestras tropas de choque operativas en el sector Moncloa del frente de Madrid, bajo el mando de la camarada Mica Etchebéhère, se han distinguido por su valor en acción. Ayer tomaron varios tanques de manos del enemigo.*

Unas semanas después, Mica murió.[2]

[2] En realidad, Mika Etchebéhère murió en París en 1992.

XIV. MUJERES

Estábamos de nuevo en barcelona. Muy atareados. Yo trabajaba en un periódico que se vendía en Inglaterra, y Breá daba clases de materialismo dialéctico y de materialismo histórico.

Las cosas habían cambiado mucho en la ciudad. Ahora se notaba la presencia de la guerra en la misma medida que la de la revolución, o puede que incluso más. Había más extranjeros, todo estaba mejor organizado y era más rápido. La columna internacional no era la misma. Muchos de sus integrantes originales yacían heridos o habían muerto, y otros jóvenes habían llegado procedentes de distintos países para ocupar sus puestos. Algunos se desangraron hasta morir en sus puestos avanzados del frente de Aragón por falta de cuidados médicos y ambulancias. Por entonces, eso ya había dejado de parecer extraño o sorprendente —no como cuando trajeron a Robert de vuelta— y había adquirido la rutina propia de una pesadilla. Nos instalamos.

En aquella época, los países antifascistas que no se decidían a enviar hombres al menos mandaban dinero y ayuda médica. Las enfermeras y las ambulancias procedían de Inglaterra. Hay que decir que la mayoría iban directamente al frente, aunque algunos disfrutaban de una estancia espléndida en Barcelona, vivían en villas privadas que se ponían a su disposición sin cargo alguno y a las reporteras se les caía la baba con ellos. Algunos se emborrachaban tanto que había que llevarlos de vuelta a casa. Y todo eso

a cuenta del dinero que los trabajadores ingleses le habían arrebatado a su pobreza.

También había otro tipo de personal de ambulancias. Estaba la gorda Eva, que se marchó en el coche «Joaquín Maurín» que nos había mandado el ILP.[1] Era una flemática joven alemana que consiguió llegar hasta Huesca durante un virulento ataque. Martín, el comandante de artillería irlandés, se la encontró sola en el puesto de socorro, con las manos ensangrentadas hasta las muñecas.

—No es nada —dijo con su sonrisa obesa y su pelo pajizo desaliñado—. Cualquiera hubiera podido hacerlo.

Las balas silbaban como pelotas de tenis.

Intenté con todas mis fuerzas disuadir a Margaret Zimbal, «Putz», de marcharse al frente en una ambulancia y no con los milicianos; se la veía tan joven y tan bella para morir... Pero se rio, sentada a horcajadas en una silla, enfundada en un mono de pana y con un pañuelo rojo anudado en torno al cuello.

—Bueno, pues, ¿qué te parece? —le pregunté cuando se me hubieron agotado los argumentos. Soltó una carcajada y me pellizcó la nariz.

—Me parece que hablas mucho —me respondió.

Recuerdo la primera vez que la vi. Hacía mucho tiempo; fue la noche en que regresaron los hombres tras el fracaso de la expedición a Mallorca. Era la primera derrota, y recuerdo que el local estaba sumido en un gran silencio, la gente merodeaba por ahí afligida, susurrando. Putz había perdido a su compañero, un joven alemán al que habían

1. Véase la nota al pie de la p. 71.

destrozado en Porto Cristo. Subió las escaleras lentamente, acarreando un peso mayor que el del fusil que le encorvaba la espalda.

La rodeamos mientras nos contaba en un escueto español, con acento cantarín, la toma de Porto Cristo. Cómo habían dejado muy pocos hombres de guardia mientras ellos asaltaban los barcos para atacar a los del otro bando. Cómo los fascistas se habían abalanzado sobre ellos y habían masacrado a los defensores.

—Sí —dijo ella—, ha muerto.

Peinó hacia atrás un mechón de pelo que se le había escapado del moño.

—Bueno, pues me tengo que ir a otro frente en cuanto pueda, eso es todo.

En aquel momento, no había espacio para alojar a los hombres procedentes de Mallorca en el local. Tuvieron que dormir en unos colchones que se improvisaron en el suelo. Por la mañana, fui a la habitación donde ella había dormido con otras chicas.

Estaba tumbada en el suelo, gloriosamente joven y desnuda, con su pelo rubio desparramado en ondas sobre la almohada. Me enseñó un cuadernillo en el que había estado anotando sus impresiones a lo largo de los dos años en que había recorrido España con su amigo.

—Tocaba la guitarra —me dijo— y cantábamos. De eso vivíamos. No teníamos otra forma de ganarnos la vida. Nos marchamos de casa porque nuestros padres eran fascistas y querían que nosotros también lo fuéramos. Dormíamos debajo de los árboles. Era divertido.

Tenía la piel curtida por el sol.

En el cuaderno había algunas fotos de alemanes gordos con los que se había encontrado por ahí, cuando dormía a la intemperie, con acné en la cara e impresionantes cogotes. En la parte inferior de la foto, ella había garabateado: «Cuatro veces arios». Algunas veces hablaban con ella, y les sorprendía mucho saber que había alemanes cantando por las calles. Una mujer se ofreció a pagarle el pasaje de vuelta a Alemania, a través del consulado, si regresaba a casa y se comportaba como una buena chica.

Putz tenía diecinueve años. Su padre era profesor de la Universidad de Düsseldorf. Miró a la señora con una dulzura impasible y le dijo:

—Soy judía.

La señora le dio una moneda de diez céntimos y prosiguió su camino a toda prisa.

Dos días después de regresar de Mallorca, Putz se marchó al frente de Aragón junto con otros cuatro chicos españoles. Todos llevaban fardos a la espalda, y se fueron cantando. No llevaban más de seis horas en el frente cuando a los chicos los abatieron de dos en dos a su lado, y ella se quedó sola. Después, nos escribió unas cuantas veces desde la montaña, donde exploraba arrastrándose por las noches en las colinas oscuras, en los límites de la tierra de nadie, sin saber dónde podían estar los puestos avanzados del enemigo. Luego volvió a Barcelona, donde estuvo un tiempo realizando una labor política y trabajando para la Agencia Internacional.

Entonces, pensamos que ya era nuestra. Estaba subyugada por un alemán con la nariz aplastada y las manos peludas que había protagonizado grandes hazañas en el frente. No era mujer de estar mucho tiempo sin un hombre. Sin embargo, le reprochaba que él estuviera vivo y su amigo muerto, le tomaba el pelo, le hacía desplantes y

le dejaba solo en los cafés con un gesto de indiferencia de sus hombros anchos y bellos. Él no iba a permitirle que volviera a la milicia. Acostumbraba a llevar trajes de pana negra y una vieja boina, y su rostro parecía tranquilo y sereno, como si no le hubiera pasado nada, como si acabara de salir de la escuela. Era lista y trabajaba con ahínco.

Un día, estábamos con ella en un café cuando llamaron a su antigua compañía, la «Bandera Puig», para que regresara al frente. Oímos un clamor de trompetas. Putz se mecía en su silla, chupando de una pajita, y su rostro sereno era completamente inescrutable. Los vimos aparecer en formación a lo largo de la calle, levantando el polvo y con la bandera roja ondeando. Pasaron junto a nosotros.

De pronto, Putz pegó un salto, apartó su silla y salió corriendo tras ellos por toda la calle, gritando:

—Esperadme, esperadme, ¡yo también voy! ¡Yo también voy!

No volvimos a verla viva. Estaba en las afueras de Huesca, inclinada sobre el pecho de un miliciano al que habían derribado, auscultándole el corazón, cuando un tirador certero la abatió. La bala le entró por la espalda y ella cayó fulminada.

El robusto alemán la llevó de vuelta a Barcelona en un camión. Depositaron su cuerpo con gran pompa en un teatro que pertenecía al partido, se cubrieron todas las paredes desde el techo hasta el suelo con telas rojas y la hoz y el martillo, enormes y blancos, resaltaban, triunfantes. El suelo de la tarima estaba cubierto de coronas de flores rojas y la gente no paraba de desfilar ante el féretro con las gorras de milicianos bamboleándoles en las manos. Nosotras, con nuestros mejores uniformes azules

almidonados para los desfiles en la ciudad, formamos una guardia de mujeres y nos mantuvimos firmes, en relevos, durante veinticuatro horas. La habían cubierto con un velo que parecía rosa bajo el resplandor rojo. Tenía muy buen aspecto y un rictus un tanto extraño en el cuello, pero era la misma.

Todo el mundo mandó delegaciones al funeral y lo utilizó como plataforma política para manifiestos de mujeres.

Eran tiempos duros para los alemanes y los italianos que estaban en Barcelona, como si, por tomar partido en contra del fascismo, hubieran perdido su nacionalidad. El remedio contra eso era más fácil para las mujeres que para los hombres.

Recuerdo una noche en que estábamos sentados en un café, durante un descanso del trabajo, con Breá y Calero, el abogado, segundo comandante de la columna internacional. Él estaba de permiso, de vuelta de las montañas de Alcubierre, muy alegre y delgado. Serna, el abogado cojo, que era juez de distrito, también estaba con nosotros. Lamentablemente, cada día era más anarquista. Era un viejo amigo, amable y buena persona. Estábamos con una chica alemana, Lili, que trabajaba en la radio y que estaba desesperada porque le habían anulado el pasaporte.

Hablamos de la nueva ley matrimonial y del estatuto de la mujer durante la revolución. Yo quería un artículo para nuestro periódico en inglés.

—Oye, Serna —le dije—, tú que eres juez y sabes de qué va el tema. ¿Podrías escribirme un artículo acerca de la nueva ley matrimonial y de divorcio?

—Lo intentaré —respondió—. Aunque el trabajo de recopilación de detalles y estadísticas te lo voy a dejar a ti.

—Ojalá puedas. Cada día leo en la prensa extranjera las cifras magnificadas del número de divorcios que ha

habido en Cataluña. Pero no dicen nada de los matrimonios que a mí me parecen como mínimo igual de importantes.

—Hay más matrimonios —dijo Calero—. Muchos de los hombres nombrados para esos nuevos tribunales son amigos míos, puedo darte información al respecto. La gente se casa como las moscas en verano. Es fácil, puedes casarte con quien quieras sin darle cuentas a nadie y no se tarda más de cinco minutos de palabrería. Han desaparecido las formalidades.

Nos mostró un formulario de certificado matrimonial.

Cuando lo leí, me regocijé de que nuestro Andreu Nin fuera consejero de Justicia y hubiera estado detrás de todas esas medidas.

Había un párrafo dedicado al marido que decía: «Deberás recordar que tu mujer va al matrimonio en cuanto que tu compañera, con los mismos derechos y privilegios que tú». Añadía que las mujeres eran iguales a los hombres, que la revolución había contribuido a que recuperaran su lugar tradicional en la sociedad y que no se admitiría ningún tipo de dominación sexista.

Calero se complacía con mi satisfacción, se frotaba las manos secas y crujientes y chasqueaba la lengua.

—Pues eso es lo que hemos hecho —dijo—. Y es lo que tendrían que contar en la prensa extranjera.

Calero estaba soltero. Le pregunté a Serna:

—¿Qué piensas de todo esto?

—Creo que está muy bien. Especialmente aquí. Antes se trataba fatal a las mujeres.

—¿Entonces por qué dejas que tu mujer siga tan callada como siempre? No he visto jamás que salgas con ella.

—Montó en cólera y golpeó el suelo con su bastón. Sus ojos oscuros echaban chispas.

—¿Pero qué demonios insinúas? Claro que sale conmigo. No es como antes. ¡Pero si la saco al cine un mínimo de dos veces por semana!

Comprendí lo difícil que sería romper con los viejos moldes a pesar de la buena voluntad que ponían en el empeño. Me eché a reír.

Lili estaba preocupada, intentaba que esos dos hombres tan relacionados con los tribunales revolucionarios se interesaran por su situación.

—Creo que deberías casarte con alguien —decidió finalmente Calero, tras una ardua deliberación—. Ya sé que no es fácil sin papeles, pero creo que podría arreglarlo. Sí, deberías casarte, preferiblemente con un francés, aunque también serviría un español.

Lili volvió los ojos hacia su compañero, Louis.

—Claro que sí —dijo Louis, serio—, así podremos viajar por Francia y todo eso. ¿Por qué no, cariño? Si encontramos a alguien que acceda a un matrimonio blanco...

Calero canturreaba, alegre y despreocupado. Golpeaba rítmicamente el borde de la mesa con los dedos. Su dulce voz palpitaba en la habitación.

De pronto, levantó la mirada y dijo tranquilamente:

—¿Por qué no? ¿Tú crees que un revolucionario puede negarse a eso, con la poca importancia que le concedemos a este tipo de fórmulas? —levantó una mano trazando un arco amplio y despreocupado, muy propio del sur, y dijo—: Cásate conmigo, si quieres —y siguió cantando.

—¡Oh, Calero! ¡Qué gesto tan generoso! ¿De verdad no te importaría?

—¡Claro que no! Además, haría cualquier cosa por un amigo como Louis.

Poco tiempo después, acompañé a los juzgados a un amigo español y a la francesa con la que llevaba viviendo diez años.

—Hemos decidido casarnos —me contó él—. Naturalmente, es una tontería, algo innecesario y contrarrevolucionario, y todo lo que se quiera, pero quiero que ella tenga la nacionalidad. Le hará las cosas más fáciles aquí, y la tratarán mejor mientras yo esté en el frente.

Se llamaba Simone, tenía el certificado de nacimiento y toda la documentación que necesitaba en Dieppe, y no había manera de conseguirla. Al juez de guardia no pareció importarle el asunto y despachó el trámite con una cortesía y un buen humor adorables.

—¿Nombre? ¿Nombre de la madre? ¿Nombre del padre?

—No tengo padre —dijo, acongojada, sonrojándose.

Todos sonrieron, con amabilidad y simpatía. Dio la sensación de que les parecía muy bien. Uno de ellos le palmeó la espalda al recién casado.

—Mejor para ti —le dijo.

Les parecía todo de lo más sensato y razonable.

Preguntaron por los testigos, y se encontraron con que uno de ellos no llevaba sus documentos de identidad.

—Voy a ir a por ellos. Me los he dejado en casa, pero vuelvo en un momento.

—No importa. No vayas, creo que conozco a tu padre. ¿No vivís en el número 29 de la calle Riera Alta?

—Sí.

—Pues entonces ya está. Sé quién eres, y te creo sin necesidad de pruebas. Ven, firma aquí. ¿Tienes un cigarrillo?

Se dieron la mano y rieron. No habían tardado más de cinco minutos.

—¿Y el divorcio? —pregunté.

—Eso también lleva unos cinco minutos, es bastante fácil.

—¿Por qué motivos se concede?

—¡Oh, la mujer tiene exactamente los mismos motivos que tenía él para pedir el divorcio! Además, si dos personas acuden a nosotros, un tribunal, y se muestran decididas a divorciarse, no vemos por qué deberíamos complicarles la vida si ellos no se la complican. Nosotros no les impedimos que puedan rehacer sus vidas.

Me pareció diáfano y razonable.

—Cualquiera de las partes puede casarse de nuevo. Pero tienen que esperar un mínimo de treinta días para cerciorarse de que ella no esté embarazada y así reconozca la paternidad el padre correcto.

—Supongo que, a la larga, acabarán comprendiendo que el matrimonio y el divorcio serán igual de absurdos en la nueva sociedad, cuando la mujer no necesite de la protección de un hombre y tenga su lugar y su poder adquisitivo —dije.

Las mujeres españolas estaban ansiosas por obtener su libertad, pero llevaban tanto tiempo encerradas y encorsetadas que no sabían cuánta podían poseer. A menudo se contentaban con las migajas con que las acallaban a la primera reclamación. ¡Les parecía tanto!

En el sindicato anarquista se había fundado el grupo Mujeres Libres, que emitía manifiestos y editaba una publicación magnífica. Yo conocía a una de las chicas del comité editor. Era una joven de senos grandes y talante dulce, y hablando con ella te dabas cuenta de que tenía una concepción mucho más amplia de la libertad de lo que tenían la mayoría de las mujeres.

—Están tan entusiasmadas —explicaba— y tan decididas a ser libres. Aunque la mayoría de ellas no saben siquiera lo que significa la libertad. No es que sean estúpidas, es que no están acostumbradas a pensar y no las han educado más que en el arte de complacer. Pero son increíblemente valientes y están muy decididas. Son un espléndido material en bruto.

Escribía artículos muy inteligentes, y era buena organizadora. Más tarde, un revolucionario francés se enamoró de ella, y ella le correspondió. Pero cuando se trató de acostarse con él, ella se negó esgrimiendo una virtud cómica y desesperada.

—¿Pero, por qué no? ¿Acaso no es lo natural cuando uno está enamorado? —me contó que le había preguntado él. Su actitud había herido al muchacho.

—¿ Y por qué no quisiste? —le pregunté yo.

—¡Ah, pues porque no hay tiempo para este tipo de cosas durante la revolución!

—Eso no es cierto —tercié—. Es una excusa. Lo dices para disimular tus prejuicios.

Me miró y se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y qué? ¿Acaso se supone que debería cambiar de la noche a la mañana?

Era muy difícil librarse de la herencia religiosa.

La familia era otro tema. Louise Gómez, la mujer de Gorkin, dinámica y encantadora, decidió crear un secretariado de la mujer en el partido, centros de educación y puericultura y formar un regimiento de mujeres, dándoles conferencias y clases. Recibió más de quinientas adhesiones solo en la primera semana —señal de lo predispuestas que estaban—, pero docenas de matronas hechas y derechas y de jovencitas me confesaron:

—Claro que a mi marido (o a mi padre) no puedo decirle que vengo aquí; le daría un ataque. Le digo que voy a costura.

El regimiento estaba integrado en buena parte por fugitivas como estas. Nos encontrábamos a las siete delante del local, con la niebla invernal cubriendo las Ramblas y envolviendo los troncos de los árboles, arrebujadas en nuestros nuevos uniformes de falda pantalón de lana azul, y nos quedábamos allí de pie, soplándonos las manos y, la mayoría, esperando que sus familias no las descubrieran.

Pocas veces he visto un temple y un coraje como el suyo. Estaban tan contentas y alegres que parecían niñas.

Mientras esperábamos a que llegaran los miembros del comité de dirección y nos llevaran a los barracones, brincaban sobre ese suelo tan duro y se enzarzaban en juegos infantiles, cantando, cogiéndose de las manos y bailando con sus zapatos puntiagudos. (Costó mucho que entendieran que debían de llevar zapatos planos para el entrenamiento, y que era mejor que dejaran los pendientes en casa.) La excitación de ser libres hacía que no les importara en absoluto levantarse tan temprano y enfrentarse al frío de las crudas mañanas invernales. Ni el inclemente viento hacía que la espera en el patio de entrenamiento se les hiciera larga. No las desalentaba ni el lastre de siglos de indolencia.

Luego íbamos a los barracones, que quedaban bastante lejos del centro de la ciudad. Durante el trayecto, en tranvía o en metro, los milicianos nos hacían bromas y se metían con nosotras. Cantábamos *La Internacional* a voz en grito e intentábamos convencerles de que nuestro uniforme era tan serio como el suyo. Algunas veces lográbamos impresionarlos. Susurraban entre ellos con gesto circunspecto y sus ojos de pobladas pestañas nos dirigían miradas cargadas de intención.

Desde la parada del tranvía hasta los barracones había un buen trecho. Lo recorríamos en formación. Los hombres se asomaban a las ventanillas de los camiones que pasaban junto a nosotras y nos sonreían y, con el puño en alto, gritaban:

—¡Camaradas!

—¡Camaradas! —les contestábamos en un coro unánime, levantando también nuestros puños.

Recuerdo el primer día en que nos alineamos para desfilar ante los guardias, a la entrada del cuartel. ¡Cómo nos miraban, y cómo se reían y nos animaban, y todos los regimientos se volvían para vernos marchar! Un chico

francés salió corriendo al patio desde una de las galerías, y nos preguntó airado:

—Pero ¿qué creéis que estáis haciendo? —y nos miró como si le hubiéramos ofendido gravemente. Acababa de volver del frente.

—Hemos venido para aprender a luchar —le dije, con cierto deje de orgullo—. Somos un batallón.

—Pues es un trabajo inútil —replicó rápidamente—. Si por mí fuera, las mujeres no irían al frente. He estado allí y sé de qué hablo.

—¿Por qué? ¿No nos ves capaces? ¿No somos lo bastante valientes?

—No es eso —se apresuró a responder—. Ni mucho menos. Puede que al principio hubiera algo de eso, cuando montones de chicas sin ninguna formación se aventuraban a ir, sin saber siquiera qué les esperaba, pero eso era debido a la confusión del momento. Naturalmente, desde entonces las cosas están mejor organizadas. ¡Ah, pero eso no significa que tenga nada malo que decir de las milicianas que han estado en el frente o de su valentía, o de lo que son capaces de hacer, ni nada de eso! ¡En absoluto!

—¿Entonces a qué te refieres? ¿Qué es lo que te parece mal?

Profirió un suspiro de cansancio y resignación.

—¿Sabes? Es que lo convierten todo en algo demasiado heroico. Especialmente los españoles. Día y noche tienen presente que son hombres, ya sabes a qué me refiero. Todavía no se han librado de esa hidalguía tan trasnochada, por más que estén convencidos de que es una solemne tontería. Si una de las chicas cae en manos del enemigo, inmediatamente hay quince hombres que arriesgan su vida para vengarla. Y así sucesivamente. Cuesta demasiadas vidas y demasiado esfuerzo.

—Pues entonces tendrán que superarlo —dijo alguien—. Y no lo conseguirán jamás, a menos que nosotras sigamos haciendo lo que hacemos.

—De cualquier modo —le explicamos para su alivio y regocijo—, puedes estar tranquilo respecto a este batallón. No tenemos por principio que las mujeres deban ir al frente, no somos de esa opinión; solo queremos ayudar a los casos individuales que sean buenos para ese fin. En cuanto al resto de las que estamos aquí, todas tenemos nuestra labor social o política que atender.

—¿Entonces por qué hacéis instrucción?

—¡Mira que eres duro de mollera! —gritó Louise, mientras el tenue sol de primera hora de la mañana centelleaba en las bruñidas herraduras de los caballos que galopaban sin montura alrededor del patio—. Pues porque los seres humanos tienen que estar adecuadamente preparados para defenderse cuando corren el peligro de que les ataquen. Suponte que bombardean Barcelona. Sería una tontería que no pudiéramos hacer nada, que fuéramos un rebaño de ovejas, como en los países burgueses.

Nos metimos en una galería de tiro que había en el sótano. El suelo estaba empedrado, y el eco retumbaba en nuestros oídos, y rebotaba sin cesar de una pared a otra.

El primer día que fuimos, el sargento entró silenciosamente en la galería por la parte de atrás mientras nosotras formábamos apuntando a nuestras dianas y disparó por sorpresa a nuestra espalda. Todo el mundo gritó. Louise Gómez dio un paso al frente y, hablando por todas, dijo:

—Si esto vuelve a producirse, se habrá acabado el Batallón de las Mujeres.

No volvió a ocurrir.

Nos pasábamos horas haciendo instrucción, sin descanso, independientemente del tiempo que hiciera. Los oficiales acabaron tomándonos en serio de verdad. No permitían que entraran hombres al campamento para mirarnos, y andaban junto a las líderes, pisando el suelo pacientemente con sus botas para marcarnos el paso. Los tamborileros marchaban incansables frente a nosotros para marcarnos el compás. Era sorprendente que nadie se quejara jamás, o rompiera filas, o dejara de venir. Algunos cuerpos estaban entumecidos e incómodos, habían salido por primera vez de sus corsés. Y, sin embargo, lo aguantaban todo y volvían a por más.

Después de los ejercicios de tiro y la instrucción, solíamos hacer práctica de ametralladora. «Por si acaso os encontráis con una de estas entre las manos y no sabéis qué hacer con ella», solía decirnos el instructor, con la gorra indolentemente caída sobre un ojo. Era lo único realmente difícil. No teníamos ni rudimentos de mecánica y tardamos mucho en aprender a desmontar las piezas y a volver a componer el arma, aparte de lo pesada y dura que era la máquina para nosotras. Pero lo aprendimos. Al final, creo que habríamos sido capaces de armarla en la oscuridad, sin ni un solo clic metálico que delatara nuestra posición al enemigo, y hubiéramos podido disparar por sorpresa.

Recuerdo que estábamos orgullosas de eso, y lo mencionamos en el siguiente manifiesto que sacamos.

La Secretaría de la Mujer había crecido mucho y cada día requisábamos más habitaciones donde instalarnos. Cientos de mujeres acudían a diario para asistir a clases de socialismo, puericultura, francés, higiene, derechos de la mujer, el origen del sentido de lo religioso y lo familiar, y aprender a hacer punto, a coser y a hacer banderas y a

discutir y leer libros. Fue un gran éxito. Había que empezar por lo más básico, como con los niños.

Louise Gómez era una de las mejores organizadoras, enérgica y a la vez amable y alegre. Era grande y corpulenta, la recuerdo yendo y viniendo de un lugar a otro con una expresión cálida y jovial en el rostro y un abrigo de piel gris en los brazos. Era francesa, y no la única. También recuerdo a Simone, que traía armas, pero no la dejaron cruzar la frontera con ellas, y el piloto del aeroplano que la llevaba no quiso aterrizar en España. Ni corta ni perezosa, saltó del aeroplano sobre Cataluña en un paracaídas con un montón de rifles ametralladores pegados al cuerpo. Más adelante, hablé con un chico catalán, que llevaba el pelo al cero, y había estado en la misma trinchera que ella.

—Era atrevida —dijo, aunque también era como una gata salvaje. Con un gesto evocador, se frotó la pelusa del cráneo con la palma de una mano—. ¡Nos sacó de cada brete! No habíamos estado nunca bajo el fuego, y cuando los fascistas lanzaron su primer ataque importante y vinieron a por nosotros, Pepe y yo pensábamos de verdad que todo estaba perdido y que sería mejor huir. ¡Pero ella no! Nos cogió a ambos por el pescuezo e hizo chocar nuestras cabezas. ¡Cómo dolió! Sí, siempre tenía tiempo de pensar en todo el mundo en un momento como aquel, y nos empujó de vuelta hacia nuestras posiciones.

—¿Y conseguisteis mantenerlas?

—¡Oh, sí! —exclamó, y pareció que la mera evocación del esfuerzo que había supuesto mantenerse tanto tiempo con el agua hasta las rodillas le agotaba—. Sí, las mantuvimos. Y logramos conservarlas, ¿sabes?

Fue un domingo, justo cuando yo regresaba del campo de instrucción, empapada y cubierta de barro, e iba hacia

mi habitación por los pasillos infinitos, cuando me salieron dos hombres de una puerta y hundieron las puntas de sus revólveres en mi espalda.

—Manos arriba —dijeron.

Hice lo que me decían. Tenía un revólver en la pistolera, pero me lo quitaron.

No le había visto la cara a ninguno de ellos.

—Supongo que no os importaría decirme...

—¡La documentación!

—Ahí —dije con un gesto de la cabeza que señalaba mi bolsillo derecho.

La sacaron y uno de ellos la estuvo manoseando mientras el otro me vigilaba.

Tenía todos los papeles en regla. Los papeles del Regimiento de Mujeres, un salvoconducto de libre circulación por los territorios antifascistas, una credencial del departamento de radio y un carné de periodista. No tenían nada que objetar.

Me devolvieron mi revólver y enfundaron de nuevo los suyos. Uno de ellos me dio una palmadita en el hombro.

—Perdona, camarada. Nos habíamos equivocado. Espero que no nos lo tengas en cuenta.

—Puede pasarle a cualquiera —dije. Había recuperado el aliento. Sabía que no pasaba nada, pero estaba jadeando—. ¿Qué ocurre? —pregunté.

—Si supieras cómo intentan engañarnos... Se ha detectado a dos espías en el local, uno de ellos es una mujer y ahora, claro, ya saben que les hemos descubierto y se ocultan. Estamos...

En ese momento, oímos el susurro de una falda almidonada y una figura anciana con el pelo cano pasó junto a nosotros como una exhalación y se metió en la habitación, blandiendo una reluciente automática que llevaba atada a la cintura con una cadena.

—No te importará que miremos debajo de tu cama, ¿verdad? Quién sabe lo que puede ocultarse ahí.

En mi opinión, esa última intervención era innecesaria y dramática, pero Dolores era así. Una anciana caballuna y extraordinariamente fuerte.

—Soy medio escocesa —te contaba con un fuerte acento español—. Tengo a treinta y seis miembros de mi familia viviendo en Escocia.

Todas sus afirmaciones eran extravagantes y sentenciosas. Fui a verla una vez que estaba enferma, y me la encontré en la cama, con la cabeza envuelta en una especie de tela de algodón de color rosa. (El local se sumió en un desorden absoluto cuando ella estuvo en cama, porque su lengua inflexible y su espantoso vocabulario era lo único que lograba tener a raya a las atolondradas cabezas de los catalanes.)

Estaba tumbada en la cama, con los ojos trazando círculos en su rostro enjuto y lívido, la nariz prominente y las fosas nasales muy juntas y apuntando para arriba.

—¡Ah, todas esas heridas duelen de nuevo cuando estoy cansada y enferma!

De pronto, sacó una pierna de debajo de las sábanas, surcada de tendones largos y blancos y con una cicatriz como una cruz en el muslo.

—¿Ves esto? ¿A que no sabes cómo me lo hice?

—Ni idea —era demasiado vieja para haber estado en el frente.

—En el frente italiano, chiquilla, durante la Gran Guerra.

—Pero tú no eres italiana...

—¿Y qué? —puso los ojos en blanco y se pellizcó la vieja herida hasta que se le amoratá—. Fui con un capitán de Bersaglieri. Llevaba pantalones y una pluma en el sombrero, de verdad. Esa pluma fue la que me salvó. Estábamos tumbados detrás de una roca, en el límite de la tierra de nadie, éramos tres, y los otros no paraban de dispararnos, por lo que no podíamos alejarnos de la roca. No me he sentido más entumecida en toda mi vida. A los otros dos los alcanzaron, y estuve ahí, tumbada entre los dos cadáveres, hasta que oscureció y pude alejarme reptando. Pero me dieron aquí, en el muslo. Durante mucho tiempo me estuve preguntando por qué sus disparos caían siempre tan cerca. Entonces comprendí que la pluma de mi sombrero no paraba de agitarse al viento. ¡Ay, niña, hace tanto tiempo de eso!

Se sumió en una especie de sueño comatoso y yo me marché con sigilo.

Creo que su hija era religiosa, aunque nunca contó nada y evitó que mantuviéramos trato con ella. En cualquier caso, vivía en una casa donde se escondían algunos curas y, cuando los descubrieron y los detuvieron, mataron a la chica de un tiro.

Dolores fue a la morgue a identificarla.

Cuando me acerqué yo también, me la encontré sentada en su jaula de cristal, envuelta en un viejo chal de lana, con las manos hundidas en los sobacos y balanceando la cabeza de un lado a otro.

—No, no estoy segura, realmente no puedo identificarla —musitó cuando se lo pregunté—. Tiene la cabeza caída para un lado, y el pelo le tapa la cara, pero reconozco el reloj y la sortija; son los suyos. Solo que ella parecía mucho más fornida. No me dejan que la ponga en pie para ver si tiene su misma altura. No quieren que la toque. Aunque tal vez sea mejor así.

Después de aquello, pareció razonar de una forma aún más espesa, aunque les gritaba con mayor virulencia a los chicos para mantener el orden, y algunas veces se la veía deambular sin propósito fijo. La última vez que la vi, blandió un bastón ante mí y me contó cuántos espías había arrestado. Luego añadió:

—Esta vida es demasiado tranquila para mí. Me voy. Soy demasiado vieja para luchar. Me iré en una ambulancia.

Y concluyó, agresiva, con un rictus en sus labios prietos y delgados:

—Soy enfermera de formación, por si no lo sabes.

Lamenté que se marchara. Yo le caía bien y solía ofrecerme fruta y leche para «que te pongas gorda y lozana», según los gustos españoles.

Mientras estuve trabajando en la Secretaría de la Mujer, sacamos varios carteles. La mayoría me parecieron sentimentales y fuera de lugar. En general, tocaban la fibra familiar. Romper los moldes de la gente es una tarea muy lenta. Las mujeres anarquistas eran más ambiciosas en lo que a carteles se refiere. Abordaban toda suerte de problemas con sus lemas.

La primera vez que vi un cartel en contra de la prostitución iba bajando las Ramblas en tranvía. Era la primera

mención acerca del tema que veía. Me alegré mucho de que se ampliaran las perspectivas.

El cartel era enorme y cubría toda una valla. Llamaba la atención a todo el mundo.

Un grupo de anarquistas de las milicias, con la barba apuntando apenas en sus mentones, estaba junto a mí agitándose con el traqueteo del tranvía. Cuando lo vieron se quedaron un tanto perplejos.

—«Acabemos con la prostitución» —leyó uno de ellos—. ¿Qué os parece eso?

Guardaron un tenso silencio, obviamente cortados y molestos precisamente por esa sensación de incomodidad.

—Nuestras mujeres, también. A ellas no les importa meterse con esas cosas, ¿lo veis?

—Pues no. Son libres, ¿no?

—Bueno, ¿y qué van a hacer los hombres si realmente la suprimen? No creo que las mujeres sean tan libres como para que podamos prescindir de la prostitución.

Por las noches, las callejuelas del barrio de las prostitutas estaban atestadas de milicianos recién llegados del frente.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer nosotros? —respondieron algunos encogiéndose de hombros—. Podemos impedir que prolifere o que surja de nuevo, pero ¿qué vamos a hacer con todas las mujeres que ya se dedican a eso? ¿Hay forma de cambiarlas?

—Podrían trabajar en las fábricas. O como enfermeras. También podrían ir al frente.

—Al principio, muchas de ellas se marcharon al frente. Pero que la dureza de la prostitución la haya encallecido

a una, no significa que te encante el frente. Muchas de ellas estuvieron allí y después los hombres regresaban a casa con enfermedades venéreas, porque no había ningún control.

—Eso no importa. Algo habrá que hacer.

—Los milicianos se quejarían, y el ahínco con el que están luchando bien les hace merecedores de cierta indulgencia. La gente no entiende las cosas de la noche a la mañana. Hay que ser pacientes. Y, lo más importante, antes habría que cambiar la mentalidad de las mujeres de este país.

Al final, las mismas prostitutas empezaron a ocuparse de sus asuntos e intereses. Al cabo de poco, empezaron a hacerse valer. Y, un día, comprendieron que también ellas tenían cabida en la revolución.

Se alzaron contra los patronos a los que pertenecían los prostíbulos y ocuparon los «locales de trabajo». Proclamaron su igualdad. Tras una serie de tempestuosos debates, formaron un sindicato y presentaron una petición de afiliación a la CNT.

Compartían los beneficios igual que cualquier otro gremio. A partir de ese momento, en lugar de la acostumbrada imagen del «Sagrado Corazón», en los burdeles había colgado un cartel que rezaba:

> *Se ruega que tratéis a las mujeres como camaradas.*
> *El comité (por orden)*

En general, las mujeres que hacían la calle seguían teniendo aproximadamente el mismo aspecto que antes de la revolución. La opulencia y el lujo superfluos desaparecieron con la estela de la antigua casta dominante, pero las mujeres seguían llevando tacones altos, el pelo muy

cuidado y seguían una moda en el vestir que solo estaba en boga en España. Con todo, había algo que marcaba la diferencia. Las mantillas, y su simbolismo religioso, habían quedado relegadas al pasado, y todo el mundo soportaba tanto el sol como la lluvia con la cabeza descubierta. Los anarquistas habían emprendido una feroz campaña contra los sombreros.

XV. EL CONSEJO DE LA GENERALITAT DE CATALUÑA

Las sedes de la generalitat de cataluña se alojaban en distintos edificios, todos ellos imponentes, ubicados en diferentes barrios de la ciudad, aunque las actividades más importantes estaban centralizadas en el Palau de la Generalitat. Este, y otra gran mansión situada enfrente, ocupada también por la Generalitat, dominaban la placita que se elevaba en un montículo del centro. Había mucho tráfico en esa plaza. Los guardias, ataviados con un uniforme gubernamental especial, que era azul, muy adornado y con la botonadura de reluciente latón, estaban apostados a la entrada y controlaban todos los movimientos.

—¿La Consejería de Finanzas? —pregunté a un guardia bastante mayor, que tenía la dentadura destrozada e intentaba calentarse como un pajarillo aterido al calor del sol de noviembre. Tenía los brazos ligeramente alzados con relación al tronco, como unas alas, o como los alerones de un pingüino.

—Primer piso a la derecha.

Crucé las arcadas que estaban detrás de él y que iban a dar a un patio interior. Me encontré de bruces con una escalinata de mármol y una balaustrada cuidadosamente esculpida con hojas de parra y pilares tan delgados que parecían quebradizos. Subí esas escaleras y pasé bajo

unos arcos moriscos que rodeaban el claustro donde crecían naranjos que parecían de juguete alrededor de una fuente cantarina. Enfrente había una sala enorme, oscura, con el artesonado cubierto de ebanistería dorada. «Finanzas», me contempló altanero un cartel desde una de las puertas.

Había un guardia de pie ante la puerta. Me encaminé hacia él y empuñé el pomo de la puerta.

—Perdone —me dijo, interponiéndose rauda y decididamente.

—¿Qué pasa?

—Apártese, por favor. No puede entrar así. Esto es la Consejería de Finanzas.

—Ya lo sé. Por eso estoy aquí.

Me dirigió una mirada glacial. Yo llevaba un pañuelo rojo anudado al cuello y uniforme de miliciana.

—Tendrá que esperar en la antesala y dejarnos su tarjeta y el motivo de su visita si quiere que la reciban.

Estaba furiosa.

—No he venido a la revolución para esperar en la antesala. ¿Cree que tengo toda la vida y el resto de Europa para esperarme? Déjeme entrar.

La palabra «revolución» le inspiró una mirada de superioridad.

—Esto es la Generalitat —puntualizó.

Y tenía razón, y yo tiempo de sobra para entender a qué se refería. Cuando, mucho después, conseguí entrar en

la Consejería de Finanzas, no me pidieron que me sentara y me tuvieron allí de pie mientras conversaban ociosamente entre ellos, se hurgaban indolentemente las pulidas uñas con los cortapapeles y soltaban sofisticados bostezos.

La sala tenía las paredes y el techo tapizados y el suelo cubierto con una espesa alfombra. Delante de las relucientes mesas de madera oscura de los burócratas, había unas sillas aragonesas de respaldos altos y estilizados. Todo el mundo iba vestido de punta en blanco, trajeados, y había una mujer que se reía, cubriéndose la boca con las rosadas puntas de sus dedos.

Yo había ido a resolver la compra de algunos francos franceses —muy difíciles de encontrar por aquel entonces— y llevaba una orden especial. La pasearon por todo el despacho y se la pasaban de uno a otro con un gruñido. Al final, alguien me dijo:

—Veré qué puede hacerse, aunque me parece a mí que... —puntualizó con un ademán ocioso y se perdió por una de las muchas puertas.

Esperé, aburrida, durante un buen rato. El hombre no aparecía.

—Me temo que no puedo esperar mucho más —me aventuré a decir al cabo—. Tengo cosas que hacer y llevo cierta prisa.

Me dirigí a la puerta por la que había desaparecido el hombre y la abrí. Dentro de aquella habitación había dos o tres lánguidos caballeros sentados alrededor de una mesa, fumando. Mi orden se había caído al suelo, pero nadie había reparado en ello.

Monté en cólera. Era el tipo de situación con la que suele encontrarse una en la Administración. Da lo mismo

el despacho al que vayas. Pero yo llevaba seis meses viviendo en la revolución, donde no había burocracia y la gente iba al grano, y allá todo era distinto. Aquello no se hubiera tolerado en ninguno de nuestros locales.

¡Sentí que había retrocedido de nuevo al ambiente democrático!

—¿Le importaría salir de esta oficina privada y esperar fuera, por favor?

—Pues sí, me importaría —repliqué—. Traigo una orden del consejero de Propaganda. Ahora mismo pienso llamarle desde este teléfono y aclarar esto, a menos que lo hagáis vosotros mismos.

El consejero de Propaganda era un antiguo miembro del POUM, aunque luego se había echado atrás para engrosar las filas de los liberales.

Al final, se vieron en la obligación de telefonearle, mientras yo no les quitaba el ojo de encima. No sé qué les dijeron desde el otro extremo del cable, pero fue determinante. A partir de ese momento, fueron amables y corteses, y me ofrecieron una silla, mientras completaban un formulario para que se lo entregara al cajero. Me había puesto realmente arrogante, estaba enfadada y ofendida. ¡Todo gracias a que el consejero me conocía personalmente...! Pero yo me había presentado con mis ajadas ropas de miliciana y, al parecer, no eran lo bastante buenas para ellos.

Salí de allí con los francos en la mano y resoplando.

Afuera, deambulé por aquellos pasillos tan señoriales. Contemplé las tallas y las inscripciones y maldije a los anarquistas por no haber aplastado al poder burgués cuando tuvieron la oportunidad.

Su atolondramiento lo había estropeado todo. Y ahora nos veíamos forzados a formar parte de un Gobierno en el

que había gente como la que me acababa de encontrar, burgueses liberales.

Vi una puerta con un rótulo que decía «Cultura». Recordé que el consejero era Ventura Gassol, y que le había conocido algunos años antes en Cuba. Entré a verle, en esa ocasión sin que mediara ninguna formalidad, y me lo encontré ante un escritorio con tarima en una sala con dos ventanas y el suelo de parqué.

Estuvimos charlando, interrumpidos de vez en cuando por las llamadas de teléfono y por el ir y venir de la gente que acudía a resolver distintos asuntos. Le prestaba una atención distante y cortés a todo el mundo. Se iba a Ginebra. Conservo una cálida impresión de aquella sala reluciente y oscura y, cuando me marché, recordando su actitud, me dije: «A veces no está tan mal ir a hacerle una visita a la burguesía».

Gassol siempre estaba dispuesto a ayudar a sus amigos.

Bajo ese techo abovedado, le pregunté posteriormente a un anarquista con la cabeza ovalada:

—¿Por qué pusisteis a Joan P. Fàbregas como consejero de Economía?

—Pues porque es un buen economista.

—Lo sé. Pero no es un revolucionario.

—Ya, pero no está aquí para hacer lo que le dé la gana. Ya estamos nosotros para explotar su talento. Si intentara saltarse nuestro control, saldría de aquí con la misma celeridad con la que ha entrado.

La Generalitat tenía otras oficinas frente al mar, junto al monumento a Colón, y algunas en los barrios residenciales. En una de esas estaba la Consejería de Propaganda y ahí nos mandaron —desde noviembre hasta que Moscú sacó al partido del Gobierno— a Max Petel, a Paradell y a mí, como representantes del POUM. Era un gran edificio de

apartamentos, claro y luminoso, aunque con una calefacción pésima.

Naturalmente, era la mina de oro de los periodistas internacionales. Me bastó algún tiempo en ese lugar para empezar a tenerles en muy poca consideración y para que la mayoría de ellos me inspirara un profundo disgusto.

El periodista medio que venía a Cataluña a informar de lo que aquí ocurría no tenía convicciones particulares acerca de la revolución ni la guerra, y no le importaba lo más mínimo que se le notara. En unos tiempos en que para nosotros todo era a vida o muerte, o blanco o negro, eso nos hacía experimentar una extraña y desagradable sensación de incomodidad e incertidumbre. Todos aparentaban estar de vuelta de todo y comentaban que esa guerra hubiera sido pan comido para ellos.

Un joven larguirucho con un bigote encrespado me comentó:

—No alcanzo a entender por qué hay tantos partidos políticos metidos en el negocio de la propaganda. ¡Vamos! ¡Me dan el cargo a mí y les vendo Cataluña por unas 400 libras al mes!

También estaban los periodistas que querían «ver el frente».

Al principio no había ningún problema en coger un coche y llevarlos a alguna de las posiciones. No se estaba librando una guerra en el verdadero sentido de término y, tomando las precauciones pertinentes, no se corrían grandes riesgos. Posteriormente, las cosas cambiaron e intentábamos disuadir a todo el mundo. Pero los periodistas siempre acababan yendo y, a menudo, resultaban heridos.

Recuerdo a tres reporteros de un periódico francés que insistieron en que les dieran un coche para poder acercarse al frente. Solo regresó vivo uno de ellos.

Cada día venía como mínimo un periodista inglés a entrevistar a Miravitlles, el consejero de Propaganda. El reportero del *Manchester Guardian*, que vivía a dos o tres mundos de distancia de la tensión que nosotros experimentábamos entre la excitación y el alivio, me dijo de Miravitlles:

—¡Qué persona tan encantadora! Me atrevería a afirmar que no conozco a nadie capaz de perder el tiempo de una forma más deliciosa que Miravitlles.

En eso estaba completamente equivocado. Miravitlles jamás perdía el tiempo. No paraba nunca de trabajar, aunque siempre daba la sensación de que no estaba haciendo nada.

Era un hombre joven, pulcro y de tez morena, que estaba ganando peso. Había sido secretario del Comité de Milicias Antifascistas mientras existió. Le recuerdo sentado ante su escritorio, sonriendo con las manos cruzadas sobre su creciente barriguita. Su sonrisa era de una gran placidez. Justo entonces sonaba el teléfono. Riquener, alto, con aspecto de que acababan de darle un premio de algo, cruzaba el pulimentado parqué y anunciaba:

—París al teléfono.

Jaume Miravitlles mostraba abiertamente las palmas de ambas manos.

—Callaos, silencio todo el mundo. ¡París!

Iba de puntillas hasta el gramófono y colocaba la aguja justo a la mitad de una canción de Josephine Baker, como si ya estuviera sonando, como si en el gramófono sonaran siempre despreocupadamente esas alegres ligerezas parisinas.

Partir sur un bateau, tout blanc
Vers de nouveaux océans...[1]

Mantenía el teléfono pegado al disco durante un ratito, solo para cerciorarse de que lo hubieran oído y luego levantaba el auricular, le sonreía como si le estuvieran viendo y entonaba airoso el saludo:

—¡Aló! Soy Miravitlles.

Y lo subrayaba con una inflexión dichosa y cantarina, como si estuviera convencido de que era una delicia serlo.

Siempre estaba alegre, tenía maneras diplomáticas y la disposición de hacer realidad lo que uno deseaba, antes incluso de que se lo pidieras. Le gustaba juguetear con una cintita roja, como un niño grande.

Trabajar en la Consejería de Propaganda era lo más formal que yo había hecho hasta el momento, y eso me incomodaba. Recuerdo el primer día. Fui tal cual, con mis alpargatas de esparto y todo eso, con algunos papeles metidos en una carpeta de piel. El cajero, que era un liberal con cara de bloque de hielo, me miró raro. Me pregunté por qué. Esa noche, uno de los oficiales me llamó aparte y con cortesía, aunque con un resabio de desaprobación, me dijo:

—Me... me temo que no podrá trabajar aquí vestida así.

—Así, ¿cómo?

—Con el uniforme de miliciana. Y esas alpargatas. Es que, ¿sabe? Aquí recibimos constantemente a extranjeros y...

—¿Y tenemos que parecernos a ellos? ¿A pesar de que somos mejores? ¿A pesar de que ellos no han encontrado

[1] «Partir en un barco, todo blanco. Hacia nuevos océanos…». En francés en el original.

nada ni la mitad de cómodo, práctico y limpio que esto? Muy bien.

Benjamin Péret, el famoso poeta francés, tampoco se quitaba el uniforme y sorprendía a los jefes de las comisiones con sus encantadoras maneras. Un día vino a ver a Miravitlles, que estaba impresionado ante la perspectiva de conocerle.

Miravitlles estaba sentado en su escritorio, inclinado sobre algunos papeles. Péret asomó su cabeza pálida y puntiaguda por la puerta. Miravitlles levantó la vista pero, cuando vio a un obrero de mediana edad en uniforme y con la cabeza calva, volvió a concentrarse en los papeles y siguió con lo que estaba haciendo.

—Se había levantado una tablilla del parqué —me explicó él luego— y habíamos llamado para que vinieran a repararla. Pensé que debía de ser el operario. Le pedí que pasara y me pregunté por qué se quedaba ahí de pie, indeciso. Cuanto más se cohibía él, más me irritaba yo. «¿Qué quieres?», le pregunté finalmente. Me dirigió un leve y tímido gesto con la cabeza. «Soy Benjamin Péret», dijo. La sorpresa me dejó sin respiración —Miravitlles se rio y se atusó el pelo oscuro y liso.

—¿Y qué le pareció? —le pregunté.

—¡Oh, encantador! Es muy agradable. Casi tímido. Después de haber leído sus libros, me preguntaba con cierta inquietud cómo sería. Me lo imaginaba presentándose aquí con la cabeza de un arzobispo sangrante debajo de un brazo y no sé qué debajo del otro. Y luego, cuando le conoces, resulta que es una mezcla de niño y pájaro.

Era difícil recordar que en la Generalitat había que dirigirse a todos con un «usted». Una vez entré corriendo en la oficina de Català —un hombre bajo y recio con el pelo

cuidadosamente dispuesto en mechones sobre la cabeza calva— y le llamé imprudentemente «camarada» por costumbre, a nuestra manera cálida e informal.

—¿Señora? —inquirió. Su cortesía era glacial.

En la sala donde trabajábamos a diario en la redacción del boletín de propaganda, solo había representantes de los otros partidos obreros, y conservábamos el trato de igualdad al que estábamos acostumbrados. Solíamos pasar un buen rato repasando la prensa, leyendo y comentando los periódicos extranjeros que, por aquel entonces, no circulaban libremente por España. A veces, escribíamos pies para las fotografías de las atrocidades fascistas, o para imágenes de criaturas muertas durante el bombardeo de Madrid. Una anciana periodista que vino a entrevistarnos las vio y se le saltaron las lágrimas. Se cubrió el rostro con sus manos.

—¡Oh! ¿Cómo son capaces? ¿Cómo son capaces de publicar fotografías de esos niños muertos? ¡Es espantoso!

Se le habían escapado algunos mechones canos de la gorra. Nos miraba a través de sus dedos huesudos.

—¡Brutos! ¿Cómo pueden ser tan brutos? Piensen en todas las mujeres que sufrirán al verlos y pensarán en sus hijos.

—Eso sería lo mejor que podría ocurrir.

—¡Oh! —exclamó, realmente enfurecida—. ¿Cómo pueden hablar así? ¿No comprenden que estas son el tipo de cosas que habría que mantener ocultas por decencia?

—Sí, mientras el *Daily Mail* sigue hablando de la «valiente guardia antirroja» que sirve a su país (porque imagino que incluso el lector inglés se inclina ligeramente por

los «valientes fascistas»). Supongo que somos nosotros los que tenemos que decidir si mantenemos lo que hacen decentemente oculto.

ଔ

Por supuesto, la prensa inglesa a la que mandábamos las fotografías no las publicaba, como deferencia sentimental hacia el gran número de personas remilgadas que preferían ahorrárselas a sus conciencias. Solo de vez en cuando aparecía alguna —por lo que un sector de los lectores ponía el grito en el cielo—, y únicamente las más románticas, con nubes de cabello cubriendo la sangre y el rostro intacto y echado hacia atrás y hacia arriba, con una súplica oscura en los ojos y en la boca. Recuerdo las demás, las que no se veían nunca, con expresiones más atónitas y espantosas en esas caras jóvenes manchadas, algunas con las cuencas de los ojos vacías, y las fotografías de la gente tumbada, incómoda y ociosa, en el suelo de los refugios, o en sus camas, con sus perfiles huesudos dibujándose en las sábanas.

No nos quedamos mucho tiempo en la Generalitat. Las cosas avanzaron rápidamente hacia otro tipo de solución, y el elemento demócrata burgués cobraba cada día más fuerza. Sacaron a Nin de la Consejería de Justicia, donde él había creado los tribunales revolucionarios y nombrado a la primera mujer jueza de su distrito. No se había producido ningún crimen durante su mandato. Es interesante señalar que, durante los primeros tiempos de la revolución, los delitos comunes como los robos, atracos e incluso los clásicos navajazos por celos desaparecieron totalmente.

Durante los días en que la crisis se avecinaba, veíamos cada noche a Nin en la redacción del periódico.

—¿Conseguirán echarnos? —le preguntábamos invariablemente.

Nin sacudía la cabeza.

—No lo creo. Companys ha dicho hoy que si el POUM sale del Gobierno, él dimite.

Desde que estaba en la Generalitat, se mostraba siempre muy optimista, tal vez incluso demasiado diplomático.

—Ahora se trata de aguantar —dijo—. Si conseguimos aguantar un par o tres de días, podremos superarlo. Esto tiene que acabarse.

Era como una herida que supuraba constantemente. Sanaba a los tres días, pero luego entraba de nuevo en un largo estadio comatoso de fermentación subcutánea, y después el problema volvía a agudizarse.

Al final, nos echaron gracias a las presiones directas que ejerció Moscú. Para entonces, la calle estaba preparada para una militarización que, además, se realizaría sin ningún control político. Dada la tibieza y la dispersión que habíamos demostrado en la lucha por el poder político, el ejército regular se habría convertido en un hecho de todos modos. Se repartieron de nuevo las carteras ministeriales. A los anarquistas les tocaron un buen puñado, y los estalinistas entraron a formar parte del Gobierno, con la débil excusa de que estaban representando a la UGT. Entre otras cosas, se quedaron con la Consejería de Servicios Públicos.

Justo el mismo día en que Comorera ocupó el cargo, hubo escasez de pan en Cataluña debido a la mala gestión.

XVI. EL CAMBIO DE ASPECTO

Los primeros taxis ya habían reaparecido cautelosamente desde hacía unas semanas. De pronto, la FAI parecía haber olvidado la ingenua ferocidad con la que había abolido este servicio al principio. Ahora estaban infantilmente orgullosos de su nueva creación. Empezaron a verse carteles en todas las paredes que mostraban los nuevos taxis, pintados con los colores de la CNT, depositados sobre una mano gigante y con la leyenda: «Nuestro trabajo». Al parecer, creían que los colores lo cambiaban todo.

Casi todos los hombres recuperaron la corbata. Los uniformes de las milicianas habían desaparecido prácticamente de las calles. Cada día se veía a más mujeres vestidas con elegancia en todas partes. Cuando una inglesa, que acababa de llegar a España, entró un día en nuestro local con una estola de dos zorros plateados sobre los hombros, McNair, el del ILP, que estaba en ese momento con nosotros, se vio en la obligación de decir:

—¿Sabes, querida? Me parece que no deberías pasearte por Barcelona con eso puesto.

A lo que la dama replicó airada:

—¡Ah, no se preocupe, por la calle he visto a varias mujeres que también llevaban pieles!

Todo el mundo había ido abandonando de manera gradual el uniforme de miliciano, porque se había convertido

en el uniforme del ejército regular que se estaba formando, y nosotros no habíamos ido a luchar en un ejército burgués. La mayoría de los miembros de la columna internacional, que habían tomado Estrecho Quinto y Monteagón en días que ya eran leyenda, volvieron a Barcelona a ocuparse de quehaceres políticos o a no hacer nada, porque no se les autorizaba a hacer gran cosa.

Una tarde de invierno, Calero entró en un café en penumbra. Llevaba la nueva gorra militar de invierno y estrellas que indicaban su graduación, y nos sentimos incómodos.

—Sí —comentó mientras estrechaba nuestras manos—. Piquer me ha dado un mando en el nuevo ejército.

—Ahora los oficiales reciben una paga distinta a la del resto de los hombres, ¿verdad?

—¡Oh! Ya sé que es contrarrevolucionario y esas cosas, pero ¿cómo puede uno resistir solo, cuando ellos han impuesto la militarización? Tenemos que luchar contra los fascistas como sea, y ahora hay que hacerlo de la única forma en que le dejan a uno.

No dijimos nada.

Se inclinó ante nosotros, en un gesto suplicante, con su sonrisa cálida y radiante, y una mano sobre el pecho izquierdo.

—Sabéis, porque lo sabéis, ¿no?, que pase lo que pase sigo teniendo en mi corazón una pequeña imagen de un mundo rojo iluminado por un intenso relámpago...

—¡Ay, Calero, el signo de la IV Internacional no se conserva oculto de este modo, en secreto junto al corazón de uno!

Se respiraba en el ambiente. Todos aquellos cuya ideología no era lo bastante sólida, cuya determinación no era

lo bastante incondicional, acabaron dejándose llevar por la corriente. Los regimientos que desfilaban por las calles marchaban en perfecta formación *un-dos*, *un-dos*, los brazos oscilando a ambos lados del tronco y cientos de pies golpeando el suelo en un único y atronador estampido. Empezaron a enarbolar automáticamente las banderas catalanas junto a las rojas y las negras; había menos mujeres entre los hombres que se iban al frente; y ya no había perros y gatos cerrando el desfile, ni colgando de algunas mochilas. Todo era como tenía que ser, y tal vez eso significase que teníamos más oportunidades de ganar la guerra, pero, mientras tanto, la oportunidad de ganar la revolución era cada vez más remota.

Cuando la gran ofensiva sobre Madrid, se escucharon las primeras señales de alarma sobre la conspiración del nacionalismo catalán. Esa conspiración pretendía dejar al resto de España a su suerte y preocuparse solo por la autonomía, sin tener en cuenta las responsabilidades en las que pudiera incurrirse fuera de las fronteras catalanas. Era un complot instigado por la burguesía, naturalmente.

En cuanto se hicieron públicos los primeros rumores, la FAI, que se había convertido en una especie de bestia durmiente, despertó y, al día siguiente, arrestaron a doscientos liberales. Se llevó todo con el mayor secretismo, desde el complot hasta el destino de los detenidos. Sin embargo, por lo que se filtró, supusimos que a unos los habían fusilado y los otros estaban en la cárcel. Todo el mundo se puso nervioso y la tensión aumentó.

Con el fin de hacer gala de una verdadera y espléndida adhesión a la causa revolucionaria, así como para mostrarse contrarios a todo eso, los obreros catalanes acudieron en gran número al centro del país para reforzar los frentes centrales. Se marcharon los mejores, algunos de ellos veteranos, y otros sin experiencia ni entrenamiento. Los regimientos de élite fueron lanzados a la batalla uno tras otro.

El mismo Durruti, la principal fuerza de los anarquistas en el norte, había bajado en persona, junto con su famosa columna. Murió al cabo de poco, le acertó la bala de un tirador con buena puntería. La bala entró por un costado y le llegó en un segundo al corazón.[1]

Era como ver a un dios o una estatua asesinados, porque él vivía ya inconscientemente en su leyenda. Los anarquistas hicieron cuanto pudieron para negar su mortalidad. Embalsamaron el cuerpo, y lo exhibieron, pero aun así podía verse el interior del sepulcro a través de una rendija y a su líder durmiendo al otro lado del cristal. Mientras desfilábamos, en el funeral, no podía evitar el pensamiento de que había algo muy español en el modo en que los vestigios de la religión se aferraban a la revolución, y algo cómicamente autóctono en la falta de sentido práctico de toda la ceremonia en sí. Cuando fuimos al cementerio, el hoyo que le habían cavado era demasiado pequeño para el ataúd y la luna del cristal demasiado ancha y tuvieron que ajustarlo todo de nuevo. Llovía a cántaros, los árboles nos chorreaban encima y el viento aullaba por entre los estandartes negros. La procesión tardó ocho horas en recorrer la distancia que separaba la ciudad del cementerio; éramos miles de personas. Le habían traído de vuelta del frente de Madrid para que los anarquistas pudieran ver su cuerpo herido y decidir qué traición le había matado. Les resultaba demasiado difícil admitir que le habían pegado un tiro como a un hombre corriente.[2]

El mismo funeral era sintomático de los tiempos que corrían. Estuve de pie, abrigada del viento por una inmensa bandera que parecía una vela roja, con John McNair,

---

1. Para una mayor comprensión de este episodio, puede consultarse *Durruti en el laberinto*, de Miquel Amorós (Virus Editorial, 2014).
2. Sobre la vida y muerte de Durruti, véase *El curt estiu de l'anarquia*, de Hans Magnus Enzensberger (Virus Editorial, 2014).

Breá, Tusso (un miembro de nuestro partido y jefe de la Comisión de Salud de Cataluña), Jordi Arquer y otros, y junto a nosotros se había formado una fila paralela. La gente que la integraba llevaba enormes coronas de flores rojas y amarillas, y sus banderas a rayas lamían tristemente el cielo gris.

En una pancarta plateada, pude leer: «ERC. A nuestro querido hermano, Durruti».

Solté una carcajada.

Arquer dijo:

—¡«Querido hermano», dicen! La izquierda republicana tiene suerte de estar en su funeral, y no en otra parte. De estar vivo, él mismo les hubiera respondido con una ametralladora.

Pero los tiempos se estaban decidiendo claramente por la reconciliación y las soluciones tibias. Algunos empezamos a sentir la persecución de los estalinistas, por ser demasiado intransigentes frente a la tibieza de las nuevas maneras. A Breá le detuvieron dos veces los estalinistas y su vida corría peligro. Nos costó muchísimo rescatarlo. McNair, que es un amigo excelente, un buen diplomático, pero no revolucionario, nos rogó con lágrimas en los ojos que no respondiéramos a las calumnias que nos lanzaban cada noche en la radio, que no denunciáramos sus tácticas en nuestra prensa. Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer, si el sentido de la revolución se escurría como la arena bajo nuestros pies cada vez que dábamos un paso hacia ellos? McNair y Brockway habían trabajado para una plataforma común con el Partido Comunista de Inglaterra, pero en el terreno de la realidad las cosas no podían ser sino distintas.

La presión que se estaba ejerciendo sobre Madrid, y el hecho de que mandáramos tantas tropas al frente, nos hizo sentir la guerra con mayor intensidad que nunca. La

Generalitat montó una oficina de tareas voluntarias, y las personas que no podían abandonar sus empleos de forma permanente acudían a ella a ofrecer sus servicios, trabajando un día cada semana. Ese día se los llevaban en camionetas a las afueras de la ciudad y los ponían a cavar fortificaciones. También se hicieron preparativos desde el interior de la ciudad, que cambiaron el aspecto de Barcelona en pocas jornadas.

Tuvimos nuestra primera experiencia de bombardeo a la salida de un mitin del grupo bolchevique-leninista. Algunos días antes, habían aparecido en las paredes de los edificios y dentro de los cafés unos carteles enormes firmados por Sandino[3] —el técnico militar que, sin pertenecer a partido alguno, estaba en el Gobierno catalán—, en los que se daban una serie de instrucciones en caso de ofensiva aérea. Un bonito párrafo introductorio solicitaba con maneras amables que todo el mundo mantuviera la calma y analizaba cuantitativamente el peligro que podíamos correr: una bomba de tantos kilos solo puede destrozar un área de tanto por tanto; un espacio que, por la superficie de Barcelona, se multiplicaba tantos metros cuadrados, y hacían falta tantos cientos de bombas arrojadas simultáneamente para destruir toda la ciudad, por lo que no había motivo para alarmarse, etc. Después, seguían unas precisas y sucintas instrucciones, en español y en catalán.

[3] Felipe Díaz Sandino (Barcelona, 1891 – Colombia, 1960) fue un militar y aviador español que luchó durante la Guerra Civil española en el bando republicano. Puso la aviación al servicio de la Generalitat de Cataluña, atacando las posiciones de los militares sublevados y contribuyendo a su derrota. Por este motivo fue ascendido a teniente coronel y nombrado consejero de Defensa de la Generalitat. Sandino pretendió militarizar las milicias en Cataluña y en el frente de Aragón, encontrándose con la oposición de los sectores anarquistas. Finalmente, logró forzar la disolución del Comité de Milicias Antifascistas.

Poco después, todos los tenderos se pasaron una tarde en la calle, en las aceras de sus tiendas, desenvolviendo largos rollos de papeles de colores como serpientes enroscadas y cortándolos con formas diversas para pegarlos a los escaparates. Era para evitar que se cayeran los cristales si se rompían. Algunos recortes de papel tenían formas muy bonitas y las oscuras calles invernales estaban iluminadas, como en primavera, por esos perpetuos enrejados que recordaban a parras, rosales y casas de campo.

Junto a los papeles de los escaparates, aparecieron también grandes letreros pintados que informaban: «Refugio», y manos señalando hacia sótanos cercanos. Colgaron pequeñas linternas, cuyo resplandor quedaba oculto y señalaba hacia el suelo, para iluminarlos cuando hubiera que apagar las farolas de las calles.

Sentirse encerrado en una ciudad producía una sensación indescriptiblemente extraña, al ver surgir en los muros los signos que anunciaban un ataque inminente. Era distinto en el frente, donde uno se daba de bruces con el combate.

Una noche fuimos al cine, aprovechando el rato que nos quedaba entre que terminábamos el trabajo a las ocho y empezábamos con el periódico a las once. Nadie tenía la menor idea de que iba a haber un simulacro. Había mucho personal vestido cómodamente, a la moda de antes, que empezaba a perder el miedo a hacerse notar, y jóvenes con pinta de *señoritos*[4] con el pelo engominado, traje de calle y las manos largas y suaves, y también muchos obreros. De pronto, la película se interrumpió, la pantalla oscureció y apareció un cartelito: «Se ruega que mantengan la calma y sigan a los acomodadores hasta los sótanos. La película ha sido interrumpida por causas de fuerza mayor».

4. En castellano en el original.

Se apagaron las luces y surgieron algunas linternas.

Nadie pensó que podía tratarse de un simulacro, de modo que el anuncio solo podía significar una cosa. Tardamos algunos segundos en comprenderlo. Y luego empezó la excitación.

Me inquietaba la reacción que una multitud de sangre latina pudiera tener ante una situación como esa, imprevista, en la que no existía la posibilidad de acción inmediata y enérgica, eso que tan bien se les da, sino la necesidad de mantener el orden, guardar la calma y ser pacientes. Me sorprendieron gratamente. Casi todo el mundo siguió a los acomodadores sin empujones ni avalanchas, nadie gritó, y solo algunas mujeres acicaladas y remilgadas lloraban con amargura, encogidas entre los brazos de sus hombres, aunque eso no les impidió seguir las instrucciones que se les daban. La mayoría de los trabajadores las miraban con sorna. Nosotros y algunos más decidimos salir a la calle para enterarnos de lo que estaba ocurriendo.

Estaba todo sumido en una oscuridad amedrentadora y tropezábamos con los adoquines irregulares. De vez en cuando, unas luces como piedras preciosas de un azul intenso ardían en la oscuridad. Los letreros de los refugios estaban muy mal iluminados y un silbido curioso y extraño llenaba el aire. Al principio, no supe qué era. Pero, cuando llegamos a las Ramblas, vimos a los coches del Gobierno dando vueltas despacio, con las luces cortas de los faros desprendiendo un resplandor anaranjado que se iba convirtiendo en un púrpura casi negro, a la vez que las sirenas que llevaban acopladas a los vehículos soltaban un aullido sobrecogedor. Un hombre llevaba un puro encendido y, en la oscuridad, parecía una antorcha ardiendo. Vi que un guardia de asalto se le aproximaba y se lo quitaba de un manotazo que provocó una lluvia de chispas y ceniza.

En las esquinas, los milicianos se mantenían en grupos ordenados e iban conduciendo a la gente al interior de los

refugios sin que se formaran alborotos. Hubo carreras y correrías, pero no grandes muestras de miedo. Caminamos con la vista puesta en lo alto, en el cielo nocturno. Sobre su superficie se proyectaban amplios haces de luz que iluminaban las nubes y la insondable profundidad que había tras ellas, y luego se escurrían en otra dirección. A veces, surgían de todas partes y los haces se cruzaban sobre nuestras cabezas en una bóveda de espadas. Hasta que no volvieron a encender las luces, al cabo de una media hora, no nos enteramos de que había sido un simulacro. La prensa del día siguiente se mostró muy contrariada. La gente no se lo tomó lo bastante en serio como para asustarse, explicaron, y habían demostrado que les gustaba más quedarse de pie en las calles para ver cómo era un bombardeo que apresurarse a encontrar un refugio. Eso dificultaba enormemente la tarea de las autoridades. Nos pegaron una buena tunda. Poco después, cuando se avistaron realmente dos aviones fascistas, lo repetimos todo de nuevo, solo que, en esa ocasión, como todo el mundo creía que era otro simulacro, fueron más dóciles y perdieron la curiosidad.

Al cabo de un tiempo, los fascistas emprendieron una tentativa de ofensiva con la que, obviamente, no podían pretender más que desestabilizar la complacencia que los catalanes mostraban respecto de su propia seguridad. Estábamos cenando en un café cuando, de pronto, oímos el inconfundible estallido de los cañones. Era un sonido muy raro en esa habitación tan silenciosa y elegante, y las paredes nos remitían su eco. Pagamos y salimos de allí al instante.

En la calle, nos topamos con repetidos ejemplos de cómo la muchedumbre revolucionaria se había puesto en acción. Me sorprendió la rapidez y la eficiencia con que la FAI puso a sus hombres en marcha, a pesar de la laxitud de una organización que solía citarse como desventaja respecto de un ejército disciplinado en el campo de batalla. Todos los altavoces de la ciudad rugían instrucciones: «Coged

las armas y subíos a los camiones que van hacia la costa. No esperéis más órdenes. Salid en cuanto se haya llenado el camión».

Había un montón de gente congregada en las Ramblas, bajo los árboles. Diez minutos después de la primera alarma, los camiones pasaban raudos a ambos lados de la avenida central, cargados de hombres que iban de pie, apretujados unos contra otros, con sus abrigos de paño, y los fusiles por encima mostrando el perfil sobre sus hombros. Iban saludando, agitando frenéticamente los puños, y su masa oscura traqueteaba y se balanceaba.

¡FAI! ¡FAI! ¡CNT!

Les despedimos gritando a todo pulmón.

Corrimos hacia el local de nuestro partido. Nosotros éramos más disciplinados que ellos, y no utilizábamos las acciones espontáneas de la misma manera. En el local, tardaron un rato en conseguir un camión y, esperando a que dieran instrucciones y escribieran las órdenes, al final no me mandaron a mí. Los pueblos y ciudades de la costa eran casi todos del POUM, y las fuerzas locales se habrían movilizado rápidamente en esa zona, por lo que no parecía necesario enviar a tanta gente desde Barcelona, a menos que tuviéramos noticias de que la ofensiva era grave. Los mandos estaban constantemente hablando por radio con las delegaciones locales, enterándose de lo que pasaba y diciendo lo que había que hacer.

Estuve mucho rato sentada en un banco de las Ramblas, bajo los árboles. Los que no se habían marchado en los camiones paseaban arriba y abajo y, en cierto modo, el sabor de tantas emociones sabía a vino nuevo y nos pusimos a hablar hasta por los codos y a contemplar, incansables, el ir y venir de los coches. De vez en cuando, pasaban las patrullas y nos dispersaban con órdenes de que nos

fuéramos a casa y despejáramos las calles, pero los grupillos se iban congregando de nuevo tras su paso.

Al final, fuimos al comité ejecutivo y escuchamos los mensajes que habían llegado. No, no había habido grandes daños en la costa. No, nadie había intentado tomar tierra desde los navíos. Sí, todo el mundo se había puesto manos a la obra con las fortificaciones y podían estar satisfechos de lo conseguido. Al cabo de un rato, nos pareció que no había mucho que ver u oír y nos fuimos a dormir.

Ese fue el principio. Después de eso, el navío Canarias y otros se dejaban caer de vez en cuando con unos cuantos cañonazos estruendosos, que hacían que la guardia fuera corriendo hacia las defensas costeras. Al final, nos acostumbramos. A fin de cuentas no parecían muy peligrosos, no más que los ecos del rugido de la guerra escuchados desde un lugar muy lejano a la escena de la acción. No obstante, demostraban que el cerco se estaba estrechando.

Tras aquel día no hubo más luces en las calles nocturnas, solo las bombillas azules que apenas permitían distinguir por dónde andaba una. Pero la vida en los cafés prosiguió, al amparo de las ventanas tapadas con papeles, lo mismo que en los teatros y los cines.

En España, habrían podido aprovecharse mucho mejor el cine y las obras de teatro como medio de propaganda. Recuerdo que una vez se me acercaron unos americanos afligidos y me dijeron:

—Tú que conoces a algunos de los representantes anarquistas en la Generalitat. ¿No crees que deberías tener unas palabras con ellos acerca de la película que están proyectando en esa sala?

—¿Qué película? —pregunté.

—Pues una estupidez sobre unos juegos universitarios, pero todo tan fascistoide que el Partido Socialista de Estados Unidos está intentando que la prohíban en sus cines.

Fui a ver algunas de esas películas para tener una opinión. En general, la reacción del público era muy sana. Se reían a mandíbula batiente y hacían bromas sarcásticas cuando se les presentaba algún pasaje cargado de filosofía burguesa. Eso me tranquilizó considerablemente, pero me quedé con la sensación de que se estaba desperdiciando un medio.

Estuve charlando con un cámara inglés que apareció por allí.

—En general, las películas del frente no son malas —dijo—. Dan una idea de lo que está ocurriendo, o como mínimo es lo que puedes esperar de una filmación que se hace a riesgo de perder la vida cuando se está en plena batalla. Y el ambiente y esas cosas están bien captados. El único problema está en que se quedan ahí. Los fascistas hacen lo mismo y consiguen mejores resultados. Ellos machacan más con sus victorias.

—No creo que haya que hacer más comentarios, si a eso te refieres —le dije—. Claro que hay que explicar las cosas, pero serían preferibles unos subtítulos, a condición de que fueran simples y sobrios, porque no te alejan tanto de la realidad como lo hace una voz.

—No quería decir eso —replicó. Era un hombre alto, de cabellos grises, con un curioso tartamudeo—. Yo considero que debería bastar con las imágenes, si se pueden combinar desde la perspectiva del interés humano. Por ejemplo, el otro día vi a unos chicos que parecían ir solos, con las manos cruzadas y de pie, contemplando las ruinas de lo que había sido su casa, estaban allí, mirando, y naturalmente sus padres ya no iban a volver de ninguna parte. Si pudiéramos captar cosas como esa, para que la gente comprendiera, para que se dieran cuenta…

Fuimos a ver otras dos películas hechas por los anarquistas y descubrí que eran como él había dicho. Lo

curioso, mientras las mirábamos, era la sensación de que, al ser invierno, la guerra se había hecho mucho más devastadora y nosotros más vulnerables. La visión de la hierba y las hojas revoloteando bajo los cañones de nuestras escopetas nos devolvió el aroma de los primeros momentos, cuando subíamos por la montaña hacia la línea de fuego, con las alpargatas llenas de espinas. Parecía que habían pasado tantas cosas desde que ese paisaje que veíamos en la pantalla era real y palpitaba. Parecía demasiado lejano.

Fuimos al teatro. La interpretación española es muy pobre y su idea de la producción teatral, primitiva. El mayor esfuerzo revolucionario que habían hecho era poner en escena el *Danton* de Romain Rolland, adaptada y traducida por nuestro Gorkin —que es un hombre encantador e inteligente a la vez— y muy bien representada. Pero el espíritu de la obra nos sacó de quicio y salimos enfadados de que hubieran producido esa patochada justo en esos momentos. Necesitábamos que la gente creyera en sus fuerzas y ¡nos daba por representar una obra en la que se veía como las masas desertaban de su líder, cuando este estaba en peligro, a cambio de un mendrugo! Nos quedamos de pie bajo las columnas del pórtico; delante de nosotros se agitaba un cartel bajo la lluvia: un pie con una alpargata de esparto catalana que aplastaba una esvástica con un brío descuidado e incuestionable.

También fuimos a algunas salas de baile, a ver qué tal estaba el ambiente allí. Siempre atestadas, estaban llenas hasta la bandera de milicianos de permiso y sorprendentemente animadas. La gente se sumaba a la diversión con el entusiasmo de los niños, cantaban canciones a coro y saltaban con acrobáticos pasos de baile. De pronto, aparecieron en el escenario unos cantantes aragoneses con sus trajes típicos —pantalones cortos y medias debajo de una túnica oscura, y un pañuelo cachirulo en la cabeza— y se hizo un silencio profundo y sobrecogedor entre las

hileras de espectadores. Avanzaron hacia la parte frontal del escenario, también había algunas mujeres vestidas con chales sobrios y circulares, y faldas con muchas enaguas, y empezaron a cantar, y sus voces extrañamente agudas soltaban las notas que reverberaban en la sala en largas y lentas parábolas. Parecía que a cada una de ellas se le hubiera asignado un objetivo claro, y caían sobre nosotros en un descenso perfecto y bien madurado. La mezcla de voces, cada una un semitono más baja que la anterior y manteniendo siempre la misma inflexión, trazaba unas formas geométricas preciosas en el aire. El estremecimiento del público me impresionó casi tanto como sus voces, y estuvimos mucho rato sentados escuchando, sin decir nada. Me sentía ahíta de un placer tenso y emocionado. Luego se pusieron a bailar, y el embeleso adquirió una clave algo más delicada, pero no se rompió. Sus piernas blancas se movían arriba y abajo de sus cuerpos quietos y los pies seguían un compás irrebatible en el que cada línea era inesperada y, sin embargo, inevitable.

Me pareció que ese arte aragonés era grave y bello a la vez.

Había otro elemento importante que considerar en cuanto a las diversiones: las corridas de toros. Muchos matadores se habían situado en el bando antifascista, y bastantes incluso se habían alistado a las milicias e ido al frente. Las corridas seguían celebrándose en domingo, y se socializaban las ganancias. Los anarquistas y los comunistas compartían los asientos de honor en la plaza. Acudía mucho público, y los espectadores se mostraban igual de críticos y entusiastas que siempre.

Sin embargo, también existía cierta oposición.

Un chico catalán, muy rubio y de ojos azul celeste, me dijo un día mientras yo estaba leyendo el cartel que anunciaba la aparición de El Niño de la Estrella en Barcelona:

—Esta es una de las cosas con las que la revolución triunfante tendrá que acabar.

—¿Con las corridas de toros?

—Sí. Esto y la lotería —afirmó sacudiendo la cabeza con mucho comedimiento—. Tú eres una internacional y tal vez no lo sepas. Pero esas dos cosas son la maldición de España.

Me enseñó varios periódicos de un quiosco junto al que pasamos que habían emprendido campañas en contra de estas dos actividades.

—¿Lo ves? No es una moda pasajera. Los revolucionarios serios piensan lo mismo que yo. Estas cosas forman parte del atraso español.

—¿Queréis abolirlas? Pues, por lo que veo, eso va a ser largo y duro. Además —le dije esbozando una ligera sonrisa—, siempre queda un mañana. ¿No, Mariana? —Echó la cabeza para atrás y soltó una carcajada, con una exuberancia súbitamente juvenil.

—¡Ay, eso! «Mañana», esa también es una maldición española, quizá peor incluso que los toros y la lotería…

Esa era una palabra que preocupaba a los internacionales hasta el punto de volverles locos.

—En este país todo está gobernado por esa palabra horrorosa —me había comentado, en una ocasión, un camarada alemán con un gruñido—. Si en Alemania se utilizara en circunstancias parecidas, aunque fuera una sola vez, se formaría un auténtico caos. ¡Qué suerte que el enemigo también sea español, incluso más español de lo que somos nosotros!

XVII. EL REGRESO

PASADO EL MES DE ENERO, poco o nada nos retenía en Barcelona. Las milicias se habían disuelto con el advenimiento de la militarización. Por nuestra parte, la Generalitat estaba acabada. Quedaba una guerra que ganar, es cierto, pero a nosotros lo que nos interesaba era la revolución. Parecían haberla congelado.

Nos entristeció mucho tener que despedirnos. Molins, un tipo agradable por su entusiasmo, y Gorkin —los jefes de prensa— hicieron cuanto pudieron para convencernos de que nos quedáramos. Habíamos trabajado juntos con tanto ahínco y tantas esperanzas… También nos apenaba tener que separarnos de muchos otros.

La última noche fuimos al monte, cerca de Barcelona, a una casa donde vivían algunos de los camaradas. Aquello estaba muy tranquilo, y muy poco edificado; las desérticas casas que otrora habían pertenecido a acaudaladas familias fascistas estaban distribuidas de forma muy espaciada. A veces se descubría a los fascistas acechando en los jardines, y cuando intentaban escapar, se oía un tiroteo en el valle. Pero los disparos sonaban tan desolados y lejanos en la oscuridad que casi parecían naturales, un eco propio del atardecer.

Esa última noche nos reunimos con toda la gente —consideraciones políticas aparte, por esa vez— con la que habíamos trabado amistad a lo largo de esos seis meses en España. Es decir, con los que seguían con vida, claro. Nos sentamos indolentemente unos junto a otros, en unas sillas muy amplias, adivinando los perfiles de los demás en

la penumbra de los primeros rayos de luna, que pugnaban por asomarse desde la hondonada del valle. Alguien recitó un poema con voz profunda y suave. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, vi a Serna apoyando toda su corpulencia en su bastón, con la mata de pelo como un cepillo espeso sobre la frente; y Lafargue, con su cabeza oronda y pálida, como un busto romano que hubiera abandonado su peana; McNair, con la nariz y el labio superior muy para adentro; Lou Lichfield, encendiendo pacientemente un cigarrillo con la punta de una mecha que iluminaba la parte inferior de su cara y esa boca que se parecía a la de Oscar Wilde. Lili, encantadora e inteligente, y a la que el esfuerzo de enseñar cada día a las mujeres españolas a ser libres y fuertes la estaba extenuando, estaba tumbada en el sofá.

—A veces, me da la sensación de que lo entienden —dijo—. Y, a veces, creo que… bueno, pues que no hay esperanza, que es como llenar un tanque con un dedal. Es tan poco lo que puede hacer una sola.

—Tengo la misma sensación cuando pienso en el trabajo que he estado haciendo aquí —dije—. Un granito de arena. Aunque lo mejor de todo es que, a fin de cuentas, sabemos que de algo tiene que valer ese esfuerzo de colectivización, que nos conduce a alguna parte, dado que la revolución no puede basarse en los desvelos de un solo hombre.

McNair había llegado después del resto. La casa estaba lejos, tuvo que ir en taxi y no hablaba español. Parecía medianoche cuando abrí la puerta en respuesta a su timbrazo.

Ahí estaba, en el umbral, abrazado al chófer por los hombros.

—Este es un tipo estupendo —aseguró—. Un verdadero amigo. Quiero que se lo digas, porque yo solo puedo hacerme entender con signos. Pero es que no sabía exactamente dónde iba, y no podía explicárselo, pero no me ha dejado tirado, y llevamos horas dando vueltas por ahí, a oscuras. De verdad que es un tipo estupendo.

Se lo traduje, y el conductor se rio y le palmeó la espalda a McNair.

Le pregunté si podría regresar a las cuatro.

—Eres nuestra única posibilidad de coger el primer tren de la mañana —le dije— y aquí no hay teléfono. No dejes que lo perdamos.

—¡Oh, no, no lo hará de ningún modo! —dijo McNair—. Si hasta se negó a marcharse y dejarme solo.

Tampoco nos falló a nosotros. Justo antes de las cuatro apareció, haciendo sonar la bocina hasta que salimos y nos montamos en el taxi.

Desde la revolución, casi todo el mundo era muy honrado en España. Lo único que al parecer les induce siempre al robo son los revólveres, y es perdonable, porque las armas van muy escasas y son muy preciadas. Llegaban puntuales a las citas, cosa que antes no solían hacer. Siempre dejé la puerta de mi habitación abierta, y algunas veces había monedas sobre la mesa, pero jamás me quitaron nada.

Un día, me había levantado muy temprano y me había ido sola a dar vueltas por las Ramblas, envuelta todavía en la niebla matutina. No había casi nadie. Había olvidado que tenía un agujero en el bolsillo y puse ahí algunas monedas mientras caminaba. El suelo estaba cubierto de hojas secas que aún no habían retirado y no escuché el tintineo que hicieron al caer. Alguien gritó a mi espalda:

—¡Eh, eh! ¡Espera un momento!

Había visto a un grupo de dos o tres milicianos deambulando sin rumbo, y pasé junto a ellos sin fijarme. Pensé que lo que querían era entablar conversación, pues tenían la costumbre de andar tras las primeras faldas que veían, y no les hice caso.

Me gritaron muchas veces más sin que yo me diera la vuelta siquiera. Luego, oí el ruido de sus alpargatas corriendo hacia mí. Me detuve y me di la vuelta.

Uno de los chicos, sin resuello y ruborizado, había llegado a mi altura.

—Por fin —dijo—. Se te ha caído esto. No parece que tuvieras mucha prisa por recuperarlo, ¿eh?

Me tendió unas monedas, algunas no eran precisamente calderilla. Pero no faltaba ninguna. A pesar de que la paga de los milicianos era muy escasa.

Los anarquistas y su campaña a favor de una vida sencilla, de la sobriedad natural, también estaban contribuyendo a ello.

Estaba oscuro y había mucha humedad cuando llegamos a la estación para coger el tren de mercancías de las cuatro y media de la mañana. Habíamos tomado un café de camino, en un tenderete en el que estaban acodados varios guardias republicanos, con las caras adormiladas y medio escondidas en los pliegues del abrigo y apoyados negligentemente en sus armas. En la estación, ancianas con un pañuelo anudado en la cabeza esperaban con paciencia guardando fila, con las cestas depositadas sobre el suelo de cemento junto a ellas, y la fruta de relucientes colores y las verduras asomándose bajo las luces mortecinas del vestíbulo.

El tren era un regional, y nos sentamos entre las mujeres que iban al mercado en un banco de tablas de madera, contemplando cómo los últimos perfiles de Barcelona

se difuminaban en la lejanía. Me asomé por la ventana al fresco y la oscuridad del amanecer. Miré hacia atrás. A pesar de todo, de todas nuestras conclusiones, el arrepentimiento apareció, amargo, en mi boca, y supe entonces que estábamos abandonando el lugar del mundo donde estaban ocurriendo las cosas.

Dormíamos a sobresaltos. El tren se paraba con una sacudida en cada uno de los pueblos que habíamos atravesado en el viaje de ida, el verano anterior, aunque ahora parecían distintos, con las paredes empapadas de lluvia y su alegre blancura descolorida y triste, y no pude dejar de pensar en lo difícil que iba a ser adaptarse de nuevo al mundo burgués. Todas las cosas que había dado por sentadas, o en las que no había reparado siquiera, me parecían de pronto entrañables, y me sentí avanzando a tientas hacia los días que se avecinaban como si hubiera olvidado la forma que tenía esa vida.

Llegamos de nuevo a Portbou. Salimos del tren con la mochila a la espalda, y nos quedamos de pie, esperando a que nos viera el aduanero vestido de rojo. Cuando llegamos al mostrador y depositamos en él nuestros paquetes, el hombre levantó la mirada hacia nosotros con una sonrisa que arrugó los largos y profundos surcos que cruzaban su cara como el pergamino y preguntó:

—De vuelta a casa, ¿verdad, camaradas? Bueno, pues que tengáis mucha suerte.

—Gracias —le dijimos.

—Habladles de nosotros a los de allá —dijo, y levantó lentamente el puño por encima del hombro. Le respondimos. Me sentí extrañamente conmovida al pensar que era la última vez que me saludaban los trabajadores que se habían convertido libremente en mis camaradas, y el momento pareció detenerse y retroceder sin fin, prolongado en el pasado que dejaba atrás.

Había una pequeña sala para llevar a cabo los cacheos. Pasamos de uno en uno a los compartimentos separados para hombres y mujeres, y nos registraron la ropa. Yo pensaba que sería un registro de trámite, y me había atado el revólver con un cinturón debajo del vestido, porque no quería desprenderme de él.

Me había equivocado. Entraron dos mujeres delgadas y enérgicas, vestidas de negro, y me cogieron de los brazos. Una de ellas dijo:

—Espero que me perdones, camarada. Tenemos que hacerlo. No es que no confiemos en ti, pero hay que hacerlo.

Me sentí de pronto muy avergonzada, y saqué el revólver.

—Toma. Supongo que es mejor que lo tengáis vosotros. Aunque desprenderme de él me duele lo mismo que si me arrancaran los dientes.

—Si te lo hubieran encontrado en Francia, te habrías metido en un buen problema.

—Supongo que sí.

Me sentí muy decaída. Me cachearon totalmente y registraron mi bolso. Lo leían todo, pero no podían ponerle peros a nada. Al final, me puse de nuevo el abrigo y una de ellas dijo:

—Voy a ir contigo a la sala de guardia y veremos qué se puede hacer con lo del revólver.

Cuando salíamos de la habitación, nos cruzamos con otra mujer, entrada en años. La examinadora la vio venir y al instante le estiró un rosario largo y negro que llevaba colgado del cuello.

—Pero ¿qué haces con eso? —gritó. Diríase que le parecía más divertido que ofensivo. La mujer murmuró algo y la muchacha se llevó el rosario a la sala de guardia, donde todos los hombres se reunieron a su alrededor, mientras ella lo agitaba y decía:

—¡Mirad lo que llevaba una!

Miraron, y cuando se dieron cuenta de que era una pobre anciana a la que habían pillado con un rosario, la mayoría de ellos se echaron a reír haciendo gala de su buen humor. Uno de ellos lo arrojó a un rincón y dijo con jocosidad informal:

—Enséñale algo más divertido que esto —gritó.

Me acordé de Grossi y de su historia del párroco de Leciñena.

Grossi, al que habíamos conocido en el frente de Aragón —escritor, capitán y minero—, era asturiano y cien por cien obrero. Todo ello le colocaba en las antípodas del trabajador intelectualizado que ha estado en Rusia y todo eso y, a pesar de su éxito como escritor, seguía siendo un trabajador sin trampa ni cartón. Con oírle reír bastaba para darse cuenta del tipo de hombre que era, de una pieza.

Habían tomado Leciñena algunos días antes, nos contó por aquel entonces, y todavía no habían podido ponerle la mano encima al párroco.

—¿Cómo se supone que teníamos que encontrarle —nos preguntó— si el mismo comité local lo mantenía oculto? Bueno, pues descubrimos que, al parecer, ese cura no era un mal tipo. Los únicos pecados que parecía haber cometido eran que su sobrino se le parecía demasiado y que le gustaba empinar el codo. No obstante, como ya sabéis, la fornicación no constituye un pecado entre nosotros

y, como no paraba de repetir que no era más que «un trabajador también, un humilde trabajador a las órdenes de Dios» y que, como todos los trabajadores, presentaba sus reivindicaciones, pues —contó finalmente Grossi— permitimos que ese pobre diablo se marchara y disfrutara de unas vacaciones ilimitadas.

Cuando entré en el puesto de guardia con la inspectora, nos encontramos a tres o cuatro camaradas formando un corro junto a la ventana por la que entraban los pálidos rayos del sol.

—Esta camarada lleva un revólver y le gustaría pasar con él a Francia.

—Me temo que eso no es posible, camarada —dijo uno de los hombres.

—¡Qué arma tan preciosa!

Lo era. Se levantaron para contemplarla y admirarla. Era un Colt 1936. Sentí que no podría soportar separarme de él.

—Te diré lo que podemos hacer. Puedes regalárselo a alguien, que es lo más parecido a quedárselo para una misma. Venga, piensa en alguien a quien le tengas cariño. Danos el nombre y procuraremos asegurarnos de que lo reciba. ¿O prefieres que te lo guardemos en la caja fuerte, etiquetado con tu nombre, para que puedas recuperarlo si vuelves?

—Tal vez no vuelva —dije—. Dádselo al camarada Fort de mi parte.

Pensé en cómo difería todo aquello de las aduanas al uso. Seguimos charlando, yo apoyada en el quicio de la puerta, conversando acerca de la revolución.

Luego llegó el tren y nos fuimos a Francia.

Ahí estaba Cerbère de nuevo, sucia y ajada como yo la recordaba, aunque en esa ocasión lloviznaba. Cuando los aduaneros nos hubieron despachado, nos refugiamos en un café y nos sorprendió lo caro que era todo. Todo era distinto. Todo era más triste. Nos levantamos, nos cargamos los paquetes a la espalda y salimos a deambular apesadumbradamente por la carretera serpenteante, bajo la lluvia.

Tal vez hubiera un atajo hasta la playa, para evitar recorrer toda la calle principal. Miré a mi alrededor por si había alguien a quien preguntarle.

Justo entonces apareció una figura corpulenta. Esperamos hasta que se aproximó y luego avanzamos hacia él. Llevaba un uniforme de oficial del ejército francés y parecía amable y rubicundo. Resollaba ligeramente. «Lleva el cinturón demasiado ajustado», pensé. Pero sentí una corriente de simpatía espontánea hacia él, encantada de tener por fin a alguien con quien hablar en ese páramo aciago de llovizna sombría y gotas brillantes.

—*Dis-donc, camarade* —le dije, cogiéndole del brazo con desenfado— *est-ce que tu peux me dire…*

Se sacudió airadamente mi brazo del suyo. La altura a la que, de pronto, se encumbró era alarmante.

—*Madame*, me temo que se confunde.

Suspiré. Lo había olvidado. Habíamos comenzado de nuevo.

Al día siguiente estábamos en París, y todo había terminado, hasta los últimos equívocos provocados por el olvido de que éramos damas y caballeros, y de que existían clases inferiores.

U.G.T.
HERALDO

XVIII. CONCLUSIÓN

El viaje se acabó, aunque no la situación en España, que precisa de algunos comentarios y análisis para poner punto final a este libro. Hay que extraer conclusiones de un calado más hondo que el de las impresiones personales y pasajeras. También hay que realizar una previsión acerca del futuro.

Por muchos motivos, la situación española tiene ciertas analogías con la rusa. El estallido de ambas revoluciones fue una gran sorpresa para la burguesía que, debido a su ignorancia de la dialéctica revolucionaria de la historia, estaba mirando para otro lado, siguiendo un rastro falso y esperando acontecimientos en cualquier parte, menos ahí. Jamás se mostraron sorprendidos por el atraso económico de Rusia o España y, según su concepción del mundo, el desarrollo político rara vez va más allá del desarrollo económico. Por consiguiente, la sorpresa ante el hecho de que un país económicamente atrasado hubiera conseguido, a pesar de todo, avanzar políticamente fue generalizada.

El diagnóstico capitalista era que el proletariado español se había precipitado hacia algo para lo que aún no estaba maduro. Esa falsa impresión y la sorpresa le dieron a la burguesía otra prueba desagradable de que los hechos contradecían su conveniente y acomodaticio principio de que «la naturaleza no procede a saltos y zancadas».

Surge de nuevo la misma perplejidad: «¡Oh, hay una revolución en Rusia cuando nosotros la esperábamos en

Alemania!»; «¡Oh, revolución en España, cuando creíamos que iba a ser en Francia!».

Naturalmente, la idea de que España estaba a salvo de una revolución proletaria era consecuencia de que aún no había pasado por una revolución burguesa. En España, el sistema feudal había gozado de un largo reinado, porque cuando estaba floreciendo la burguesía en el resto de Europa, la economía española estaba en su peor decadencia. Se había quedado sin la mayor parte de sus colonias y estaba perdiendo las pocas que le quedaban. La burguesía española había sido incapaz de convertirse en una clase revolucionaria antes de que el súbito surgimiento del imperialismo la condenara irrevocablemente como tal. Dado su retraso, la revolución burguesa nunca se fraguó y su máxima expresión fueron ciertas contradicciones en las que entraron con el feudalismo todavía existente.

Por ello, el proletariado siguió siendo la única clase revolucionaria. Había llegado a un grado determinado de madurez, y ya era imposible reconciliar sus intereses con los de otras clases. En su calidad de fuerza revolucionaria, estaba beneficiándose de las fricciones entre la burguesía y el feudalismo. La consecuencia inevitable de todo ello fue que las clases capitalistas empezaron a contemplar el feudalismo, no tanto como un enemigo al que tener en cuenta, sino como un aliado en la lucha contra un enemigo común: el proletariado.

Todo eso había ocurrido bajo una monarquía, y la escena estaba preparada para la República.

La República no fue más que un éxito electoral. Desmarcándose de la parafernalia más ostentosa del feudalismo, la burguesía codició el voto de los proletarios y los campesinos haciéndoles tres promesas. Estas eran relativas a la Iglesia, las tierras y el ejército; y la burguesía, pese a que maduró políticamente, las incumplió todas. Si todavía era necesario algo para demostrar la liquidación

completa de la burguesía como fuerza revolucionaria, su incapacidad para resolver estos problemas ofrecía una prueba definitiva y brillante.

Los problemas eran complicados. En primer lugar, la República descubrió que era incapaz de operar sin el clero que tan ardientemente había prometido eliminar. Quitar al clero de un plumazo significaba cerrar las escuelas. Prácticamente toda la enseñanza estaba en manos de órdenes religiosas, que se habían infiltrado convenientemente en la economía del país, y eran propietarias de un gran patrimonio y del mayor porcentaje de la red ferroviaria. Abolirlas hubiera implicado que la República tocara la propiedad privada; y España no era como Francia, donde la burguesía estaba lo bastante comprometida como para atacar la propiedad feudal sin perjudicar a la propiedad privada en general. Por eso, cualquier forma de propiedad privada, incluso la feudal, era tabú para la República española. No obstante, obligada a hacer algo para la galería, la República disolvió la orden de los jesuitas. Ese fue su límite con respecto a sus relaciones con el clero.

En cuanto al problema agrario, se tomaron aún menos medidas. La riqueza del país residía mayormente en sus campos, que es donde también estaban los trabajadores más pobres y más sometidos. Fueron ellos quienes más apoyaron a los republicanos en las elecciones, alentados por la promesa de la mejora de sus intolerables condiciones de vida. Sin embargo, en cuanto llegaron al poder y se aseguraron en sus cargos, los republicanos reflexionaron con detenimiento y decidieron que no tenía sentido enemistarse con los ricos del país, personificados en los terratenientes que, naturalmente, no tenían otro interés que mantener las cosas como estaban. España depende económicamente de la tierra, porque, excepto en Cataluña, la industria es escasa. Así, la única solución que ofreció la República fue el hoy tan ridiculizado Plan de Reforma

Agraria,[1] que nunca llegó a salir de los archivadores del Ministerio de Agricultura.

El ejército era el tema más espinoso de todos. Para comprender la historia de España, es necesario entender antes lo que significa su ejército, y el gran papel que ha jugado siempre en ella.

Cuando llegó el momento, la República no pudo ni tan siquiera intentar una intervención en el estamento militar. Para los españoles de buena familia, el ejército no era una entre la media docena de carreras respetables que seguir, como en otros países europeos. Era «la» carrera, la única carrera real, a menos que le llamara a uno la Iglesia, por lo que uno de cada seis hombres era militar. Habían dispuesto sucesivamente los destinos del país y su ruina. El sistema colonial español había sido el de los gobernadores generales militares que se enviaban a las colonias, expoliaban esos países en su propio beneficio, que no para provecho de España, y así fueron perdiendo de forma gradual todas las tierras que habían estado en su poder. Como había un general para cada colonia, cuando perdieron las colonias y regresaron a casa, tuvieron que darles una ciudad que gobernar a cada uno. El sistema fue creciendo y cada pequeño distrito tenía su general. Además, el ejército albergaba pretensiones políticas, y disponía siempre el gobierno del país según sus preferencias, con métodos como

[1] La reforma agraria ya había fracasado en 1932, durante el primer período de la Segunda República. Su forma definitiva fue la de ley de Protección al Latifundio. Al archivador volvieron los «decretos agrarios» de Largo Caballero en los que: 1) se prohibía a los propietarios de tierras que echaran a los campesinos que las arrendaban; 2) se aplicaba la jornada de ocho horas; 3) se obligaba a contratar a jornaleros del propio municipio para el trabajo de las tierras; 4) se obligaba a los propietarios a cultivar las tierras, bajo amenaza de confiscación, para evitar el boicot que los terratenientes podían hacer a la República dejando las tierras sin cultivar.

golpes de Estado, rebeliones, alzamientos militares y otras medidas de esa índole.

La élite de toda la jerarquía militar, en el sentido de su cuerpo más reaccionario, era la famosa Guardia Civil. A la hora de la verdad, la República puso todo su interés en no atacar a este cuerpo. También veló por mantener a Sanjurjo en la jefatura de la Guardia Civil, a pesar de lo que había hecho y de lo que representaba.

Cuando la República demostró tener pies de barro a este respecto, como en tantos otros, se produjo inevitablemente una reacción. El péndulo osciló y, en las elecciones siguientes, llegó al poder un grupo mucho más derechista, aunque seguían llevando la máscara democrática sobre los signos crecientes de su fascismo. De ahí a una declaración abierta no podía pasar mucho tiempo. La izquierda creció, incansable y consciente del peligro y, al fin, constituimos el Frente Popular para lograr la mayoría de los votos.

La victoria electoral del Frente Popular fue como una riada que rompió todas las compuertas. Y ahí es donde intervienen las peculiaridades españolas de la historia. Al ejército lo cogió por sorpresa y se sintió amenazado, por lo que decidió, una vez más, cambiar las cosas con una de sus habituales intervenciones. Eso fue el 19 de julio de 1936. Aunque, en aquella ocasión, el ejército no hizo bien sus cuentas. Hasta ese momento, estaban acostumbrados a tratar solo con la Corte o con ministros liberales, peones fáciles de derrocar y mover a voluntad, según las necesidades del juego. Pero el proletariado había entrado en liza y no se andaba con medias tintas.

Sus consecuencias, como hemos visto, fueron totalmente inesperadas para la burguesía.

Que «el proletariado español no estaba maduro para la revolución» es una de las muletillas más manidas, y los hay que incluso se atreven a decir que la revolución no hubiera tenido lugar si no la hubiera precipitado la

provocación fascista. No obstante, el hecho de que el fascismo fuese provocador no demuestra que el proletariado no estuviera maduro ni que careciera de conciencia de clase. Lo estaba y, para probarlo, señalaré que en Barcelona, Valencia y Madrid no fue el Gobierno legalmente constituido quién aplastó la sublevación fascista, sino el mismo pueblo.

Lo que pretende demostrarse con todo ello es la corrupción política que existe en algunos grupos que lideran el proletariado. Este libro ha enseñado la confusión política reinante entre los anarquistas, que desdeñaron el poder cuando cayó en sus manos, porque tomarlo iba contra sus principios. En cuanto a los afiliados a la III Internacional, el rol contrarrevolucionario que jugaron en España es de sobra conocido. Es consecuencia del nacionalismo ruso, que abordaré a continuación, por la función que Rusia desempeñó en la situación española y en sus desastrosos resultados. Hay que añadir la vieja tradición de la democracia disfrazada de sindicalismo o de reformismo político, y veréis por qué la revolución tuvo que esperar a una provocación fascista. Todos esos factores explican por qué hoy en día no están los trabajadores en el Gobierno, y la profunda y seria amenaza que dicha ausencia supone para la revolución.

Hay que abordar con detenimiento la actitud de Rusia acerca de la Revolución española y las razones que la motivaron. Están relacionadas con la situación internacional, pues una parte de los países se mostraban abiertamente interesados en el conflicto, mientras que otros lo consideraban una molestia considerable. Esas dos facciones, naturalmente, eran Roma y Berlín contra Francia e Inglaterra. Para Hitler y Mussolini, era una manera cómoda de poner los pies en España y ampliar su área de influencia, mientras que Francia e Inglaterra veían que podían arrastrarles a una guerra en la que ellos no tenían nada que ganar y absolutamente todo que perder.

Pero la postura rusa es muy distinta a estas dos anteriores.

Desde su posición centrista, el Gobierno soviético se coloca de manera natural fuera del curso de la revolución internacional. La URSS es incapaz de prever acontecimientos revolucionarios. Ya no está ni en contacto ni alineada con la revolución, y cualquier fenómeno revolucionario le pilla por sorpresa. Por eso, vemos que el Gobierno soviético da bandazos, con la esperanza de dar con la reacción correcta y oportuna. Y, como no pudo prever el acontecimiento revolucionario, no consigue entenderlo. Deambula de un lado a otro, sin rumbo.

Analicemos la primera actitud que sostuvo la Unión Soviética respecto a la Revolución española. Cuando el 19 de julio de 1936 tuvo lugar el alzamiento fascista y una marea revolucionaria respondió saliendo a la calle, la burocracia estalinista no había visto nada y no estaba preparada para hacer nada. Se refugió en la política prudente de un espectador de derechas. No actuó hasta que Italia y Alemania lo hubieron hecho, hasta el punto de que el triunfo fascista parecía inminente. Franco estaba ya a las puertas de Madrid cuando la URSS decidió cambiar de actitud. Despertaron al comprender el peligro real que una España fascista suponía para sus propios intereses. Una España fascista en un extremo de Francia, y Alemania e Italia, en el otro, podían significar una Francia fascista a corto plazo. Y, entonces, la Unión Soviética perdería su único aliado europeo.

Había llegado el momento de pasar a la acción. El Gobierno soviético decidió por fin entrar en el conflicto. Aunque, eso sí, lo haría bajo sus propios términos.

Los términos eran los de la política nacionalista de Stalin. Desde que se convirtiera en miembro de la «banda de los ladrones» en Ginebra, estaba comprometido con Francia y en pleno flirteo con Inglaterra. Ambos países estaban contra Franco, porque no tenían nada que ganar con una

España fascista. Dado que tampoco obtenían beneficio alguno del comunismo, la fórmula de la República democrática de España les parecía un intermedio afortunado, y esa fue la fórmula a la que se adhirió Stalin.

Mientras tanto, nosotros, en suelo español, habíamos olvidado todo lo relativo a la República democrática de España durante tres meses. Habíamos estado viviendo y haciendo la revolución, especialmente en Cataluña, el corazón industrial del país, donde los anarquistas están en mayoría y no esperan a ver qué hace Moscú. En el resto, francamente, la revolución también estalló. El Gobierno de Madrid era una coalición entre comunistas y pequeñoburgueses, pero nadie dudaba de que íbamos todos a una dictadura del proletariado.

Recuerdo bien cuando reaparecieron esas palabras: «República democrática de España». Regresaron con las primeras detonaciones de los fusiles rusos. Al principio, hubo sorpresa e indignación, pero al final la gente lo consintió, porque creyeron necesitar las armas. Entonces fue cuando todo se estropeó, con la divisa «ganemos la guerra y luego haremos la revolución».

Ahí es donde vemos de nuevo la vieja política de Stalin consistente en «engañar a la burguesía». Cuando este retiró abiertamente su apoyo a la clase obrera internacional y decidió basar su política en la diplomacia, lo que significaba unirse a la Liga de las Naciones, susurró artero al oído del proletariado: «Esto es engañar a los burgueses».

Hoy, tras pedirles a los trabajadores españoles que abandonaran la revolución y defendieran la República democrática de España, les susurra sin cesar el mismo consuelo.

Sin embargo, tanto la burguesía internacional como la española se muestran recelosas. Ansían la ayuda de Rusia, pero quieren saber exactamente cuáles son sus intenciones. Quieren garantías de su apoyo real a la República

democrática de España. Todos sabemos que el Estado tiene una única garantía, que es su ejército. Cuando la Unión Soviética se decidió a ayudar, las milicias sindicales eran una fuerza de combate, un cuerpo completamente revolucionario que no podía ofrecer garantías a una república capitalista.

El estalinismo se propuso cambiarlo.

Lejos de mi intención está sostener que las milicias eran perfectas o que no había que reformarlas: eran un ejército espontáneo del pueblo, y cometían todos los errores propios de dicha circunstancia. No había disciplina, reinaba un escaso control y una falta absoluta de cohesión. Cada partido tenía su pequeño ejército y hacía lo que le apetecía. La gente se iba y volvía de los permisos sin notificárselo a los responsables de los partidos, y los regimientos avanzaban de formas inesperadas. Recuerdo que, en la toma de Estrecho Quinto, en el frente de Aragón, a una columna de anarquistas les sentó mal que les pidieran su participación en un ataque preliminar que fracasó y, como se enfadaron, cogieron su cañón y se marcharon un poco más allá. Luego estaban aún más enojados, porque no habían estado presentes en la victoria.

A medida que pasaba el tiempo, crecía la urgencia de organizar un ejército. El enemigo tenía un ejército de verdad, y lo único que puede vencer a un ejército de verdad es otro ejército de verdad. Existen dos maneras de integrarlo: formando un ejército rojo o formando un ejército burgués.

En ese momento, era imposible formar un ejército rojo en España. La revolución no había avanzado lo suficiente como para constituir su propio Gobierno, al margen de elementos burgueses que, junto a su ejército, hubieran sido la expresión de sus intereses. Por otra parte, no hace tanto, la formación de un ejército regular burgués hubiera parecido natural. Y habría sido la verdadera prueba de que el pueblo carecía de influencia.

Lo único que cabía hacer era buscar un intermedio; seguir hasta que la situación revolucionaria madurara lo suficiente como para organizar un ejército rojo. Hallaron una fórmula que hubiera debido ser adoptada de manera temporal. El POUM, que al fin y al cabo es un partido revolucionario, propuso la idea. Abogó por la aceptación de un mando unificado y por la imposición de una disciplina, como en un ejército regular, pero con dicho ejército bajo el control del pueblo, a través de delegados elegidos por los distintos partidos. De ese modo, se habrían garantizado las conquistas de la revolución.

No obstante, los estalinistas no tenían intención alguna de valorar dichas conquistas o de allanar así el camino a la creación de un futuro ejército rojo. Tenían las armas y querían dictar los términos. Chantajearon a los anarquistas, reteniendo la cuestión del armamento hasta que fue rechazada la propuesta del POUM. Hoy por hoy, lentamente, toda la fuerza de combate está pasando a un ejército regular en manos del Gobierno republicano capitalista.

Cuando el ejército sea ya completamente burgués, surgirá una nueva situación. En realidad, la tenemos ya entre nosotros y los primeros rumores vienen apareciendo en la prensa. Llegará el día en que estos dos ejércitos regulares burgueses se encuentren cara a cara y descubran que ya no les quedan motivos para luchar entre ellos.

Entonces pactarán. Puede que ese pacto resulte ser la curiosa solución final que el estalinismo se planteó para salvar España. Desde los inicios de la revolución, no hemos visto ni una sola medida revolucionaria propuesta por el estalinismo. Mientras que el POUM y los anarquistas han adoptados lemas como «Por una Junta de los Trabajadores, Campesinos y Milicianos» o «Repartir la tierra», y otros de naturaleza más o menos revolucionaria, la única solución ofrecida por el Partido Comunista oficial ha sido la eliminación del trotskismo. Lo anunciaron con todas sus

letras desde un buen comienzo. Se despojaron de toda divisa revolucionaria para dar paso a: «La condición para la victoria sobre Franco es el aplastamiento del trotskismo» (agenda del Presídium de la Internacional Comunista de noviembre).

Dicho todo esto, e insistiendo en la influencia del estalinismo en España, debo señalar que tampoco cabe achacar el fracaso de la Revolución española a la burocracia estalinista. Sería infantil culparles, cuando llevamos tiempo sabiendo el papel contrarrevolucionario que Rusia ha jugado en todos los países. Hombre prevenido vale por dos. La responsabilidad recae en esos partidos revolucionarios de España que ya sabían en qué consistía el estalinismo. Me refiero al POUM, a los anarquistas y a los anarcosindicalistas.

La actitud que debieron tomar, y no tomaron, tenía que basarse en la comprensión de los motivos y los intereses de Rusia. Se lo achaquemos a unos o a otros, la ecuación final es la misma.

En primer lugar, si Rusia sigue siendo un Estado proletario, todo es más sencillo. Obviamente, en cuanto que Estado proletario, no solo debe apoyar a la democracia frente al fascismo, también debe apoyar al comunismo frente al fascismo. Si el comunismo y el fascismo se hubieran enfrentado cara a cara en España, eliminando la posibilidad de un mediador demócrata, Rusia hubiera tenido que intervenir a su pesar para dar preferencia al comunismo, según la política del mal menor. Más allá del resto de consideraciones, su prestigio lo exigiría en aras de mantener su pretendida actitud.

Por lo tanto, lo único que cabe hacer es oponer el comunismo al fascismo en España.

Por otra parte, supongamos que Rusia ya no es un Estado proletario, sino que está dando sus primeros pasos hacia el capitalismo. Por lo tanto, no tiene intereses de clase en esta lucha y sus intereses nacionales son tan poderosos

como siempre y la forzarán a llegar a cualquier extremo para impedir que Alemania e Italia ocupen España. Naturalmente, se aferrará a la fórmula de la república democrática tanto como le sea posible, con amenazas y reteniendo disimuladamente las armas. Pero, si fuerzan su mano, el interés por su autoconservación la obligará incluso a apoyar al comunismo contra el fascismo, a pesar de su declarado antagonismo respecto de la revolución soviética.

Por consiguiente, tanto bajo el primer mando como bajo el segundo, la respuesta a la solución es la misma: oponer el comunismo al fascismo en España. Estamos seguros de que nos ayudarán.[2]

Si el comunismo triunfa en España, Rusia lo aceptará, aunque lo perciba como un contratiempo, con el fin de seguir llevando la máscara de Estado proletario. En estos momentos, naturalmente, un comunista español sería el primero en alzarse y quitarle la careta a Rusia. Rusia lo sabe, y todas las contradicciones de su política se resumen en el hecho de que, a pesar de saberlo, se ve obligada a ayudar al comunismo, debido a que sus intereses nacionales peligran por el auge del fascismo.

Los anarquistas no lo entendieron y permitieron que les engañaran. Si están más o menos equivocados, esa es otra cuestión.

Debemos comprender que, independientemente de lo que pase, cuando termine la guerra, la idea de democracia en España será pura utopía. El país será un Estado tan desmembrado económicamente que no admitirá más que una dictadura. Que esa dictadura sea fascista, burguesa o proletaria solo lo decidirán los resultados de la lucha ac-

[2] En nuestra opinión, actualmente la Unión Soviética ya no es un Estado proletario, pero tampoco es aún un Estado capitalista. Por supuesto, eso no modifica la ecuación. *(Nota de Low y Breá incluida en la versión original.)*

tual, pero será sin duda una dictadura. Hablar de «democracia» es inútil.

Se acabó el reinado del Frente Popular. Si tuvo éxito en Francia, a la hora de frenar al fascismo, también podría haber impedido el acceso de Hitler al poder en Alemania. En cualquier caso, tendría que haber habido un Frente Común, es decir, una alianza del proletariado sin necesidad de un programa conjunto. Pero el caso español no es el francés o el alemán. Cuando termine la guerra, la economía española estará bajo mínimos, y lo que quede deberá unirse con algo considerablemente más resistente que la pasta de la que está hecha la democracia.

En resumidas cuentas, la única perspectiva ofrecida a España por el estalinismo es ganar la guerra y perder la revolución. Creemos que, si se ha perdido la revolución, la guerra todavía puede ganarse, pero con mucha dificultad. Aunque, a fin de cuentas, ¿para qué? La gente no tendrá nada, ni tan siquiera el aliento de la democracia.

Impreso en marzo de 2019
en Romanyà Valls (La Torre de Claramunt)